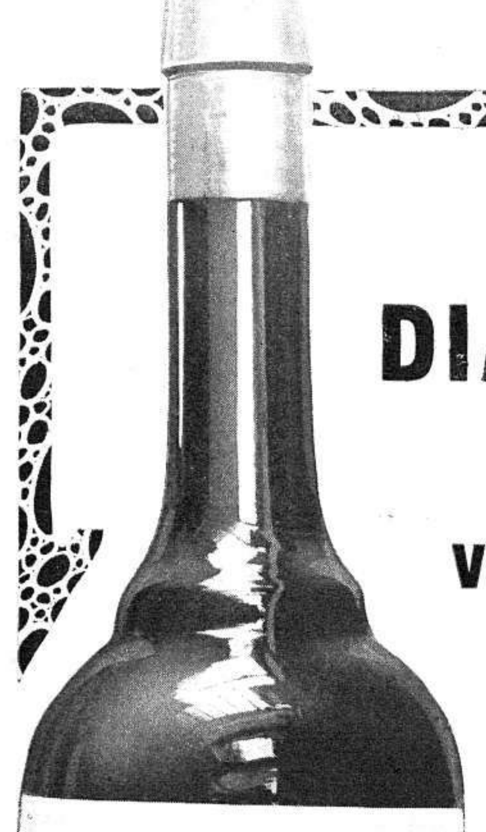
CARAS Y CARETAS

MOMENTO DRAMÁTICO

—"Llamé a la paz y no oyó;
y pues sus puertas me cierra,
de mi entrada en esta guerra,
responda el kaiser, no yo".





VINO
ANTIDIABÉTICO "NELSON"
URANADO

PARA EL TRATAMIENTO DE LA DIABETES
PREPARADO POR EL
Doctor MANUEL I. NELSON

DOSIS

EN VENTA EN LAS BUENAS FARMACIAS DE LA REPUBLICA

LOS DIABÉTICOS

DEBEN TOMAR

VINO URANADO "NELSON"

EN VENTA AL POR MAYOR:

DROGUERIA SINSILEVICH,
RIVADAVIA, 2459

DROGUERIA AMERICANA,
PASEO DE JULIO, 679

EN DETALLE:

EN TODAS LAS
BUENAS FARMACIAS
DE LA REPÚBLICA

Los misterios de Buenos Aires



Cuando en los bajos fondos de la capital porteña se desarrolla algún hecho que reviste caracteres excepcionales para la policía, ya sea por el *cuantum* del delito, o por el ensañamiento revelado en el crimen, — si lo hay, — toda la sección investigaciones,—admirablemente organizada y que cuenta con empleados de una inteligencia y perspicacia puesta a prueba infinidad de veces con éxito notable,—se mueve en procura de los delincuentes, llevando a cabo para conseguir tal fin batidas generales en los antros y tabernas donde pulula la gente de mal vivir.

Caen entonces a las comisarías seccionales y al Depósito de Contraventores, la más diversa clase de hombres y mujeres, cortesanos de ese reinado de la miseria y del delito, en que vegetan, — algunos, — desde la más tierna infancia, y otros impulsados por las inclemencias de la suerte.

Rateros, asesinos, estafadores, «corsarios» de orilla, traficantes de carne blanca, mujeres alcohólicas de un cinismo indigno de su sexo, melenudos «matones» que han cifrado siempre en el puñal y en su brutal fuerza la esplendidez de sus conquistas, todo el abigarrado y repugnante conjunto de la hampa se desborda entonces, con sus gestos de indiferencia, de temor, de impudicia o de desafío, desde esos lugares obscuros y sucios a los estrechos corredores de las prisiones...

Desgraciadamente, pocas son las veces en que la justicia puede dejar sentir todo el peso de su misión reparadora, ante la falta de pruebas fehacientes de la culpabilidad de los mútiples acusados...

Y vuelve entonces a salir la turba, desafiante, imperativa, en dirección a los tugurios donde continúa la vida como si nada la hubiera turbado.

El incendio de la barca y el cadáver encontrado semi-carbonizado, con muestras de haber sido antes ultimado de un fuerte golpe que le fracturara la base del cráneo, había puesto a la policía en movimiento.

Nadie acudía entonces, armado, a las tabernas. Y esa noche, en el rincón de una callejuela fangosa y lúgubre, dos hombres escondiéndose tras el martillo que formaba un paredón casi derruído, esperaban con ansiedad.

Unos pasos cautelosos se oyeron al rato, y un chicuelo apareció cerca, iluminado de pronto al pasar debajo de una luz de un farol de gas. Era el mismo que remaba la noche del asalto a la barca, y se llegó, siempre vigilando, a los dos escondidos.

— Esta noche vienen los perros. Dice Pulga que vayan, qu'está nel bote. Spiantemos.

— Vamo.

Los tres caminaron un rato hacia un paraje en que la costa formaba una playa pequeña. El Pulga y otro esperaban y todos subieron al bote, remando al rato uno de ellos con vigor y silenciosamente, perdiéndose en la obscuridad que se cernía sobre el Riachuelo.

Navegaban hacía rato, rápidos, a favor de la corriente, cuando a lo lejos, una luz potente, y el escape de un motor descubrieron una lancha de la Prefectura, que se dirigía hacia el mismo sitio, como buceando en las aguas.

El bote paró, violentamente. Los cuatro ocupantes se consultaron con la mirada y acomodando los remos dentro, unos para un lado, otros para otro se arrojaron al agua. El bote siguió veloz el impulso de la corriente, alejándose, y los nadadores se dirigieron a la orilla, silenciosos, como nutrias, respirando apenas para no mover el agua ni producir ruido alguno.

Llegados a la orilla, escarpada, solitaria, sin una casa a su alrededor, se escondieron entre un yuyal alto y tupido que el agua lamía.

El bufido del motor de la lancha de la Prefectura se oía ya como a una cuadra, y la luz comenzaba a iluminar todo el contorno de la ribera...

ARGOS POE.

Dib. de Dumont.

El 84.° cumpleaños de Ricardo Palma



Pocas figuras tiene la literatura hispanoamericana, tan universalmente conocidas y estimadas como la de Ricardo Palma, el famoso tradicionalista peruano que acaba de celebrar en Lima sus ochenta y cuatro años. De ellos, casi todos fueron dedicados al cultivo de las bellas letras, pues Palma empezó a escribir muy joven, allá por las medianías del siglo pasado, ganándose muy pronto un sitio de distinción entre los escritores peruanos, primero, entre los hispanoamericanos después.

Palma ha cultivado la poesía y la historia con éxito. Algunas composiciones poéticas suyas pueden figurar sin desmedro en la más cernida antología. Sus estudios históricos han puesto mucha luz en cuestiones tan interesantes como la albor de la Inquisición en Lima, el asesinato de Sánchez Carrión, y otras, pero es como tradicionalista como el escritor peruano ha desarrollado, no habiendo sido hasta ahora no digamos superado, más ni siquiera igualado por ninguno de los muchos imitadores que ha tenido en todos estos países.

Verdad es que sobre todos tenía Ricardo Palma la insuperable ventaja que le daba el teatro en que sus tradiciones se desarrollan: Lima; y cuando no Lima, el Cuzco, Huamangor, o alguna otra de las ciudades, ilustres en la historia colonial, que en el Perú no son escasas. Pero Lima es la que da a las tradiciones de Palma su verdadero y único sabor. La Ciudad de los Reyes, que fué también la cudad de las Virreyes, es, sin disputa, desde el punto de vista histórico y anecdótico, la más interesante de las ciudades sudamericanas. Durante tres siglos conservó su superioridad, en todo orden de cosas, sobre las demás capitales de esta parte del mundo. Y aun ahora, cuando hay muchas ciudades que la superan en población, riquezas, comodidad, Lima conserva un atractivo especial, que le permite continuar siendo el ensueño de todos los que aman el pasado hispanoamericano, aquella época de la colonia, que Palma, mejor que nadie, ha sabido resucitar con sus luces y sus sombras, sus sonrisas y sus gestos trágicos, su ascetismo y su insaciable ansia de aventuras. El espacio nos falta para decir todo lo que quisiéramos del ilustre escritor peruano, verdadera gloria de su patria y de la América española y por eso nos limitamos a unir las nuestras a las innumerables congratulaciones que recibió en Lima, el día en que cumplió ochenta y cuatro años, deseando que se prolongue tan bella ancianidad.



Se cortan a lo ancho en vez de cortarlos como se suelen cortar los demás jamones y se diferencian de todos — principalmente — en que los superan y en que en vez de ser importados son argentinos.



Los exquisitos jamones

Armour

marca "STAR"

son tiernos, jugosos y frescos. Están curados a humo y no a fuerza de salmuera, y su sabor delicioso se debe al procedimiento exclusivo de su preparación. ...¿Su precio?... La tercera parte de lo que cuestan los jamones importados, que no pueden igualarlos.

Pídalos a su almacenero

Frigorífico "Armour" de La Plata, S. A.

Administración: RECONQUISTA, 37. — U. Telefónica, 5215, Avenida
Ventas por mayor: MORENO, 1374 — U. Telefónica, 6442, Libertad

Mascaritas infantiles



Santiago M. Ardissone — Pierrot. | Leticia Pellegrini — Adriana Angot. | Carmen Castro Gómez — Andaluza. | Ofelia O. Ortiz — Holandesa. | Delia Fernández — Marqués Luis XV | Ercilia Armesto — Pierrot.



Josefa y Sarah Vergara — Persas.



Gerardo Fernández y Rafaela de Seta — Pelotaris y Piamontesa.



Cledia, Obdulia, Nilda y Elsa Redondo — Gitana, Japonesa, Aldeana y Pierrot.



Irene y Delia Montenegro — Enfermeras de la Cruz Roja.



Antonia Andrade y Luisa Schoenemberger — Pierrot y Gitana.

Cómo y de qué se hacen los dientes postizos

La invención del diente de porcelana terminó con la repugnante industria de los explotadores que extraían los sanos dientes de los pobres campesinos a cambio de poca plata; cuando no robaban la dentadura de un cadáver. También se usaban antes dientes de marfil; pero fácilmente atacados por los ácidos contenidos en los alimentos, amarilleaban pronto y se hendían, por lo cual eran preferidos los dientes humanos.

El diente de porcelana se compone de dos partes: el cuerpo y la envoltura de esmalte. Entran en la composición de la pasta diversos ingredientes mezclados en proporciones también diversas, constituyendo su exacta puntualización y equilibrio el secreto de las fabricaciones particulares. Por punto general, en la pasta figuran el silicato de alúmina, la sílice y el kaolín. El esmalte se elabora con feldespato, un poco de sílice y una materia colorante extraída del oro y sus óxidos.

La mezcla de las diversas substancias mencionadas, se lleva, después de ser pulverizada finamente, a experimentar la enorme temperatura del horno eléctrico. Una vez que el producto se encuentra al rojo blanco, es precipitado al agua fría, partido en pedazos y despojado de sus impurezas visibles. En seguida van a parar los trocitos a un mortero, donde son reducidos a polvo impalpable.



Robando los dientes de un ahorcado.

Tras de una nueva sesión de horno eléctrico, donde vuelve a ser fundida la pasta, añadiéndole el polvo de sílice, llégale el momento de pasar a manos de los moldeadores. Son éstos los artífices destinados en especial a dar forma a la pasta según la edad o el sexo del cliente, y también según los caprichos de la moda, pues ha de saberse que también en eso rigen los decretos de la terrible Diosa. Lindas personitas andan por esas calles a las que se oye decir que ya no se llevan los dientes chiquititos y apretaditos, sino los largos y un tanto separados. Y puesto que esas lindas personitas lo dicen, fuerza es que haya una moda para los dientes postizos, como la hay para las formas de sombrero.

Deber de los moldeadores es prevenir todas las infinitas contingencias de la demanda. En alguna fábrica de Filadelfia, lugar donde se encuentran los principales centros de esa producción, se tienen hasta 100.000 moldes distintos, y aún se añaden a diario nuevas formas.

Una vez que la pasta se encuentra moldeada, sufre la primera operación del pulimentado, seguida de una nueva visita al horno eléctrico, y de otro pulimentado más detenido, que llevan a cabo las obreras en las grandes fábricas de referencia. Las obreras, dotadas, según se ha probado, de un sentido del color mucho más fino que los hombres, descubren a primera vista las diferencias de matiz entre unos dientes y otros, por insignificantes que ellas sean. Y no sólo advierten los ojos femeninos esas discrepancias de coloración, sino hasta los defectos de forma, a primera vista imperceptibles.

Terminadas las operaciones de pulimentado, se pasa en las fábricas al clasificado definitivo con arreglo a las gradaciones de color. En este punto es donde tienen su principal aplicación las facultades femeninas antes referidas. Allí donde la mirada de un hombre no vería sino dientes y dientes de un color blanco uniforme, distingue y clasifica una operaria hasta treinta matices distintos, yendo del blanco marfil al blanco amarillento. Y si solamente para el blanco existen 30 gradaciones, calcúlese el número enorme que deberán producir las fábricas, pensando en la diferencia que hay entre los dientecitos de las lindas porteñas, y los colmillos renegridos del javanés.

Mascaritas infantiles



José E. Muñoz — Sultana.



Nélida D. Frasso — Marquesa Luis XV.



Aída e Isabel Russo — Aldeana y Bailarina.



Anita Jun — Dama antigua.



Antonieta García — Sultana.



Nélida Yacapraro — Holandesa.



Ricardo y Rosita Rossi — Pescador y Cap. Belga.



María Luisa Rinoldi — Marquesa.



Ulises y María Otero — Trajes fantasía.



Claudia Sozzi — Apache

La naturaleza hace nuevos cutis.

(Del "Family Physician.")

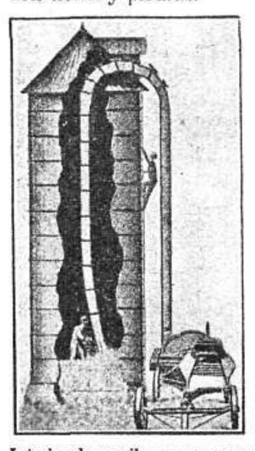
Es un hecho conocido que la piel humana está sufriendo constantemente un cambio de desgaste y renovación. Cuando se avanza en años, o la vitalidad declina, este cambio de tejidos se entorpece. La piel mortecina y manchada, permanece, tanto tiempo, que las personas se quedan con cutis "pobre".

El sentido común nos dice, que esta epidermis mortecina no se la puede hacer revivir o hermosear con cosméticos, abluciones o polvos. El remedio natural que hay que hacer, es quitar la piel ofensiva, llevándose el cutis malo. Se ha visto que la cera ordinaria mercolizada, absorbe completamente la piel debilitada, en partículas pequeñas, tan suave y gradualmente que no causa molestia alguna. La cera mercolizada — que se puede comprar en cualquier botica — se pone por las noches lo mismo que si fuera cold cream, y se lava por las mañanas. Si quiere usted tener un cutis brillante y hermoso, use este sencillo remedio.


OTOÑO 1917
La apertura de la «season» acaba de ser realizada por GATH & CHAVES, con una exhibición magnífica de novedades exclusivas.
Maravilla al espíritu más selecto el notable conjunto que expone en su Anexo, por el refinamiento de los modelos y la riqueza sin límites de los tejidos.
Una visita a esta Exposición iniciará a las señoras en las verdaderas tendencias de los nuevos estilos.
TEJIDOS y SEDERIAS
Lo más chic, lo más elegante, lo más distinguido y todo lo que en materia de tejidos se ha logrado imponer en los más encopetados centros de la moda, está en exhibición en el Anexo de GATH & CHAVES
1. Chapeau celeré, de terciopelo, en colores de moda, adornado con hilos de plata, modelo de última creación, $ 25.—
2. Sombrero de gran chic, en felpa y terciopelo negro, con preciosa aplicación de metal, $ 28.—
3. Toca Georgete, modelo sumamente elegante, todo en terciopelo negro, adornado de motif perlé, $ 30.
Elegante traje estilo tailleur, confeccionado en fino género de lana, colores unidos, bolsillos figurados bordados, pollera con tablas, forro de seda....... $ 98.—
Traje enterizo, confeccionado en gabardina de lana azul marino, calidad muy buena, cuello y puños de piel skungs, adornado con cinta de piel de seda, botones de azabache, $ 135.—
Vestido enterizo, modelo nuevo y muy elegante, confeccionado de tricotina de lana, grandes bolsillos todos bordados, cuello y puños de piel, forro de seda, $ 75.—
THE SOUTH AMERICAN STORES...
GATH & CHAVES LTD
Anexo: Av. de Mayo, Perú y Rivadavia.
Anexo: Av. de Mayo, Perú y Rivadavia.

El silo

Los primeros silos, tan antiguos como el hombre agricultor y pastor, eran agujeros o pozos en los que se enterraba el grano o el forraje cubriéndolos después con tierra y piedras.



Interior de un silo con manguera de distribución del ensilaje y caño elevador del mismo.

Aún hoy día este método primitivo está en uso entre los árabes. Los marroquíes guardan sus cosechas en profundos silos, no tan sólo para conservarlas, no poseyendo otro medio de almacenarlas, sino para ocultarlas a las rapaces miradas del fisco, que a falta de plata, cobra los impuestos en especie; por cierto que los recaudadores, conocedores de las costumbres, llevan perros amaestrados, los cuales descubren merced a su fino olfato, los silos mejor disimulados.

Los silos de Augusto, en Goffar (Francia), tenían 4.80 de alto y 30 por 4.80 en el fondo.

El ensilaje se ha practicado constantemente en el viejo mundo.

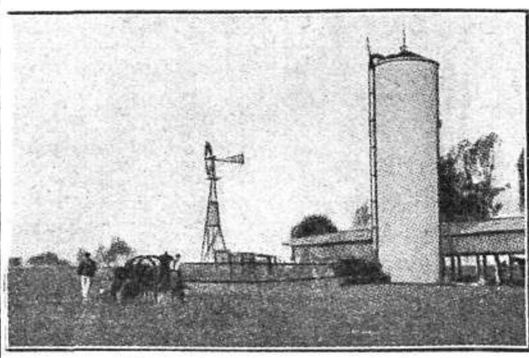
Los silos modernos son cilíndricos, por superar en economía a los demás sistemas de gran profundidad de paredes, fuertes e impermeables y bien aireados.

El silo es uno de los factores más importantes de toda estancia, cabaña, granja, chacra, etc. No es un gasto, sino una fuente de pingües ganancias, porque el silo permite conservar mayor cantidad de elementos nutritivos del forraje original, que por cualquier otro sistema conocido. En los silos la pérdida de los elementos nutritivos no excede del 10 %, y puede reducirse al 5 %, con tal que las condiciones sean las requeridas, mientras que en los otros sistemas de conservación la pérdida varía de 31 al 55 %, como ha quedado comprobado por los experimentos del profesor Cook de Wisconsin.

Según el testimonio del profesor Headen, de Colorado la pérdida mínima en hacer el pasto de alfalfa en las mejores condiciones asciende a 15 ó 20 %, y en malas hasta 66 % de la cosecha. Esta pérdida considerable se evita ensilando la cosecha que por fermenetación pierde tan sólo 10 %, o menos.

Los cardos, relechos, etc., pueden ser transformados en alimento sabroso y suculento por medio del silo.

La fermentación especial que en el silo sufren los forrajes, transforman algunos de sus principios, aumentando sus cualidades nutritivas a la par que asegura su conservación indefinida.



Tipo de silo moderno, cerca del tambo.

Los norteamericanos basan la explotación lechera en este procedimiento: utilizando el *maíz forraje* y el *sargo azucarado*. El rendimiento es considerable, ellos piensan que valen más diez vacas que producen treinta litros diarios cada una, que no sesenta que rindan cinco litros, como sucede en nuestros *tambos*.

La Argentina

A. De Micheli y Cía

Avda. de Mayo 1001 - esq. B. de Irigoyen

Una verdadera satisfacción

experimentan los padres cuando consiguen vestir a sus niños con la elegancia y distinción que les es propia, y tal satisfacción la proporcionan ampliamenie nuestras vastísimas secciones de trajes para niños, en las que predominan los modelos más prácticos para colegiales.



TRAJES SPORT, para niños, en casimir de pura lana, colores fantasía y lisos, especiales para media estación e invierno. De 9 a 15 años, a $ **22.50**

TRAJES modelos de fantasía, para niños de 3 a 8 años, confeccionados en casimir de pura lana, todo forrado, a $ **11.50**

TRAJES sobre medida, para hombre, en casimires extranjeros, colores fantasía, negros y azules, media estación e invierno. De $ 100 a.... $ **60.00**

TRAJES confeccionados, para hombre, casimires fantasía, colores negros y azules, media estación e invierno. Desde $ 60 a .... $ **42.50**

CRÉDITOS Acordamos créditos en mercaderías, pagables en diez meses, sin cobrar interés y sin recargar los precios. — SOLICITEN CONDICIONES.

Mascaritas infantiles



Julito Acosta y Delia Zaretti — Pierrots. María y Julia Castiglioni — Zingaras. Teresa Goldkuhl — Pensamiento. Elba y Neda Fontán — Sultana y Serpentina. Carlitos y Anita Hernández — Pierrot y Aldeana.



Ricardo Meglonis — Marqués. Monserrat Fábregas — Aldeana. Esther Torres — Persa Oriental. Irma Cuesta — Asturiana. Berta Blumenthal — Cantinera. Julia Alvarez — Rosa.

El Abuelo

vino añejo

EL ABUELO
MARCA REGISTRADA
VINO RANCIO DULCE
BODEGA DEL DIEZMO NUEVO
MOGUER ANDALUCIA
UNICOS PROPIETARIOS
Gonzalo Saenz & Cía
BUENOS AIRES

Superior — como reconfortante y como reconstituyente — a cualquier buen Oporto, pero mucho más barato.

Fabricado con uva Malagueña, seleccionada escrupulosamente, su pureza absoluta y sus altas condiciones tónicas le han dado justa fama en el mundo entero.

Unicos propietarios e importadores:

GONZALO SAENZ y Cía.
MAIPÚ, 29 — BUENOS AIRES



PRECIO DE VENTA:

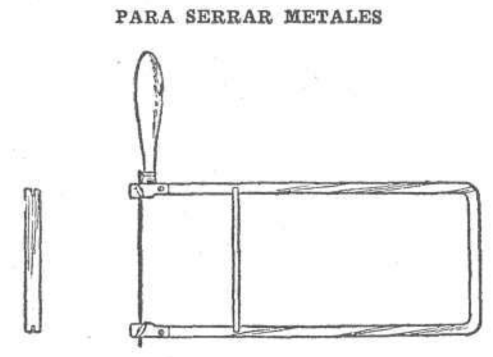
$ 0.25

Nada más confortable, después de la comida, que una copita de **Coñac Domecq** y un cigarro de hoja **Peninsular,** de la Cía. Arrendataria de tabacos de España. El gobierno español exige, en la elaboración de estos cigarros, que han de contener tabaco habano.

Importadores: GONZALO SAENZ y Cía.

Inventos, recetas y procedimientos útiles

PARA SERRAR METALES



Cuando hay que serrar maderas o chapas de cobre o metal con sierras de pelo, conviene reforzar el armazón de éstas a fin de que no se rompa el pelo. Para ello basta poner un listón, con unas ranuras en los extremos, como se ve en el grabado. La tensión del pelo se aumenta o se disminuye corriendo más o menos el listón.

Se evita que el polvo se acumule detrás de los marcos de los cuadros, clavando un par de corchos pequeños en la parte inferior del bastidor, a fin de que el cuadro esté un poco separado de la pared.

De este modo el polvo no se deposita allí.

Estuco para las paredes.—Da muy buen resultado emplear un compuesto de silicato de sosa y de yeso mate o cal; la superficie obtenida así, es mate e impermeable.

Para limpiar perfectamente el cobre.—Algunos objetos de cobre son muy difíciles de limpiar con polvos a causa de sus adornos en relieve.

Esta dificultad se salva por medio de líquidos, los cuales devuelven su brillo a los objetos penetrando entre los adornos.

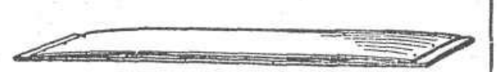
Ante todo, los objetos se sumergen en una solución de soda caliente, y después se aclaran con agua limpia para quitarles la suciedad, y luego, para que queden brillantes, se prepara el siguiente baño:

Acido nítrico, dos partes; sal de amoníaco, una parte; ácido sulfúrico, una parte; ácido cítrico, una parte; agua, una parte.

La sal de amoníaco debe ser disuelta en agua a saturación.

Los artículos no se tendrán sumergidos más de dos o tres segundos, y se aclararán primero en agua fría y después en agua caliente jabonosa, secándose en aserrín también caliente.

PARA REFORZAR TABLAS



El grabado enseña un sistema tan sencillo como eficaz para reforzar tablas delgadas con destino a andamios y a peldaños de escalera.

Dos trozos de madera de unos tres centímetros de grueso por siete y medio de ancho y largo igual al ancho de las tablas, se colocan entre dos de éstas, cerca de los extremos, y luego se clavan las tablas por los extremos como se ve en el dibujo.

Este sistema ofrece más resistencia que una sola tabla de doble grueso.



NO
REPI-
TE
ANIS DE LOS 8 HERMANOS
8
ANIS DE LOS 8 HERMANOS
TRIPLE DESTILADO
BUENOS AIRES
TRIPLE DESTILADO
ANIS DE LOS
8 HERMANOS
"No repite", por más que se repita la bebida de este licor higiénico-estomacal, hecho que comprueba la ausencia de flecmas y esenciales, cuya depuración constituye el secreto de fábrica, y hace que sea este anís el licor más fino que se conoce.

Mascaritas infantiles


Luisa y Elsa Malena — Bailarina y Torero.


Ernesto Castañón— Bebé.


Nélida Cavalieri — Zíngara.


Laurita Gaular — Aldeana.


Oscar Hauviller — Payaso.


Rafael y Alberto Almioroty — Pierrots.


Ana y Juan Otero — Moro y Mora.


María Fuensanta y Pilar Gómez — Campanilla y Aldeana.


Edelmira Remedú — Hiedra.


Rosa Vermanchia y Ernesto Torres — Cantineras.


Fanny y Raquel Jacuboff — Noche.



Parra en el "Tío soltero"

Comedia en 3 actos, original de R. Hicken

Estreno: el Viernes 16 de Marzo

El amor fraternal

La pequeña Leonor está bordando unas zapatillas para su «papaito», mientras su mamá zurce medias y su hermanito juega con el gato. Desde una noche en que este gato se subió sobre el aparador y la niña se llevó con este motivo un gran susto, Leonor no puede sufrir a «Gatino», como lo llama su papá. Pero, para su hermanito el gato le resulta un entretenido compañero de juego y no está dispuesto a sacrificarlo en obsequio a su hermana, que no deja pasar ninguna oportunidad sin demostrar a «Gatino» su mala voluntad.

Y de ahí las riñas entre los dos hermanos, habiendo tenido que intervenir su mamá en más de una ocasión, para poner término a aquéllas. Entonces se produce una tregua y todo parece marchar en el mejor de los mundos. Al rato entra Leonor a su cuarto y como ve a «Gatino» dormitando sobre su cama, nuevamente da rienda suelta a su enojo.

— ¡Qué horror, el gato durmiendo sobre la colcha de seda! ¡Habráse visto una cosa igual! ¡Fuera de aquí!

— No lo eches de esa manera, — contesta Luisito malhumorado. — «Gatino» está limpio y no te estropeará tu cubre-cama.

— Ya no es posible vivir en esta casa con ese gato infame. Cualquier día se lo daré a doña Gervasia, que desde hace tiempo anda en busca de un gato. ¡Y ya verás!...

— Eres mala, Leonor, en no querer un poco a este pobre gatito. Yo se lo diré a papá, — replicó Luisito medio lloroso abrazando a su «Gatino».

Y estas pendencias se sucedían todos los días, con gran descontento de la buena madre que no se atrevía a llevar el asunto al padre por temor a una fuerte reprimenda para los niños. Y la señora se afligía tanto más cuando observaba que entre sus dos hijos las cosas habían llegado a tal extremo, que debido a sus continuas



reyertas, parecía que todo afecto iba desapareciendo entre ellos. Pero, un día, sin que la madre y los niños se apercibiesen llegó el padre y oyó una de las tantas acaloradas discusiones. Su sorpresa, al par que su disgusto, fueron grandes. En seguida llamó a los niños y comenzó a amonestarlos con severidad.

— ¿Dónde se ha visto que desde tan pequeños dos hermanos se hallen en un gran desacuerdo y discutan como dos malos amigos? Debe reinar entre ustedes la más perfecta armonía, el mayor cariño y el más completo desinterés. No existe nada más puro que el amor fraternal que nace en la cuna y se agiganta con los años. Y la unión y el desinterés entre hermanos no debe limitarse solamente a los años de la infancia y de la adolescencia, es necesario que mientras dure la vida continúe también esa unión y que las alegrías y las penas de uno sean siempre las alegrías y las penas del otro hermano. Á Catón el Antiguo, cuando le preguntaban, quién era su mejor amigo, respondía: «Mi hermano.»

— ¿Y en seguida? «Mi hermano». ¿Y después? «Todavía mi hermano». Ya veis hijos míos, — continuó el padre, — qué mal os estáis portando, regañando entre ustedes por una cuestión que no tiene importancia. Y agraváis el disgusto que me produce vuestra discordia, con la acusación que el uno hace del otro. No, Leonor; no, Luisito, — prosiguió dirigiéndose ora a la niña o al pequeño, — eso no está bien entre hermanitos. Y sobre todo en tí, Leonor, que eres la mayorcita. El hermano mayor tiene el deber de disculpar ante sus padres las faltas de su hermano menor y estar siempre pronto a ser una especie de abogado que lo defiende. Vamos, hijitos, daos un abrazo y que cesen para siempre las discusiones entre vosotros.

— Perdón, papá; no volveremos a enojarnos jamás, dijeron a un mismo tiempo los dos niños, inclinándose con las manos juntas ante el buen padre, y dándose en su presencia un fuerte y cariñoso abrazo.

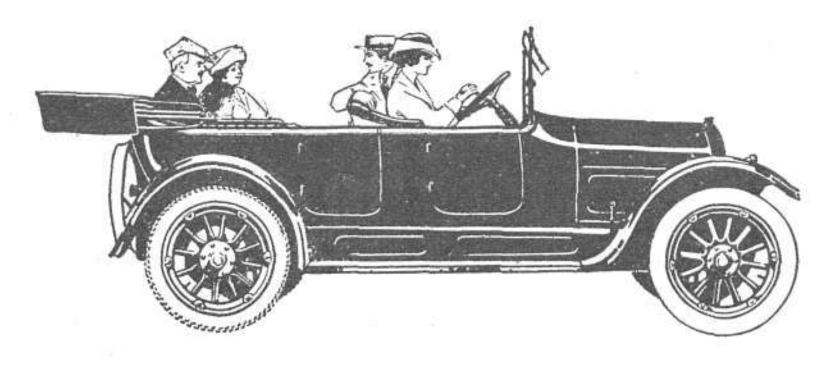
AMELIA.

Overland

31 HP.
Trocha ancha: 1m60.

$ 2.700 c/l.

Alumbrado Eléctrico
Arranque Eléctrico
Magneto Alta Tensión



El Poder Ejecutivo de la Nación

DECRETA:

Artículo 1.º — Autorízase a la Dirección General de Territorios Nacionales, para invertir hasta la suma de tres mil pesos m|n. ($ 3.000 m|n.), en la adquisición por administración de un automóvil marcha OVERLAND de 35 HP. y de 160 de huella con sus repuestos correspondientes para el establecimiento del servicio de transporte de correspondencia y pasajeros entre Santa Isabel, Sección XXIII de La Pampa Central y Colonia Alvear, punta de rieles F. C. Oeste, en la provincia de Mendoza.

Art. 2.º — Impútese el gasto anexo B., Inciso 18. Idem 4 del Presupuesto vigente.

Art. 3.º — Comuníquese, publíquese y dése al Registro Nacional.

IRIGOYEN. — R. GÓMEZ. — CARLOS A. BECÚ. — D. E. SALABERRY. — J. S. SALINAS. — ELPIDIO GONZÁLEZ. — F. ALVAREZ DE TOLEDO. — B. PUEYRREDÓN. — PABLO TORELLO.

P. H. HARDCASTLE - 1550, Victoria - Buenos Aires
Donado esq. Brown, Bahía Blanca

The Willys-Overland Company, Toledo, Ohio, E. U. A.



PARA LOS NIÑOS

AVENTURAS DE VIRUTA Y CHICHARRÓN

















CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños

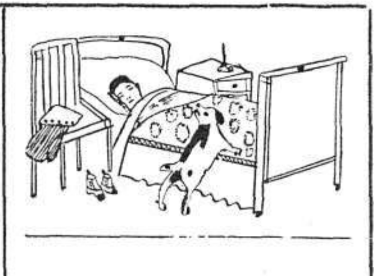
Los sobres deben dirigirse: «**Concurso infantil**», CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



70 — Bien disfrazados.
MARÍA SOSA.



71 — Sirviendo el café con leche.
ALEJANDRA DEGREGORIO.



72 — Arriba, perezoso.
ELOÍSA PAGUIERA.





73 — Jugando a las muñecas.
SARA MADERO.

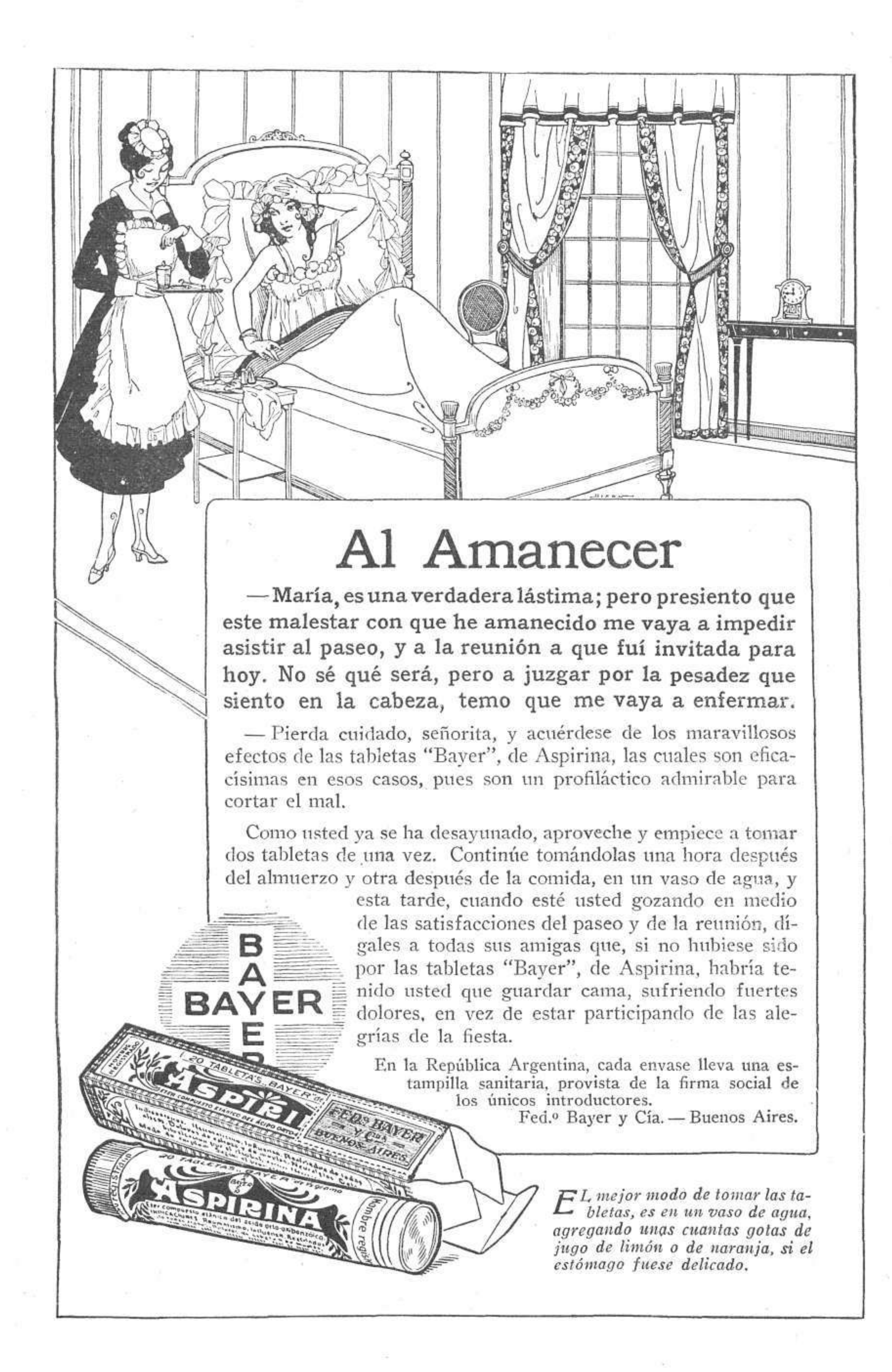
74 — Jugando al tennis.
GASTÓN FIGUEIRA.



75 — Cuidando los pollos.
C. MANERA.



76 — Mirando la hora.
R. MEDINA.



Al Amanecer
—María, es una verdadera lástima; pero presiento que este malestar con que he amanecido me vaya a impedir asistir al paseo, y a la reunión a que fuí invitada para hoy. No sé qué será, pero a juzgar por la pesadez que siento en la cabeza, temo que me vaya a enfermar.
— Pierda cuidado, señorita, y acuérdese de los maravillosos efectos de las tabletas "Bayer", de Aspirina, las cuales son eficacísimas en esos casos, pues son un profiláctico admirable para cortar el mal.
Como usted ya se ha desayunado, aproveche y empiece a tomar dos tabletas de una vez. Continúe tomándolas una hora después del almuerzo y otra después de la comida, en un vaso de agua, y esta tarde, cuando esté usted gozando en medio de las satisfacciones del paseo y de la reunión, dígales a todas sus amigas que, si no hubiese sido por las tabletas "Bayer", de Aspirina, habría tenido usted que guardar cama, sufriendo fuertes dolores, en vez de estar participando de las alegrías de la fiesta.
En la República Argentina, cada envase lleva una estampilla sanitaria, provista de la firma social de los únicos introductores.
Fed.º Bayer y Cía. — Buenos Aires.
BAYER
20 TABLETAS "BAYER"
ASPIRINA
FED.S BAYER Y C.IA BUENOS AIRES
EL mejor modo de tomar las tabletas, es en un vaso de agua, agregando unas cuantas gotas de jugo de limón o de naranja, si el estómago fuese delicado.



La belleza física es el don que más aprecian las mujeres; en el que fundamentan su orgullo femenino; en el que hacen radicar sus principales atractivos, y, sin embargo, nadie sabe determinar el patrón a que debe ajustarse, ni nadie sabe lo qué es la belleza. Pasa con ella lo que con la electricidad, que todo se vuelven teorías, y en realidad sólo sabemos que existe, que nos impresiona, y que experimentamos sus efectos; pero ignorando en qué consiste.

Nunca con mayor propiedad pudo aplicarse el famoso refrán, de que respecto a gustos no se ha escrito nada. En efecto: para Rubens, por ejemplo, la mujer hermosa, el prototipo de la Venus, debía ser necesariamente de gordura mucho más que mediana, rebosante de carnes, al contrario de la esbelta Friné, que hemos dado en aceptar como de puro clasicismo. Es, por otra parte, indiscutible que la belleza no consiste en que las facciones de la cara sean más o menos correctas, ni en que la estatura y el peso guarden ciertas simetrías y relaciones, y al mismo tiempo es un hecho probado que la belleza verdadera sólo radica en la normalidad más absoluta.

Con frecuencia vemos mujeres que analizándolas detalladamente constituyen una serie de perfecciones; cuyo perfil es de pureza extrema; cuyo cuerpo se ajusta a los clásicos moldes; de boca pequeña, de nariz correcta, de ojos grandes... y, sin embargo, nos atrae, nos encanta, nos subyuga más, otra mujer de figura menos arrogante, y la encontramos más bella aún, cuando analizándola de facción en facción, independientemente, se aparte de toda norma establecida por el arte.

Hemos dicho que en cuestión de belleza, no se había escrito nada; esto es: que no era posible fijar reglas para definirla, y si bien la teoría puede ser cierta estrictamente hablando, al estudiar la cuestión en la práctica, analizando experimentalmente la belleza, juzgándola no con criterio de clásicos artistas; no con medidas matemáticas que estrechen y limiten nuestro juicio, sino por la impresión, por la emoción que causa la belleza femenina al contemplarla, por la admiración que en general despierta, habremos llegado a la conclusión de que las mujeres más admiradas, las que más brillan por su hermosura, no son precisamente las que tienen número justo de milímetros de boca o de nariz, son las que con la vivacidad de sus ojos, sean grandes o chicos, penetran hasta el fondo del alma, las que rebosando alegrías juveniles, impresionan el cerebro y comunican a cuantos las rodean, ese algo intangible que subyuga y magnetiza, y cuyo don, lo mismo puede poseer la mujer gruesa, que la alta, la baja, que la delgada.

La belleza femenina es, pues, algo muy relativo, algo que se determina por el efecto que produce, algo que fluye de la Madre Naturaleza misma y que si bien puede mistificarse en parte, con recursos de tocador y de modistería, no se puede de ninguna manera simular por completo.

La belleza es una emoción, y cada ser humano la siente de acuerdo con su idiosincrasia, con el medio ambiente en que vive, con las veleidades de su sistema nervioso individual; pero siempre, téngase esto muy presente, esa emoción se deriva de la Naturaleza y no de los artificios, porque los artificios, aun cuando impresionen momentáneamente, no emocionan.

"Pero"... — dirá aguna lectora asustada — "¿es que no existen más mujeres bellas que las que nacen con ciertas y determinadas cualidades?"

No... no hay motivo de alarma, ni es tan desesperada la situación del sexo femenino. Las cualidades naturales, las puede modificar la naturaleza misma, y no creemos que mujer alguna deje de poner los medios para conseguirlo, sólo con que piense un poco en lo que sus atractivos significan. He aquí el consejo:

Procure conservar siempre la salud más perfecta, mantenga su sistema nervioso absolutamente equilibrado, purifique y dé glóbulos rojos a la sangre que circula en sus venas y entonces verá como la tez pálida se vuelve sonrosada, como los ojos recobran su brillo natural, como el cuerpo adquiere su peso normalmente justo, como el espíritu libre de la preocupación y de la eterna molestia de los males físicos, adquiere la alegría, la franca alegría, derivada del goce de vivir.

Esto es lo que está haciendo desde hace muchos años, ese admirable preparado natural que se llama Iperbiotina Malesci, y al dotar a la mujer con la belleza intangible de esos atractivos que sólo puede dar la salud perfecta, no sólo la embellece momentáneamente, sino que prolonga en forma indefinida sus años de juventud, su vida vigorosa, activa y sana.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA — JOSE S. ALVAREZ, Fundador

Año XX — BUENOS AIRES, 17 DE MARZO DE 1917 — N.º 963

Un arma inútil



Salaberry. — ¡Cómo voy yo a sablear a nadie, si tengo un arma que ni pincha ni corta!...

Dib. de Redondo.

Los aspirantes

Se ha notado por las antesalas de la Presidencia y ministerios, cierto tufo a bencina, que llega a herir hasta las narices modestas. Esto no quiere decir, que la concurrencia a esas salas de espera esté compuesta de *chauffers*, nó; la causa es muy otra.

Se trata simplemente de que los aspirantes a empleos preparan sus ropitas domingueras para impresionar mejor, y mientras no se realizan sus esperanzas, han aplicado a su indumentaria la bencina, lo que si tiene la desventaja de delatarlos a dos cuadras; en cambio hace que sus *jaquetes* estén inmaculados, y se encuentren presentables para aspirar al consabido puestito.

Los que van de saco son pacientes y resignados como un bombero en funciones, y sólo cuando pasa a su lado un correligionario de copete se levantan, y en tono suplicante le dicen: «¡No se olvide de mi puestito, doctor!»

El doctor le mira, con esa sonrisa gancho para ganar electores y contesta: «¡Esperá, esperá... Sé patriota!»; y se mete por la presidencia como un gladiador triunfante.

Los de jaquet son más peligrosos; ellos no significan un voto, sino que su nombre se ha ostentado en los manifiestos del partido, y por tanto se creen con derecho a pretender los altos puestos, y apenas ven a un as que hace su aparición por antesalas, de un salto se le ponen al lado para decirle:

— ¡Me tienen olvidado, doctor! ¡Yo esperaba como usted sabe!...

— Hay que tener paciencia. Todavía hay muchos puestos sin llenar.

— Sí; ya sé que el Ministerio de Relaciones Exteriores está acéfalo, pero yo no pretendo tanto, ni soy hombre para prendérmele al francés a mis años...

— Hay otros puestos, mi amigo...

— Sí; la subsecretaría de Instrucción Pública, pero yo no soy hombre de tratar con maestros, porque se me puede deslizar una frase mal dicha, y puedo hacer espantar al magisterio...

Yo quisiera...

— ¿Alguna gobernación de Territorio?...

— Tengo mucha familia para irme lejos.

— Podrían nombrarle miembro del Crédito Público.

— No, doctor; de crédito no me hable... No soy hombre de crédito.

— ¿Pero qué es lo que pretende, amigo?

— ¡Cualquier cosa! Un puesto decente que le permita a uno ir en automóvil oficial con la familia. Porque ha de saber, doctor, que mi mujer, ya se ve directora de algo importante, y ha prometido ayudar a algunos correligionarios en cuanto el doctor Irigoyen me nombre... Así me lo prometió usté mismo... y me dijo que el Presidente pensaba en mí.

— Pero espere, amigo; tenga paciencia. Deje que los del viejo régimen vayan desalojando.

— ¿Desalojando? Como no se les haga juicio por desalojo y les pongan los trastos en la calle, créame, ellos no se van.

— Permítame, estoy de acuerdo, y no puedo demorarme.

— El atacado da media vuelta y se mete en la Presidencia, mientras el aspirante protesta entre dientes con rabia mal disimulada: «¡De acuerdo!... ¡También yo lo estaría si hubiera ligado un ministerio!»



Las antesalas se ponen intransitables, gentes de toda clase y condición se acomodan impacientes en los sillones, dejando asomar por un bolsillo la carta reveladora de sus pretensiones...

Aquí y allí se oyen los mismos lamentos: — ¡Desde el 12 de octubre vengo por aquí sin ver al Presidente más que de pasada!...

— ¡Yo me he recorrido todas las antesalas de la Casa Rosada sin resultado!... dice un tipo con un jopo cantor.

Y todos aspiran y esperan, desesperando de lo primero, e impacientándose de lo segundo; pero como todavía no han perdido la fe, allí están horas y horas convertidos en estatuas para animarse sólo cuando pasa algún amigo para lamentarse de la ingratitud de los hombres y de los desengaños de la política.

Algunos, perdida ya la paciencia, y amargados por la postergación de que se creen objeto, se permiten alacranear en los propios dominios gubernativos... y hablan mal de algunos ministros a pretexto de que son rojos o azules.

Para los aspirantes todavía es intangible el nombre del Presidente; pero dada la rabia de que se sienten poseídos estos señores, — si se descuida, — en breve le pondrán de rojo y azul sus propios admiradores.

GOYO CUELLO.

Dib. de Sirio.

Reportajes del momento.

Con el Dr. Gerónimo del Barco.

El doctor del Barco, es una de esas personalidades atrayentes, que donde se hallen hacen sentir su influjo. Legislador por Córdoba, es en la Cámara uno de sus miembros más eficaces, aunque no se haga oir con discursos kilométricos ni con frases ampulosas de juegos florales; pero en el seno de las comisiones existen proyectos que ponen de relieve su patriotismo y la dedicación de este diputado de casta sajona, que trabaja en silencio, pero provechosamente, por el bien de sus conciudadanos.

Nacido en Córdoba, en julio de 1863, hizo sus estudios preparatorios en el histórico colegio de Monserrat. Al mismo tiempo, estudió la música, arte que es la expresión del alma de un pueblo, y que los gobiernos nuestros no creen en su importancia como medio de educación de las masas, como instrumento de elevación intelectual, y a pesar de la insistencia del doctor del Barco en la creación de un instituto oficial de esta enseñanza. El nos dice: en mi vida profesional y política, la música ha tenido su influencia benéfica en los momentos de desencanto, de desilusiones y de desalientos, templando mi espíritu y produciendo en él la suave tranquilidad que sólo la música es capaz de producir.

Un episodio ruidoso, que fué una calamidad pública, me hicieron comprender la alta misión del médico, que no consiste tan sólo en curar enfermos.

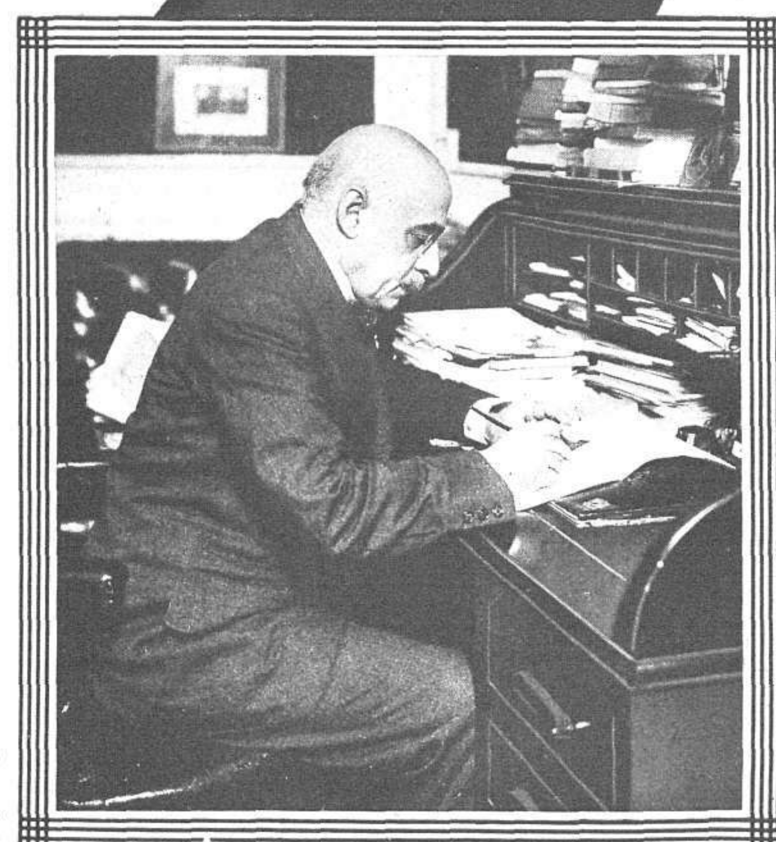
En diciembre de 1886 había rendido el 6.º y último año de medicina y era practicante interno del hospital italiano, situado en aquella época en la calle Bolívar y Caseros. Servía las salas del doctor Manuel T. Podestá, eminente clínico y hombre de letras. De paso diré que a él le debo muchas enseñanzas que me orientaron eficazmente en el ejercicio de mi profesión.

En dicho año estalló la gran epidemia de cólera que azotó al país, especialmente en las provincias del norte y Cuyo.

¿Qué mejor oportunidad, me dije, que ofrecer mis servicios al gobierno y servir a mi país en momentos aciagos?

Así lo hice y así lo pensaron e hicieron la mayor parte de los estudiantes de cursos superiores de aquella época.

Fuí designado a Tucumán, allí permanecí en servicio durante un mes, pasando en febrero a Santiago del Estero, donde había estallado la epidemia y hecho víctima a uno de los hijos del gobernador Rojas, que falleció antes de nuestro arribo a esa ciudad.



El doctor del Barco, despachando su correspondencia.

Esta campaña tuvo para mí grandes enseñanzas a la vez que la mayor de las satisfacciones que puede recibir un ciudadano. El gobierno nacional agradeció mis servicios manifestándome por nota que «me había hecho acreedor a la gratitud nacional.»

La enseñanza que saqué de mi campaña del cólera me hizo comprender que la higiene social vale más que le medicina curativa; que era indispensable hacerse el apóstol de medidas sanitarias en el país; que era necesario hacer una propaganda eficaz para ensanchar el campo de actividad de la medicina preventiva.

Y cuando en el ejercicio de mi profesión vi de frente a la miseria humana bajo sus diversas fases, ya la miseria del medio, que bajo el peso de las iniquidades sociales abate los organismos más resistentes, ya la del organismo que con sus taras innatas o adquiridas expone a los grandes y ricos de la tierra a las agresiones bacilares, comprendí cuán grande es la misión del médico y qué

íntima relación existe entre la profesión y la sociología.

Caído el gobierno de Juárez por la revolución del 90, pude ingresar a la Facultad de Medicina de Córdoba como profesor de enfermedades de niños, especialidad a la que dediqué todas mis energías, con verdadero cariño.



El diputado del Barco, entregado a su pasión favorita, la música.

Enemigo de la política, tan subalterna, tan llena de vicios en aquella época, rehusé siempre embanderarme en los partidos; pero en marzo de 1898 fuí sorprendido con la noticia de la proclamación de mi nombre para senador a la legislatura de la provincia. Mi actuación modesta se dedicó a cooperar en todo aquello que significara una mejora en las condiciones higiénicas de la provincia, y así fuí un decidido cooperador a la obra humanitaria del malogrado doctor Tornú, y contribuí con mi palabra y mi acción a la creación del sanatorio para tuberculosos, que mi amigo el doctor Fermín Rodríguez instaló en Santa María.

Designado Intendente Municipal de la ciudad de Córdoba, por el pueblo, mi mayor preocupación fué la salud del pueblo y organicé la asistencia pública, que antes no existía en realidad; ordené la desinfección periódica de los conventillos, reglamenté los remates de ropas usadas y muebles, la desinfección de los útiles de peluquería, implanté la jornada de ocho horas para los peones municipales, consiguiendo mediante gestiones con empresarios de obras, iguales medidas para sus obreros, etc., etc.

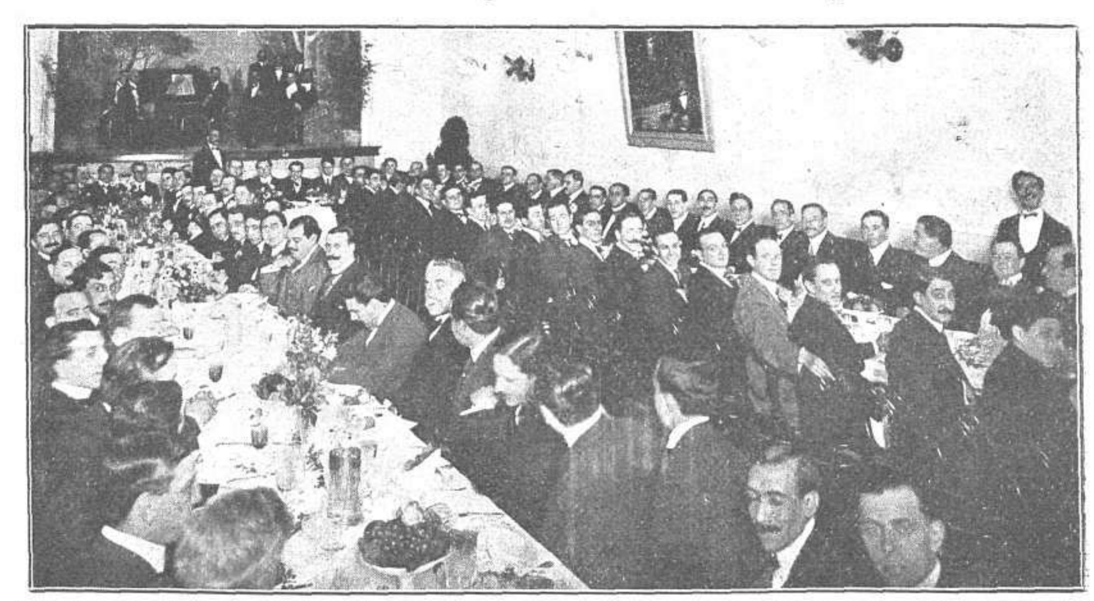
En mayo de 1902 me incorporé al Congreso Nacional y mi actuación de diputado es conocida y ha tendido siempre a mis inclinaciones, que dejo ya esbozadas. Llevo catorce años de diputado, he sido elegido cinco veces, un año he sido Vicegobernador de Córdoba. Todo esto me hace creer que he correspondido a la confianza del electorado de aquella provincia.

No soy el más viejo de la Cámara ni por mi edad ni por los años que llevo en ella. Horacio Varela me aventaja en ambos casos, y hoy es el decano de los diputados, pues tiene quince años consecutivos en el desempeño del cargo.

Ingresamos juntos en 1902; pero yo tuve la interrupción de un año, en 1907, que desempeñé la Vicegobernación, siendo elegido nuevamente en 1908.

G. DEL BARCO.

Demostración al ingeniero señor Víctor Spota



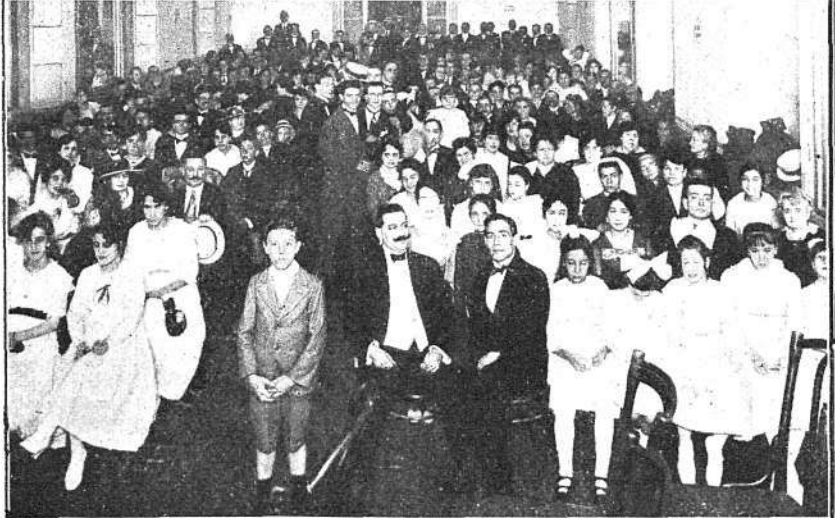
El ingeniero señor Víctor Spota fué obsequiado por sus amigos con una comida, por su nombramiento de miembro de la Comisión Municipal. Ofreció la demostración el diputado doctor Benjamín Bonifacio y, después del obsequiado, hablaron los señores Diego Molinari, Pascual Passarella, ingeniero Boatti y otros.

Homenaje al señor J. Alejandro F. Mohr



El senor Mohr, pronunciando la expresiva oración con que agradeció la fiesta que los maestros de las escuelas del Consejo Escolar 18 le ofrecieron, por su actuación al frente de aquel distrito escolar. Ofreció la demostración el doctor S. Oria, hablando también la señora C. B. C. de Rodríguez. La sala del teatro «Pueyrredón» se hallaba totalmente ocupada por selecta concurrencia.

El "Casal Catalá"



Concurrentes a la fiesta con que se inauguraron los «Sábados Selectos» del «Casal Catalá». En el acto cooperaron el «Orfeón Catalá», el concertista de guitarra, señor H. Le oup, las señoritas Elisa y Amparo Graells. María Felisa Mateu y el señor Genescá, siendo todos muy aplaudidos.

Monseñor Jara



El fallecimiento de monseñor Ramón Angel Jara, obispo de la Serena, ocurrido en Chile, ha tenido honda repercusión en nuestro país, donde el distinguido prelado gozaba de grandes simpatías y prestigios, debidos a su descollante personalidad oratoria y a la amistad que demostrara en momentos de prueba, hacia la Argentina.

El "Ateneo General Zapiola"



Reparto de víveres en la esquina Rioja y Estados Unidos, en los actos públicos que, a iniciativa del «Ateneo General Zapiola», se celebraron conmemorando el centenario de la batalla de Chacabuco.

Para guía de nuestros lectores, publicamos lo que en su libro "Los valores literarios" dice de Xenius, *el distinguido y selecto crítico* Azorín.

GLOSARIOS A XENIUS

A 630 METROS

A 630 metros de altura, en esta altiplanicie castellana, ante este paisaje austeramente noble, hemos conocido — y con él cordialmente hemos charlado — a un hombre que venía de las doradas riberas del Mediterráneo. Era un joven alto, trajeado con aliño y sin atuendo; su musculatura destacaba proporcionada: en la placidez de su cara brillaba una mirada inteligente. Ni era presuroso en el ademán, ni locuaz. Su voz sonaba levemente; a menudo los finales de sus frases — opacas, tenues — se perdían en una a manera de penumbra. Tras de lo dicho con brevedad, flotaba como un ambiente de meditación y de recogimiento. Cuando hacía una observación, se veía en la palabra sucinta, en la reflexión rápida, el trabajo recopilador de una copiosa lectura. Hay hombres que atraen y hechizan más — o por lo menos, tanto — por sus silencios como por sus palabras. Este joven que subía a la altiplanicie castellana desde el piélago azul era uno de ellos. En su presencia estábamos, no ante un hombre que habla, sino ante un hombre que medita.

Este hombre medita y escribe. Todos los días en las cuartillas consigna alguna impresión: una impresión sugerida por el espectáculo intelectual. Aparecen sus anotaciones en un periódico diario — *La Veu de Catalunya.* — Llevan el título genérico de «Glosario». Los glosarios de Xenius son de todos los tamaños, tratan de todas las materias. Unos tienen seis u ocho líneas; alguno ha ocupado — ampliamente — toda una plana del periódico. El espíritu ávido y curioso del glosador va comentando en sus apuntes toda clase de acaecimientos, incidentes y novedades intelectuales. La muerte de un poeta, la declaración de una guerra, la venta de un cuadro célebre, un concierto clásico, la publicación de un volumen de poesías líricas... He aquí, en compendio, una serie de temas de los que figuran en los glosarios. Durante ocho años, en la breve sección del periódico barcelonés, ha ido reflejándose, día por día, la vida universal. La vida universal vista, sentida, expresada por un temperamento que, siendo clásico, pristinamente clásico, beneficia de todas las aportaciones — ya definitivas — de la revolución romántica.

AZORÍN.

El mensaje Wilson

Después de la nota Wilson, el mensaje Wilson. Ese era nuestro pronóstico: Primero, sugestiones. Segundo, admoniciones. Tercero, comunicaciones. Ahora entramos, parece, en la segunda etapa.

Hemos meditado este documento con detenida meditación. Contra una opinión muy discutida, lo que en él nos parece de más valor, no es la indicación de los fines, sino la fijación de los medios. Todos estamos ya enterados de las proposiciones del mensaje en uno y en otro orden: Fin, la sociedad de naciones en Europa, — o como decían hace alrededor de dos años sus «amigos». República General Europea; — medio, «una paz sin victoria.»



Wilson. — **Esto pide una nota. Señor secretario, traiga en el acto una copia de la nota número 1, serie Humanidad.**

La adhesión a aquel fin, viene ya de tiempo atrás predicándose y discutiéndose, bajo aspectos más o menos precisos, por los hombres de buena voluntad; pero fijar autorizadamente el instrumento que a aquel fin corresponde, precisar como lúcido médico de consulta el remedio oportuno para la Europa enferma, no todos podían hacerlo. Wilson lo ha hecho. Y con una magnífica franqueza y con una extraordinaria valentía.

¡Ah! Aquí, en esto, se presentaba un problema moral muy áspero. ¿Qué es preferible?, ¿qué el esfuerzo de esta guerra se pierda, que tanto dolor, tanto heroísmo y derroche hayan sido en vano, — o que, obtenido con ellos un resultado, un sentido, resulte que este mismo sentido y la victoria y la imposición de él conduzcan mañana al peligro, — tal vez a la seguridad, — de que sea repetida la catástrofe?....

Wilson ha hecho dar un paso más a la doctrina del pacifismo. Wilson postula que, para que una guerra pueda considerarse en los anales de la humanidad la última guerra, ha de ser una guerra en vano.

Pero, nos decimos nosotros: ¿Es posible una guerra en vano? Y, en términos aún más concretos, ¿la guerra de hoy puede terminarse sin victoria? ¿No se ha producido ahora mismo, en la guerra, en medio de la guerra, y continuando confusamente la guerra, alguna «definitiva» victoria? Necesario será detenerse en la cuestión, y, como primer paso, distinguir en ella, las victorias nacionales, de las victorias morales y sociales.

MAS SOBRE EL MENSAJE WILSON

No por las cuestiones nacionales solamente es el guerrero «Weltgeist zu Pferde» el espíritu del mundo a caballo. Por las cuestiones sociales también lo es. Por instrumento de cada gran guerra, se realizan en dos años procesos de evolución social para los cuales se hubieran necesitado cincuenta. Las campañas napoleónicas maduraron rápidamente en toda Europa, el liberalismo. A través de la guerra actual el socialismo prospera, — tanto como aquella vegetación del Asia Central, que, una tarde se va el sol dejando tierra desnuda y al día siguiente a la hora meridiana, las plantas ya tienen dos metros de altura.

Una victoria «por lo menos», tendrá que implicarse dentro de la paz. La victoria, — si no de un grupo denaciones contra otro grupo, — de unos principios contra los otros, de una clase social contra la otra, de un grupo de intereses contra el grupo de intereses opuesto. Y, según el punto de vista con que esto se admita, bien se puede pensar en una paz que no comporte germen para nuevas luchas. Guerras tal vez no, en el estricto sentido de la palabra. Pero revoluciones sí. El liberalismo estaba ya germinado a principios del diecinueve dentro de cada país que Napoleón violaba y dejaba, pero también las semillas de una prolongada guerra civil.

«La guerra ha terminado: se abre la era verdadera de las revoluciones». Tal vez fuera esta la fórmula de un pacifismo precavido que no quisiese ser demasiado optimista. Nuestro amigo Rafael Campalans, en una de las hojas de los «Amigos de Europa», escribía sobre las ventajas que ha de encontrar la humanidad en que el fenómeno de la «guerra» sea eliminado y reducido al hecho permanente de la «lucha». ¿Será este el mismo pensamiento del mensaje Wilson? ¿Al hablar de la seguridad de la paz, entiende el Presidente referirse, no a un estado de cosas que imposibilitase los conflictos, siempre cruentos, sino a un estado que evitase que estos cruentos conflictos tomasen la forma odiosamente localista, moldeándose sobre las pasiones nacionales, que tanto los prolongan y los agravan? Con esta sola clase de restricción de la palabra «paz», cabe admitir una restricción de la palabra «victoria» que deja campo a la esperanza de una terminación, «sin victoria», de la espantosa tragedia actual.

Así arribaría para Europa una crisis saludable parecida a la que se produjo al terminarse la Edad Media. Las luchas feudales cesaron entonces. Hoy terminarían las luchas nacionales, — las «guerras» en sentido estricto, si queréis.

XENIUS.

Oración al poeta

Publicamos el fragmento del brillante discurso del diputado Oyhanarte, por considerarle el más justo homenaje que pueda tributarse a nuestro profético vate Almafuerte; él sintetiza noblemente la alta estima en que teníamos al poeta que acaba de desaparecer.



Ultimo retrato de Almafuerte, sacado en la Asistencia Pública, durante su enfermedad.

ALMAFUERTE, señor, es un poeta que tiene del sol, del viento y del mar! El hada ciega le besó en la frente; el sol le dió uno de sus rayos creadores; el viento le envalentonó de músicas el oído, y el mar en tumbos gigantescos le explicó el secreto de la eterna armonía, y con su serenidad épica, indomable, le dijo cómo se hace obra humana y obra buena y obra fecunda, con sólo tender la propia sentimentalidad como una bandera flotante, para que hagan de ella un trapo victorioso el dolor con sus rachas y el sufrimiento ajeno con sus silbidos de águila soberana.

¡Pobre poeta, dolorido, misántropo y genial! La vida toda es para él una resonancia infinita; nació para la armonía, como el cóndor para la cumbre, su cabeza se curvó en el génesis torturante de la concepción; toda su fibra, toda su sangre, todas sus células se aguzaron para la nota; como su padre el mar, templa su cordaje movible cuando se engarabita en la bronca sinfonía de las tempestades; cerebro poblado de visiones extrañas y de espantosas realidades; corazón, gran corazón, que va hacia la llaga en la bendita, en la santa eucaristía del socorro; fraternal amigo de la desgracia, para quien todo dolorido es un hermano y toda flagelación ajena una desgracia propia; poeta que, como aquel otro de Judea, va peregrinando con su carga irredimible de torturas, a punto de que cuando quiere hacer obra bella saca un dolor del corazón, le lleva al cerebro y le pone dos alas; soñador que tiene, como el divino Nazareno, dulce el labio y agrio el corazón, que ambula por el mundo para redimirlo con armonías como el otro con parábolas, que tiene un concepto tan humano de la vida que todo rostro con lágrimas vale para él más que todas las frentes coronadas; poeta que antes de serlo fué hombre y que siendo hombre fué capaz del perdón, hasta poner su propia dolorida existencia al ras de la más triste tabla de salvación para el primer náufrago de la vida!

La patria, señor, necesita y ha necesitado de estos sumos artífices, sin ellos su alcázar inconmensurable sería un templo vacío, sin rumores y huérfano del incienso de los cantores.

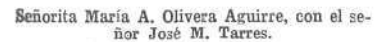
H. B. Oyhanarte



La cabeza yacente del poeta.

Enlaces









Señorita María A. Olivera Aguirre, con el señor José M. Tarres.

Señorita Marcelina Arrones, con el señor Miguel Iriart.

Señorita Victoria M. Larruy, con el señor Alfredo Meidana.

Policías para el Neuquén

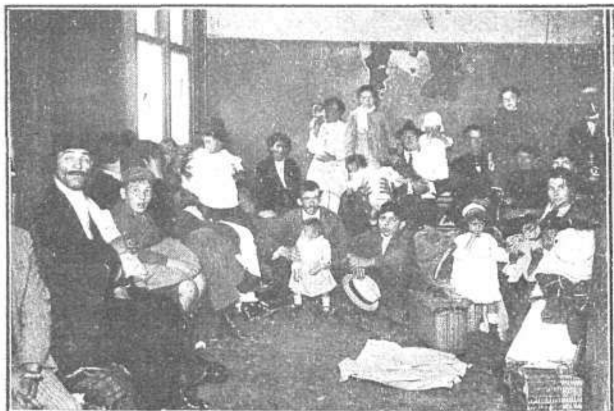
La estación Constitución ofrecía animado aspecto con la partida del señor Domingo Bello, nuevo jefe de policía del Territorio del Neuquén, quien se lleva 120 agentes, los que con sus familias, van a incoporarse a la población del citado Territorio: los hombres, como agentes de policía durante un año y luego, una vez ya aclimatados al medio, con un conocimiento exacto del lugar y contando a la vez con algunos elementos, para trabajar allí por cuenta propia como pobladores que ansían conquistar por sus cabales su emancipación económica.



El Ministro del Interior, doctor Gómez (×), con el nuevo jefe de Policía del Neuquén, señor Domingo Bello, despidiéndole al partir para su destino, en la estación Constitución.

El total de la caravana que va con el señor Bello y que fué despedida por el señor Ministro del Interior, doctor Gómez, la forman un total de 358 personas.

El número de agentes es tan crecido porque se trata de llenar las vacantes existentes y substituir a todos aquellos gendarmes sobre los cuales pese alguna acusación o no hayan observado buena conducta en el desempeño de sus funciones.



Las familias de los policías destinados al Neuquén, esperando en la estación la hora de la salida del tren para Zapalla.



En la puerta de la estación Constitución, un grupo de pequeños, futuros pobladores del Neuquén.



En el andén, las familias de los policías, en pose ante el objetivo de nuestro repórter fotográfico.



Los nuevos policías con sus familias, en el andén de la estación pasando revista y recibiendo los boletos.

FIGURAS
PARLAMENTARIAS
POR SIRIO



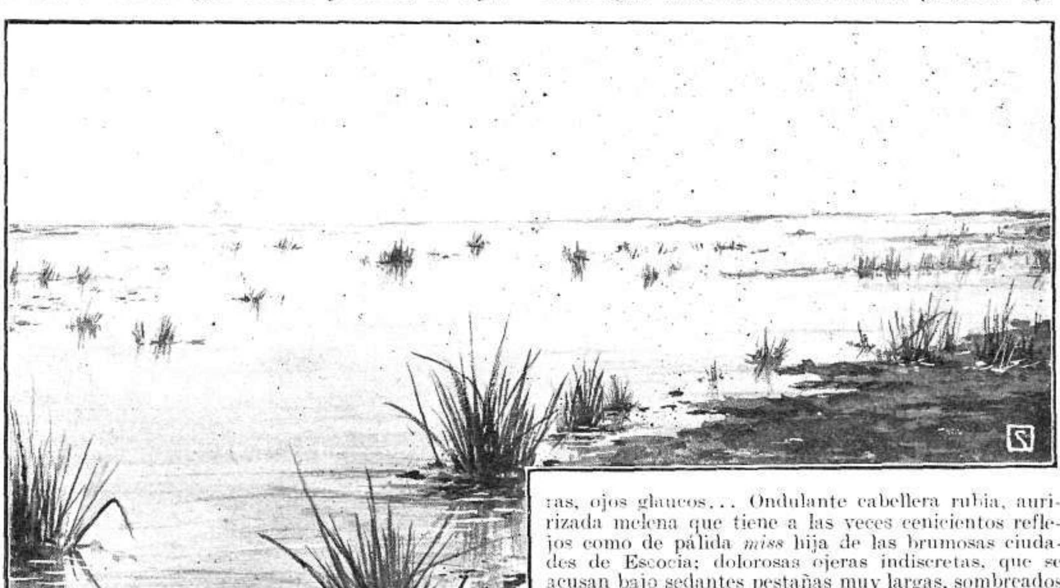
Sr. JULIO A. COSTA

Ha sido gobernador,
y escribe valientemente,
—léase su "Presidente".—
Y como legislador,
tiene una verba excelente.

LA CIÉNAGA

Las travesías por los países montañosos donde los Andes extienden sus ramificaciones, tienen — quizá por contraste — una remota semejanza con las de los desiertos. En éstos, son un alivio imponderable a la fatiga del viajante y a la esterilidad del paisaje los fértiles oasis; en la serranía ocupan análogo lugar las vertientes y las ciénagas.

Como esos árboles de perenne verdor, que en invierno provocan involuntariamente la gratitud al abrigo, mientras lucen gallarda hojarasca entre tanto gigante de mondo ramaje, en la monotonía de las mesetas áridas ha despertado como por ensalmo mi cariño un apacible rincón de mi tierra. Es, en una revuelta del pedregoso camino, donde las aguas rumorosas de las vertientes forman una ciénaga, casi una laguna. Lejos — a muchas leguas — sobre los elevados picachos hay, no nieve, sino hielo incoloramente gris que se deslíe en hilos de plata serpenteando alegremente por entre las breñas y aumentando caudal en los manantiales que atraviesa, descuelga desde la altura su fresca corriente en la laguna donde forma un doble salto sobre las macizas rocas de un costado. En una de ellas he visto un día un «gato-montés» pescando: de espal-



das a la roca que recibe la cascada, con la garra presta, avizora la caída del agua que rebotando sobre la piedra hace saltar en el aire los pececillos que arrastra y que un certero zarpazo va apartando sobre la tierra húmeda y verdegueante. Se revuelcan y saltan las pobres víctimas, con opalinas irisaciones de escamas bajo los rayos del sol, hasta que el último estertor los deja yertos, acercando la hora en que el pescador acostumbra a hacer su banquete... Pero esa vez «no fué». Instintivamente di un silbido, el felino paró las orejas y en dos saltos ganó el pantano perdiéndose con estremecimientos de follaje en el inextricable pajonal.

Por las tardes, cuando apenas oscilan al viento su airoso penacho las cortaderas mecidas sobre las aguas igual que mares de espejismo, suelen pasar lentamente las nubes rosadas, como el vuelo tendido de una bandada de flamencos en magnífico despliegue... Y a las veces, se aventura también algún flamenco o una blanquísima garza — mensajeros de días de bonanza, de días de amistad en que se siente el imperio de ser guerrero y querer mucho a alguien que vaga escuchando buenamente todos los lirismos y sandeces que quisiéramos decirle, — y pasan, dejando en el aire algo así como una vaga ansiedad de más allá, de infinita poesía, de inconfesados ensueños y no logrados cariños.

Luego, un gavilán corta el azul en vertiginoso zigzag y — a capricho — evoco en las sombras del valle agudas clarinadas, aullidos de jauría, expertos monteros y caballeros castellanos en caza de altanería.

¿Qué mejor — para que el paisaje sea nuestro — debiera poner un ranchito al pie de la loma, un aromo a su vera y en el aromo un parejero? ¿Que el parejero ha de estar bien ensillado para que adivinemos un gaucho gentil, una guitarra de dulces cantares, y una criolla de ojos muy negros?... ¡No! Yo pongo — yo copio — un ceibo, acaso el único en la región, con muchas hojas verdes y algunas flores rojas, rojas, rivalizando en granate con los rojos churrinche: que se balancean sobre los juncos acuáticos, un nidal en el ceibo y en el nido un casal de calandrias.

Transcurridos dos meses la tierra está partiéndose en grietas abiertas como resecos labios que demandan agua y la resolana es un vaho de horno. Un fúlgido rayo de sol colado de rondón por entre los juncos alumbra un lirio erguido en un tallo sobre verdosas aguas. Dorado rayo del sol, soñador lirio morado, serenas aguas muertas: cabellera rubia, profundas ojeras, ojos glaucos... Ondulante cabellera rubia, auririzada melena que tiene a las veces cenicientos reflejos como de pálida *miss* hija de las brumosas ciudades de Escocia; dolorosas ojeras indiscretas, que se acusan bajo sedantes pestañas muy largas, sombreados misterios de ensueño; ojos azules, casi verdes como estas hojas de achira, dulce serenidad — así dicen que son las pupilas de cristal de las sirenas — ved como la quietud de las ondas me ha hecho soñar un momento... Siento muy íntima, la evocación de la boca más linda, de labios más frescos, poniendo sobre mis tedios una ilusión de vida, como una guinda pintona sobre esta página gris...

¿Y la ciénaga? ¿Y el bochorno de la tarde? ¡Ah!... Hay las mismas hojas verdes en el ceibo y más flores rojas, y hay alegres gorjeos de pichones en el nido. No acaricia los árboles la más remota brisa y diríase — por la calma — que la tormenta ha de ser grande. Y así es. Como si se avecinara la noche, precipitada de las alturas viénese la obscuridad impulsada por ráfagas calientes que poco a poco se tornan en húmedas exhalaciones al amparo de las primeras gotas de lluvia que levantan lucidos caracoles al caer en el agua ondulante de la laguna.

Se arremolina el aguacero y el vendaval sacude estrepitosamente las cañas cinta. Una hora — quizá no tanto — y vuelve a brillar el sol orgulloso y riente sobre los raudales improvisados de agua parlera y alegre. Mezcla el aire un refrescante perfume de flores campesinas y olor de tierra mojada de tan suave caricia, que se piensa que tal relente intercede en obsequio del invariable y hosco aspecto que tuvo hasta recién la comarca. Y después...

«El cerro azul estaba fragante de romero,
y en los profundos campos silbaba la perdiz.»

Dib. de Sanuy.

RAÚL DORIA

NOCHE DE ESTRENO



Las peripecias de un autor

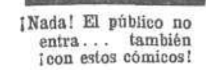
La multitud ruge impaciente porque no se alza el telón, y para demostrar su disgusto apela a un aterrador pan francés que pone a prueba la resistencia del teatro. Los críticos están en sus asientos exhibiendo ese gesto despectivo que llena de pavor a los faranduleros. La orquesta inicia su desarmonía para afinar los instrumentos, y el maestro espera que le hagan seña de empezar. La atmósfera sube de grados por momentos, cuyo calor hace que el rostro del soberano aparezca congestionado; todo el mundo está en su sitio; hasta los sibaritas de los estrenos, se ostentan en sus palcos con cara de perdonavidas y como diciendo: ¡Qué macana vamos a ver!... Los amigos y colegas de la víctima propiciatoria, suelen andar en estos momentos de expectativa por los pasillos manifestando en voz alta sus impresiones, poniendo de manifiesto que ellos, llegado el caso, *lo harán* mejor.

El autor mientras tanto revisa la escena, viendo si todo está en su lugar, si los actores están caracterizados con propiedad, y conteniendo las impaciencias del segundo apunte por dar orden de empezar.

Reparte consejos con cara amable a los que van a interpretar su obra: Fulano, ¡ojo con



Les recomiendo el mayor cuidado en esa escenita, porque de ella depende el éxito de la obra.



¡Nada! El público no entra... también ¡con estos cómicos!



El autor. — El éxito pertenece a los intérpretes.
Los artistas. — ¡Nosotros no hemos hecho más que interpretar!...

aquella frase! Menganita. ¡Por favor, que de aquella escena depende la salvación! A usted no la digo nada, estoy seguro de que va a hacer una creación de su papel.

El ruido del público, pone curiosidad en el autor y echa un vistazo por el ojo de buey del telón: ¡Cómo está el público! —dice. Entra furioso el empresario y se encara con el segundo apunte: ¿Por qué no se empieza?

—¡Es que!... —¡Arriba el telón, que son las nueve!...

Y el pobre autor, que es un cadáver animado, sale de escena... ¡y empieza la comedia!...

Un silencio sepulcral se hace en la sala.

El autor escucha nervioso su obra desde bastidores, tirándose el bigote, si lo tiene; apretando los puños. Da unos paseos intranquilo, se retira, vuelve... Porque supone que la escena que empieza romperá el hielo del público ¡Nada, ni una sonrisa, ni un aplauso! Indudablemente, se dice, el público no ha hecho bien su digestión.



Mis felicitaciones!... Ha hecho usted una creación de su papel...

Pasa el primer acto, sin que haya desgracias que lamentar. El autor aprovecha el entreacto para repasar algunas escenas con los personajes de su obra. Los cómicos escuchan idiotamente sus consejos. En el segundo, el público aplaude, desaforadamente, lo que menos esperaban de la obra. El cadáver del autor vuelve a la vida y pasea una mirada de orgullo por el personal del teatro. Cae el telón con una estruendosa salva de aplausos, y entonces lo buscan los primeros actores para presentarlo al público. El éxito sigue en crescendo, y se repiten las llamadas al autor, y éste y los actores se aparecen ante el soberano, como diciendo: El éxito se le debe a éste, y el autor, por cortesía, pone gesto modesto y señala a los intérpretes como diciendo: ¡a estos debo el éxito de la comedia!

GARCÍA DEL CASTAÑAR.

Del libro en prensa, "LA MUSA TRISTE".

EL LAGO ABANDONADO

Ya nunca volveremos a la ribera, amada;
la frágil navecilla no nos espera ya;
está desierto el bosque, la senda ya borrada,
y la arboleda, toda, como en invierno está...

Ya el lago no se alumbra con la luna argentada;
ya su glorieta mustia ningún aroma da;
ya sus aguas no surcan, en la noche callada,
como errabundas barcas, el cisne y el biguá.

Ya no brota a sus bordes la humilde florecilla;
ya no deja en las ramas musgosas de la orilla
sus huevos sonrosados el negro caracol;

ya no hay piar de nidos, ya no hay rumor de frondas,
ya no van a las playas a murmurar las ondas,
y hasta parece, amada, que ya no alumbra el sol...

LOS VIEJOS RECUERDOS

Aunque está lleno el dique de las tristezas mías,
siempre evoco los sueños de mi pasada edad,
que son como un marchito jardín de aquellos días,
en donde sólo vive la flor de mi humildad.

Ellos son los causantes de mis melancolías;
los que en mis noches dejan sombras y obscuridad,
y apuran, insensatos, con sus caricias frías,
mis vespertinas horas de olvido y soledad.

¡Oh selvas florecidas, praderas, valles, ríos,
poéticos parajes donde los sueños míos
alcanzar no pudieron, la realidad, al fin:

dadme, en vez de tristezas, nostalgias y amarguras,
un poco de consuelo, para mis desventuras,
canciones de zorzales, y aromas de jazmín!

FLOR LEJANA

La tarde desplegaba su denso cortinado
cuando en el tosco banco del parque me senté,
y absorto en mis brumosos recuerdos del pasado
mirando la arboleda ya blonda, me quedé.

El lago se adormía profundo y sosegado;
en el vecino sauce cantaba el diostedé,
y el viento, el suave aroma llevaba hacia el poblado,
de los jacintos blancos y de las rosas té...

Yo recordé las horas de mis antiguas citas;
de mi bohemia errante los goces y las cuitas
y te busqué a mi lado para volverte amar.

Mas fué mi empeño vano .. La tarde obscurecía;
era todo silencio, y sólo allá en la umbría
las amarillas hojas caían sin cesar...

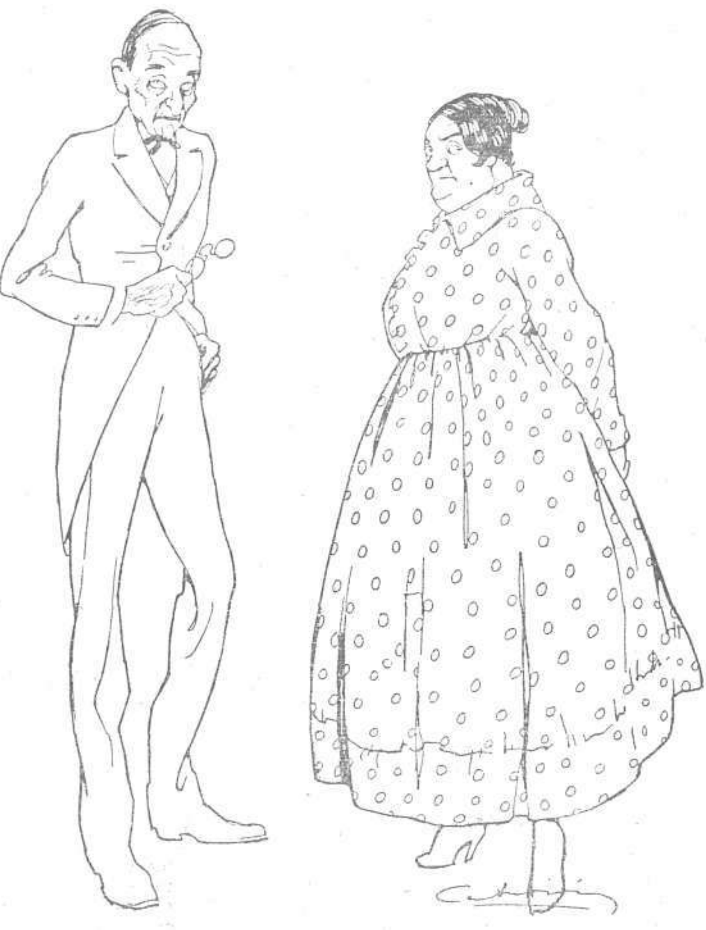
JULIO DÍAZ USANDIVARAS.

La energía de mi tío Pedro

El caso de mi tío Pedro tiene dos aspectos, uno risible y otro infinitamente triste. No es esto nuevo, pues en lo que muchas veces nos mueve a risa hay un fondo de amargura.

Mi tío Pedro era un hombre buenísimo, de escaso meollo y gran corazón; alto, bizarro padre feliz de numerosa y sana prole; mis primos, los mal criados de la comarca, hacían de él lo que querían. Esto no tiene nada de particular; pero ¡ay! que tuvo por su suerte o desgracia de compañera en este mísero mundo a mi tía Eulogia, y mi tía Eulogia era mucha mujer para mi tío Pedro.

Cuando se casaron, echólo pronto de ver; pero su mansa condición no se reveló y a la larga acostumbróse a su déspota consorte; aún más, amábala, y en el fondo admiraba su talento y energía.



Mi tía Eulogia quería a su esposo como a un objeto familiar, útil a veces y decorativo siempre; y digo útil, porque mi taimada tía, en los casos apurados, escudábase en él, asignándose en el triunfo toda la gloria.

Mas esta estratagema no engañaba a nadie, y mi tío pasaba por lo que era, un hombre sin energías, subordinado completamente a su mujer.

Esta, que no carecía de inteligencia, y era diligente, hizo prosperar la casa, y la familia gozaba en esa época de desahogada posición. Como mi tío tropezaba siempre con la férrea voluntad de su esposa y ésta disponíalo y arreglaba todo, fué poco a poco indolente.

Vivían, pues, en paz de esta suerte, paz que hubiera sido completa, a no intervenir la familia y los buenos amigos de tío Pedro, que por su bien querían infundirle energías.

Es una vergüenza lo que te pasa, le decían; tú no eres hombre, pídele permiso a tu mujer, no te retardes, que te pegará, etc., etc.

Con estas y otras burlas pensaban picarle el amor propio, pero tío Pedro sonreía beatíficamente; no había llegado la hora de la sublevación.

Pasaron años; mi tío Pedro empezó a encanecer, y mi tía Eulogia disfrutaba plena y sosegadamente de su largo y próspero reinado.

Los hijos, que eran ocho, salieron buenos como su padre; con los bríos de su madre, hubieran sido completos; pero por su desgracia y para tranquilidad de la que les dió el ser, estos bríos les faltaban. Seguían, pues, las cosas como siempre

Y aquí viene el caso inaudito y misterioso, que ha quedado obscuro, y del cual no puedo relatar sino sus consecuencias.

Por aquel tiempo enfermóse mi tío de reumatismo, y un médico bien intencionado, recetóle las aguas de un paraje lejano, donde se reunían durante todo el año, un núcleo de gente rica, más o menos enferma.

De lo que le pasó durante los tres meses que allí residió, no se tiene noticias sino por sus cartas.

¿Fueron las aguas, que por arte mágico lo transformaron?; ¿fué el final de una secreta y obscura labor, operada dentro de él, o fué — lo más posiblemente — la amistad que trabó con un personaje al que él aludía siempre en su correspondencia? ¡Quién sabe!

Lo positivo fué, que mi manso tío volvió a sus lares transformado.

De aquel ser sin hiel, sumiso y bueno, no quedaba ni rastro. Desde el primer día anunció que todo iba a cambiar en aquella casa, que era el dueño y señor de ella, que hasta allí habían vivido todos en las más supina ignorancia, y que era necesario más instrucción. Y tú, díjole a su compañera, a los quehaceres de mujer; eres la señora de mi casa y puedes reinar en ella, mas guárdate de meterte en mis negocios; desde hoy, tendré yo la llave de la caja; en fin, debes acatar mi voluntad y ser sumisa y cariñosa siempre

Esto y mucho más, dijo mi tío Pedro a grandes voces, y con fiero ademán; al pronto quedáronse todos con la boca abierta, cual si asistieran a algo sobrenatural. Los hijos y sirvientes permanecieron poseídos de estupor mucho tiempo; mas mi tía recobróse pronto, y con gesto de autoridad mandó preparar una tisana, pues no dudaba que el viaje había empeorado a su esposo. Encolerizóse mi tío y tiró por la ventana la calmante pócima; con lo cual mi tía pensó que quizás era ocasión de llamar un médico para que lo sangrase.

No lo hicieron así afortunadamente, dejándolo para el otro día. A la mañana siguiente levantóse mi tío al alba y fué diligente a inspeccionar sus dependencias; en todas partes encontraba defectos y por cualquier cosa reprendía a sus peones; éstos empezaron a mirarlo de reojo y como con lástima, pues lo querían. Ya se había esparcido la noticia de que el amo volvía más enfermo de lo que se fué.

Al notar esas miradas, mi tío daba muestras de gran enojo y su semblante volvíase más y más sombrío.

Los días que siguieron fueron penosos, y a impulsos de su naciente energía comenzó mi tío Pedro su gran obra de reconstrucción intelectual y material. De la ciudad próxima llegaron infinidad de libros, un profesor; una cuadrilla de albañiles empezó a demoler

parte de la casa, y encargóse a un arquitecto de la reedificación; y tantas y tan extravagantes cosas hizo que mi tía Eulogia empezó por compadecerlo; después quiso oponerse a sus locuras y allí fué la grande; de la mañana a la noche oíanse disputas acaloradas en la antes pacífica casa y un buen día sus venerables muros debieron estremecerse sacudidos por la descomunal paliza que mi moderno tío Pedro propinó a su consorte.

Aquello fué el acabóse, la familia intervino, y anegados en llanto declararon por unanimidad que estaba loco.

Desde ese instante todo cambió, dejósele de hacer resistencia y mi vapuleada tía pasaba largas horas mirándolo con los ojos llenos de lágrimas.

Los parientes y amigos no le abandonaron en ese trance; visitábanlo con frecuencia, no llevándole jamás la contraria. Y tan piadosamente le asistieron que mi tío llegó poco a poco a saber la verdad ¡lo tenían por loco!

Trató de revelarse queriéndoles probar su error; pero, ¡imposible! Entonces tuvo dos o tres ataques más de furor, los últimos ¡ay! pues sus energías estaban agotadas.

Viéndole tan abatido y pensando que iba quizás en vías de mejorar, lo llevaron a casa de mi tía Luisa, su hermana mayor, a la que él demostró siempre gran afecto.

Piadosa, caritativa y serena, teníanla todos gran respeto, y ella, con palabras mesuradas, aseguróles que lo curaría definitivamente, que era cosa de poco tiempo.





Y animada de fraternal celo, de la mañana a la noche sermoneábalo con voz monótona y frases sensatas Y una deliciosa noche de verano, sentados en la terraza sintiendo profundamente la emoción de aquellas horas tranquilas, y envuelto por los cálidos efluvios de la tierra palpitante de vida, mientras su hermana decía las últimas palabras de su peroración cotidiana, mi tío Pedro lloró, lloró su energía tardía, la inutilidad de toda su vida...

Comprendió la fuerza que tienen los hechos establecidos por la costumbre, lo difícil y doloroso de ir contra la corriente, y vió bien claro que es inútil revelarse, si no se tiene carácter y que no basta querer tenerlo si falta en la voluntad la energía que es su esencia. Con este convencimiento y con una gran amarguara en el corazón, mi tío Pedro claudicó.

A la mañana siguiente volvióse a su casa, se mostró dócil y conciliador, pero a los pocos días tuvo que guardar cama y ya no se levantó más. La familia prestóle solícitos pero inútiles cuidados, y rodeado del cariño de los suyos, y del aprecio general, murió mi tío Pedro.

Su viuda estuvo inconsolable; se le oía repetir con frecuencia: «¡ahora que estaba curado Dios me lo llevó!»

En cuanto a mis primos, guardan un odio profundo al pueblo de las aguas termales, y en particular al incógnito amigo, que ha llegado a tomar a sus ojos perfiles mefistofélicos.

AUREA SEMPER.

Dib. de Centurión.

La cirugía argentina en Francia, representada por el Dr. Pedro Chutro

Un médico argentino, radicado en París, que ha seguido de cerca la actuación del doctor Chutro, como cirujano de nuestra escuela, en el vasto escenario de los hospitales, donde la cirugía de guerra ha dado lugar a que brillen los más expertos y hábiles, nos escribe relatándonos los éxitos que ha obtenido este compatriota y como, por su esfuerzo propio y por su técnica, ha llegado a ocupar el sitio prominente que hoy tiene al lado de los grandes maestros.



El doctor Chutro partió en septiembre de 1915 a prestar sus servicios honorarios como cirujano, inducido por su amor a Francia, la patria de sus antepasados. Ventajosamente conocido ya en nuestros centros científicos por sus métodos y destreza operatoria, fué recibido por el profesor Gosset, que está a la cabeza de la cirugía francesa, como un auxiliar de primera línea, y así comenzó a trabajar a su lado en calidad de ayudante especial Luego al conocer y apreciar debidamente su pericia, dividió su servicio hospitalario dándole la dirección de la mitad de las salas; más tarde quedó al frente del Hospital Buffon, como director y cirujano jefe con 600 camas. En este alto cargo, de tanta responsabilidad, ha tenido y tiene una ardua y pesada tarea, habiendo llegado a practicar hasta 27 operaciones diversas en un día Es de advertir que la cirugía que se efectúa en los hospitales de concentración, por motivo de la guerra, es la más variada y compleja; de ahí que un cirujano que esté actuando en ese medio llegue a adquirir una práctica extraordinaria por la variedad de intervenciones. Es la cirugía de reparación, aparte de la común de la clínica civil que también, como es natural, tiene que hacerse diariamente. Esta circunstancia le ha permitido al doctor Chutro emplear procedimientos nuevos y valorar los seguidos hasta la fecha, no sólo en las operaciones, sino en la mejor asistencia de los heridos, como, por ejemplo, el tratamiento de Carrel para la esterilización de las heridas infectadas, que él ha perfeccionado e implantado con toda constancia en su clínica, después de haberse convencido de sus excelentes resultados.

El doctor Chutro sostiene, puede decirse, la bandera de la cirugía argentina, operando en presencia de los más expertos cirujanos que han acudido de todas partes del mundo a París, para seguir de cerca los progresos de esta rama de la ciencia; y por cierto que lo hace dignamente y que este honor se refleja en nuestro país Hoy le consideran en aquel medio como a uno de los cirujanos más notables de la época presente.

En el aniversario de su entrada al Hospital Buffon, se le hicieron demostraciones de afecto y agradecimiento, que seguramente lo habrán llenado de íntima satisfacción.

Reunidos en el gran patio del hospital el personal y los heridos que podían concurrir, le ofrecieron flores con los colores de la patria y placas conmemorativas, pronunciándose discursos entusiastas y hondamente sentidos. Igual manifestación recibió en las salas, de aquellos enfermos que no podían moverse del lecho. En la tarde de ese día el profesor Letulle le anunció que el Presidente de la República le había discernido la Legión de Honor.

Ultimamente ha sido nombrado por unanimidad miembro de la Sociedad de Cirugía, título que bien pocos cirujanos extranjeros pueden ostentar.

"CARAS Y CARETAS" EN RUMANIA

POR LAS TIERRAS DE VALAQUIA


Campesinos rumanos, en traje de fiesta.

Desde Alexandria, bordeando el río Vedea que corre mansamente y a veces convirtiendo en pantanos la llanura valaca, se llega al Danubio. Muy cerca de su desembocadura, al Este de la villa ribereña Zimnicea, tendió el puente de pontones el ejército del Mariscal Mackensen para pasar desde la orilla búlgara a la orilla rumana. Ya en Alexandria hemos visto las primeras tropas pertenecientes a este grupo *de ejército: eran soldados de un* regimiento turco que habían llegado por la noche y que acamparon en la plaza principal del pueblo y a lo largo de la calle central. La plaza, que tiene jardines, un templete para conciertos de banda y una estatua erigida en memoria de un general rumano cuyas hazañas confesamos sinceramente desconocer, se convirtió en campamento. Atados a la verja estaban los borriquillos morunos y las mulas flacas que sirven a las tropas turcas para transportar su impedimenta. Los hombres se habían tumbado en el suelo, amontonados para prestarse mutuamente calor. Algunos habían sido más osados, y, forzando las puertas de las casas y «chalets» vecinos, se habían cobijado en sus habitaciones. Las que sufrieron la visita de las tropas turcas quedaron inhabitables por mucho tiempo: los muebles estaban hechos astillas, los cortinones pendían como trapos sucios: por el suelo había vidrios rotos, restos de comida, huesos pelados, poniendo una alfombra de inmundicia sobre el tapiz confortable que horas antes ocultaba el suelo. Cuando aun la mañana no era muy clara, en esa luz incierta del amanecer nebuloso de las tierras cercanas al Danubio, las tropas turcas se pusieron en marcha de nuevo. Se gritaban unos a otros los sonidos guturales de sus llamamientos tenían cierta semejanza con los maullidos de los gatos salvajes, arreaban sus bestias con gritos estridentes. Iban cansinos, renqueando, arrastrando los borceguíes a medio atar. Algunos se cubrían con prendas de indumentaria civil, y sobre sus uniformes se habían puesto pellizas de paisano rumano, abrigos de piel de borrego que antes pertenecieron a aldeanas, y hasta alfombras de moqueta. Vimos a un árabe que llevaba guantes blancos de soirée para dama, y como éstos opusieran cierta resistencia a encerrar la manaza peluda del guerrero, éste se contentó con introducirla en la parte destinada para el antebrazo.

Nosotros también abandonamos Alexandria para ir a Simnicea o Zimnicea. La carretera va bordeando el Vedea, pero en Sinardiosa se separa de éste para marchar recta, paralela al ferrocarril, hasta el Danubio. Por todos los caminos, por todas las vías de comunicación se desborda en la llanura rumana la invasión que ha entrado en tromba por el puente tendido hace dos días. Junto con los hanovretes rubios vienen los búlgaros bravíos y rudos, y con los bávaros bonachones los turcos taciturnos.

Los campesinos rumanos se asoman asustados a las puertas de sus chozas para ver pasar a los invasores. En sus ojos se adivina que aun no aciertan a explicarse la presencia de los soldados extranjeros en su patria. Sabían que las tropas rumanas habían entrado victoriosas en tierras enemigas por las altas montañas de los Alpes transilvánicos, y de repente han visto el torrente de soldados enemigos desbordarse por la llanura valaca. Ellos creían que el Danubio era barrera infranqueable que los protegía; ellos que saben cuán ancho es, le suponían capaz de cerrar el paso a los invasores que vinieran del campo búlgaro. El buen y majestuoso río que en tiempos de paz fecundaba las tierras grasas y ofrecía el tesoro de sus aguas, era para los valacos ribereños como el Dios protector. ¿Qué sabían los pobres aldeanos de ciencia guerrera? Desconocían los medios poderosos de que dispone un ejército moderno para vencer todos los obstáculos que la naturaleza le opone. Por eso saludan entre acobardados y admiradores el paso de los soldados que vienen de la otra orilla. Encogidos dentro de sus pieles, se quitan el enorme gorro negro que cubre sus cabezas hasta el cuello. Las mujeres, descalzas y recogiéndose la especie de camisa de lino muy fino, se inclinan sobre las rodillas como una bailarina de gavota, al paso de un oficial. Los chiquillos y los perros son más audaces y muestran una mayor hostilidad a los invasores, gritando como demonios y ladrando furiosamente. Atravesando estas aldeas de la Valaquia es imposible creer que estemos en Europa, y se necesita un gran esfuerzo de voluntad para no olvidar que estamos en el continente de la civilización. Cualquiera pequeña repú-


Zíngaros nomades, en las márgenes del Danubio.



Religiosas rumanas, en oración.

blica de América del Sur, en su época de colonización, no ofrecería un espectáculo semejante de incultura, de promiscuidad, de miseria moral y material. Estas aldeas no merecen el nombre de tales, y los pueblos sólo pueden denominarse así por el número de los que los habitan. Son aglomeraciones de chozas con tejado de cañas de maíz secas, y recuerdan las instalaciones de tribus de Joló o de Java en Exposiciones coloniales. Las chozas se dividen en dos compartimentos, uno, la cocina, en la que todo el moblaje se reduce a unas piedras que sirven de asiento en torno del fuego, y una mesita de patas bajas que es al mismo tiempo artefacto en donde la aldeana prepara la masa de maíz, especie de polenta, y para servir la comida. El otro departamento es la alcoba en donde duermen en horrible promiscuidad hombres, mujeres, niños y animales domésticos. En cada aldea apenas si se encuentra un aldeano que sepa leer, y viven en la mayor ignorancia de cuanto es y encierra el mundo. Se visten con pieles de carnero que ellos mismos curten, y las mujeres tejen el lienzo que les sirve para sus vestiduras. La comida diaria es el maíz, planta que entra en la construcción de sus chozas, tanto en las paredes como en el tejado. Es increíble la incultura y la falta de civilización de los valacos, y a los lectores de CARAS Y CARETAS les sorprenderá saber que estas pobres gentes huyen de la máquina fotográfica porque la creen un instrumento de muerte, y que, por la primera vez, ven ahora un automóvil.

Desde Gauriciu, poblado perdido en la llanura, hasta Zimnicea, la carretera atraviesa campos de pastoreo que sólo en verano, cuando el piso se afirma porque las aguas de los pantanos y de las lagunas se retiran hacia el Danubio, deja de ser desierto. Entonces vienen los pastores que bajan con sus rebaños desde los Alpes; pero ahora, en pleno invierno, jamás se vieron frecuentados por seres humanos. La carretera es un río de fango, pero al menos ofrece seguridad. Si alguno se atreve imprudentemente a salirse de ella, cae en las marismas, en las que se hunde. Por ella vienen las largas columnas de tropas y los hombres marchan con los pies hundidos en el barro hasta cerca de la rodilla, y los caballos y los carros apenas si pueden avanzar. Realmente, el Danubio se opuso y se opone a la invasión; no desmintió ante los valacos su fama protectora; pero los invasores han sido más fuertes. Por esta faja de tierra negra y pegajosa que no ofrece resistencia al peso más liviano, pasan los regimientos y los escuadrones, las baterías y los convoyes. Parece temerario intentar una campaña de guerra por estas tierras, y la audacia del Mariscal Mackensen, invadiendo la Valaquia en pleno mes de diciembre, figurará en los anales de la ciencia guerrera como algo inaudito.

A las seis horas de camino se divisan las primeras casas de Zimnicea, y dominándolas un minarete de mezquita mahometana.

Zimnicea está convertida en un inmenso cuartel.

Es la primera parada que hacen las tropas invasoras al entrar en tierra rumana, después de pasar el puente de pontones tendido por los ingenieros militares alemanes.

Al otro lado del Danubio se ve la ciudad más importante búlgara, Svistov, que se alza sobre una altura y tiene por fondo una colina que nos dicen es un fuerte.

Toda la región de Zimnicea es pantanosa y la habitan los lipovanos de origen ruso, a quienes las persecuciones lanzaron a las marismas del Danubio. Los lipovanos son tribus sobre las que el Estado rumano no ejerce ninguna tutela, pues niegan a éste hasta el derecho de registrar los nacimientos y las defunciones. Viven en cabañas que frecuentemente el río se lleva, y entonces se cobijan entre los juncos y duermen en el fango. Su sola ocupación es la pesca, y para ella tienen prácticas en las que se mezclan sus reminiscencias de cosacos. Al anzuelo y a la red se une una maza para asestar golpes a los peces grandes, apenas emergen del agua. Sus mujeres se acercan a Zimnicea para vender la pesca, y ahora han huído las tribus hacia las marismas de la Dobrocha.

El puente que ha servido para el paso del Ejército del Mariscal Mackensen, ha ido a buscar uno de los dos caminos terraplenados que desde el Danubio conducen a Zimnicea. Tiene ochocientos metros de largo y está construído con pontones, precisamente los mismos pontones que sirvieron para pasar el Vístula cuando la ofensiva alemana contra los rusos dió por resultado la toma de Varsovia. Los bravos pontones muestran en sus panzas grises las cicatrices de las heridas que les hicieron las balas: son ya veteranos. La construcción del puente fué obra de pocas horas. Desde las alturas de Svistov en la orilla búlgara, la artillería alemana imposibilitó toda resistencia rumana y los ingenieros alemanes trabajaron en plena tranquilidad. Apenas los últimos tablones habían sido amarrados a la orilla rumana, la caballería se lanzó por tierras de Rumania, y aquella misma tarde las vanguardias pasaron el Vedea. Hacía tiempo que la caballería, los hulanos, los dragones, los coraceros, no habían demostrado actividad. Desde la invasión rápida de la Curlandia, los escuadrones prestaron muchas veces servicios en las trincheras y los jinetes deseaban ocasión propicia para luchar con sus armas; la rapidez, la lanza y los ataques audaces. Ahora en la guerra con Rumania la ocasión era excelente y no la han desaprovechado. Caracal, Rosiero de Vede y otras poblaciones de la pequeña Valaquia han sido tomadas por escuadrones de coraceros o de dragones.

Ya las tropas de Mackensen han hecho su unión en Ploska, aldea a medio camino entre Rosiero de Vede y Alexandria. Ahora la línea del ejército invasor avanza conjuntamente desde el Danubio hasta los Cárpatos y la batalla se libra a orillas del río Argesul.

Cuartel General, 1917. JAVIER BUENO.



Escolares, saliendo durante el paseo del domingo.



— ¡Qué escándalo! — exclamó airada doña Luisa mirando severamente a su hijo. — Es lo único que faltaba, Alberto: haberte derrochado una fortuna en juergas locas por Europa y pretender ahora jugarte lo mío y dejarme en la calle.

— No exageres, por Dios, mamá, — respondió Alberto echándose indolentemente sobre un sillón. Es cierto que en Europa me excedí un poco; pero no me negarás que desde hace dos años estoy bastante formalizado.

— Sí, ya se ve; muy formalizado estás, hijo.

— Después de todo, no es para tanto, mamá. Fuí a Mar del Plata con la santa intención de hacer vida social, como tú muy bien sabes. Tuve la desgracia de encontrarme con Benítez; fuimos al club por curiosear, y ya sabes lo tentador que es el juego. Por lo demás, no es una cosa del otro mundo: a cualquier muchacho de mi posición le ocurren a menudo cosas por el estilo.

— Unicamente a un loco, — respondió escandalizada doña Luisa, — sólo a un insensato se le puede ocurrir tirar tres mil pesos en media hora, como si el dinero lo regalasen.

— Bueno; dejemos este tema, si te parece, mamá. Es el caso que he prometido a unos amigos volver mañana a Mar del Plata. Si no lo hago quedaré mal ante ellos. ¿Podrías facilitarme algún dinero? Te doy mi palabra de que no voy a jugar.

— Me has engañado tantas veces que tu palabra ya no me inspira la menor confianza. No, hijo; te quedarás en casita y para lo sucesivo sólo tendrás el dinero necesario para tus gastos indispensables; ya lo sabes. No quiero tener sobre mi conciencia el haber sido una madre débil.

— Pero, mamá, ponte en razón — exclamó Alberto.

— Mira, Alberto, — repuso doña Luisa, — tú no sabes lo que vale el dinero, ni te imaginas los trabajos penosos que tu padre pasó para ganarlo. Te crees que por tu apellido y tu educación has de encontrarte siempre rodeado de sonrisas, y te engañas.

— Es cierto, — repuso Alberto.

— El apellido que llevas y tus modales, serán un buen complemento en tí mientras tengas fortuna; pero cuando ésta te falte y te encuentres sin una profesión para ganarte decorosamente la vida, verás quienes son tus amigos de ahora y todos los que te adulan y agasajan.

— Tienes razón en todo, mamá. Eres de un sentido práctico realmente extraordinario.

— No basta que me des la razón, sino que es necesario que te corrijas de una vez. Ya no te pido que termines tu carrera, porque sé que no lo voy a conseguir. Ahora sólo deseo que aprendas a conservar lo que mañana heredarás.

Doña Luisa, un poco asustada de su severidad, guardó silencio y se quedó pensativa.

Alberto seguía en elegante indolencia echado sobre un sillón neumático. Sus ojos, serenos y pacientes, miraban al techo.

— Alberto.

— Mamá, — respondió Alberto como despertando.

— ¿Por qué no te casas?

Alberto cambió de postura e hizo un gesto de desgano.

— No tengo prisa, — dijo.

— Sin embargo, ya tienes edad, Alberto; estás cerca de los treinta. Un casamiento ahora te vendría muy bien, pues te haría cambiar totalmente de vida. ¿Por qué no piensas seriamente en esto? Dirígete a cualquier muchacha de nuestras muchas relaciones y puedes estar seguro de que no te ha de despreciar. ¿No te gusta ninguna?

— Me fastidian, — repuso Alberto haciendo un esfuerzo para contestar.

Se hizo un nuevo silencio. Doña Luisa miraba de hito en hito, entre colérica y amorosa, a aquel hijo tan bueno y tan fino, pero tan mala cabeza.

Alberto volvió a su postura primitiva y encendió un aromático cigarrillo que se puso a fumar nerviosamente como quien está dominado por una idea. Pasaron varios minutos en silencio.

— Oye, mamá.

— Que.

— ¿Qué opinión tienes de Mechita Bermúdez?

— Magnífica, excelente. Es una chica de oro; tan buena y tan cariñosa como nunca he visto otra. Y además, de una familia distinguidísima, como tú sabes; y en cuanto a posición, no hay que hablar. Tú la festejaste un tiempo, ¿te gusta?

— Psch... sí, — respondió indiferente Alberto.

— Pues te felicito por el buen gusto. Mira; esa chica está ahora en Alta Gracia, y se me ocurre una idea: ¿por qué no te vas allá en vez de pensar en una locura como es volver a Mar del Plata?

— No, mamá, — respondió Alberto, — ¿qué prisa hay? Cuando regrese trataré de acercarme a ella. Entretanto pasaré el tiempo en Buenos Aires lo mejor posible, ya que no quieres que regrese a Mar del Plata.

— No, señor, nada de Mar del Plata, — respondió doña Luisa con afectuosa energía maternal. — Mañana mismo te pones en viaje para Alta Gracia, porque yo lo mando. Queda convenido.

— Bueno, — repuso Alberto con aire de víctima, — ya sabes, mamá que no soy capaz de oponerme a ninguno de tus deseos.

Al día siguiente, Alberto, vestido con elegante indumentaria de viaje se dispuso a marchar. Doña Luisa esperaba a su hijo en el vestíbulo. Lo besó cariñosamente y le entregó un cheque. Alberto acogió cálidamente los besos maternales, plegó con cuidado el azulado cheque y partió.

— Adiós, Alberto. A ver si me mandas buenas noticias.

— Adiós, mamá, adiós.

Esto fué un lunes.

Doña Luisa quedó contenta como toda persona bondadosa que ha hecho una buena acción. Decididamente, aquel muchacho iba en tren de corregirse. La buena mamá soñaba con ver a su hijo convertido en un maridote ambicioso y sesudo; en un hombre diligente y madrugador, que discutiese de negocios, que fuese hasta un poco tacaño, que riñese al criado torpe que rompe un cristal, que fuese, en fin, una cabeza bien sentada. Todo aquello era un poco vulgar, — doña Luisa lo comprendía, — pero resultaba cien veces preferible a la vida disipada de Alberto soltero.

En estas meditaciones llegó el miércoles, y con él, un telegrama. Doña Luisa rompió el sello ávidamente. El despacho venía de Mar del Plata y decía así:

Por compromiso ineludible de última hora, que te explicaré, víme obligado venir Mar del Plata. Debido gastos imprevistos, estoy sin dinero. Te estimaré me gires doscientos pesos al Bristol. Cariños. Alberto.

Dib. de M F MAGGY.

Reportajes populares

AL CARTERO

Pocas veces, o ninguna, a buen seguro, habré hecho en mi vida periodística, un reportaje con tanta comodidad como éste al cartero. En cuanto le llegó el turno en la larga lista de servidores públicos a reportear, que tengo en carpeta, di orden al portero de la Dirección de que me mandara el cartero de la casa, «que tenía que hablarlo.»

Al dar la orden, tan perentoriamente, me sonreía pensando:

— ¡Esta es la mía! No soy yo ahora el apurado y afligido que corre en busca del «personaje». ¡Ordeno a éste que me vea!

Y así fué. Por la tarde, entró el ordenanza y me indicó que el cartero esperaba.

— Ya voy. Que espere un rato.

¡Oh!, ¡delicias del poderío reporteril! ¿Llegará el día en que me vengan a buscar de parte del Excelentísimo señor Presidente de la Nación, *para que lo reportee? ¿Llegará el día en que a él también le haga esperar* y le atienda cómodamente sentado en mi escritorio de la Redacción?

Perdone el lector esta divagación megalómana, y concédamela, en desquite de los sudores pasados en otros reportajes menos cómodos.

— ¿Qué tal amigo? Lo he hecho subir para hacerle unas preguntas y unas fotografías. ¿Tiene un poco de tiempo disponible?

— Sí, señor. Lo que usted guste.

Me extrañó el acento perfectamente «porteño» de su voz. Estaba de suerte. Los tres primeros reportajes los hacía con argentinos. ¿No hay, entonces, tanto extranjero como dicen?

— ¿Hace mucho que es usted cartero?

— Algunos años, sí, señor; va para siete.

— ¿Y ha estado siempre satisfecho de su trabajo?

— Así, así. No puedo ni estar muy contento, ni quejarme tampoco. Se vive. Y esto en alguna forma hay que hacerlo.

— ¿Trabajó en otra cosa, antes?

— Sí, señor. Mi oficio era tipógrafo...

— Ajá... Colega, *entonces.*

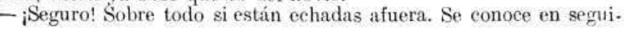
— ... pero no me satisfacía del todo esa vida un poco esclava y de mucha paciencia, y entonces conseguí un puesto de cartero.

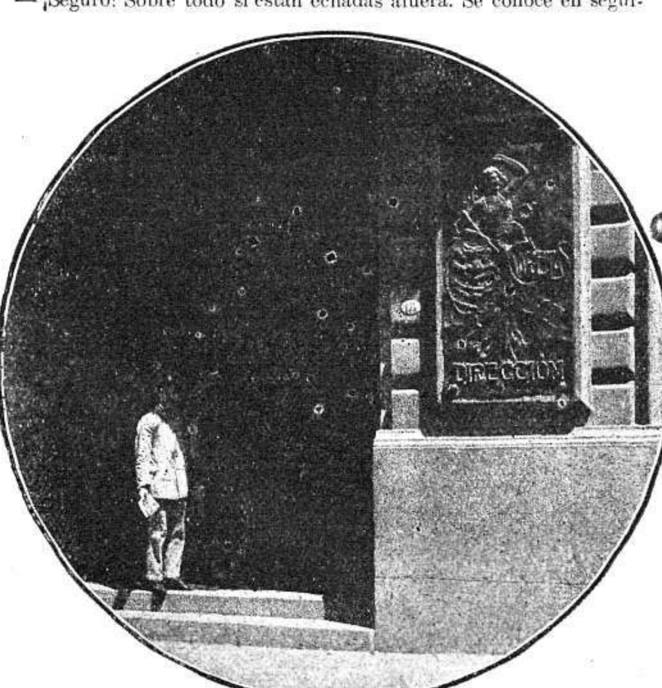
— Al menos, usted sabía que con ese empleo sería bien recibido en todas partes. ¿Qué tal lo tratan las novias?

— Siempre muy bien. Y es una cosa que parece increíble, como se acostumbra uno a conocer por los sobres las clases de las cartas, tanto que yo, ahora que hace mucho tiempo que estoy en esta sección, no tengo casi necesidad de ver la dirección para saber el destino de las cartas.

— Sí; y así cuando alguna chica le pregunta, de lejos, si hay alguna, usted ya sabe que es del novio.

— ¡Seguro! Sobre todo si están echadas afuera. Se conoce en seguida y sin necesidad de mucha habilidad.





— ¿Y conocen también las cartas de los acreedores?

— Ah, eso no.

— Le pregunto, porque entonces sería cosa de exigirles a ustedes que violaran la correspondencia...

— Ja, ja....

— ¿Quiere retratarse?

— Bueno...

Y el chico Méndez, siempre apurado, fotógrafo-relámpago, le hizo dos fotografías. Una en la galería, y otra en la puerta de la Dirección.

Me despedí. Me dió las gracias. Lo saludé y subí.

Sin apuro, sin carreras, sin salir siquiera de la Redacción había hecho un reportaje...

El Caballero Fantasma.



HE LEIDO TU LIBRO

A mi poeta amigo.

Y he aquí, buen hermano,
que a través del silencio, yo te tiendo la mano,
yo, — aquel que tu presente,
le dedicas, llamando tan sólo "inteligente",
porque ignoras, acaso,
que me entrego a mi paso;
que no calculo: que ando;
que me voy tras mi novia, la Luz, desperdiciando;
que no miro hacia atrás;
¡que ansío mucho más!
"Inteligente", dices... ¡y soy un tonto ciego
que me descubro presto y sin doblez me entrego!
¡Qué! ¿Ya no me conoces? Será porque has cambiado,
que yo soy siempre el mismo, a pesar de lo andado...
Una vez fuimos juntos por el mismo camino:
mas tú te doctoraste... yo seguí peregrino...
Pero siempre las quenas de iguales cañas son
y de plantas iguales el tuyo y mi bordón...
¿Has cambiado? ¿Has cambiado? ¿Eres... "inteligente"...?
Yo no sé contestarme... No conozco a la gente...
Yo me entrego al poeta... Yo detesto al doctor...
¡Visítame sin toga: pero trae una flor!
No empapeles mi cuarto con charlas de Derecho:
sé sabio en ignorancia; pon la mano en tu pecho,
escucha al corazón
y el "Preámbulo" desecha de la "Constitución"...
Te digo todo esto sin petulancias, Fabio:
que el Código no manche las purezas del labio
de donde baten vuelo los pájaros del verso
que ignoran de las Leyes y saben de Universo...
Te digo todo esto, porque a través del libro
en que vibran tus horas y mi minuto vibro,
hay un algo de púlpito y de trascendental
que te sienta muy mal,
tan mal como el birrete, y la pieta agresiva,
¡cuando reclamas túnica y cintillo de oliva!...
Por favor, nunca seas, ¡jamás! "inteligente":
sé agua de la fuente
que por cantar se atrasa,
no el albañil correcto que le pone la taza;
no la jaula: el canario;
sé madera: no armario;
no las plumas: el ala;
tierra fresca: no pala;
no la estatua: la arcilla;
no amasijo: semilla;
¡es más grande, a mi modo, el mármol sin estilo,
íntegro en la montaña, que la Venus de Milo!
Y perdona el sermón:
estas palabras, son
consejos de ignorante,
que no tienen bastante
claridad matemática
para ser la pragmática
a que se atengan esos que miran adelante,
pero que ostentan sello
de la sabia ignorancia;
vale decir: lo bello
que en la flor se adivina por sólo la fragancia...
¿Lo ves? — Me contradigo...
Es inútil, amigo:
yo te doy un consejo,
sin pensar, — porque siento, —
y a fin de cuentas noto, que como un niño-viejo,
en vez de dar consejos, yo necesito un ciento!...
Otrosí digo, hermano:
mi mano va a tu mano
trémula de emoción,
porque al leer tu libro, siento que al corazón
ha llegado aquel ave,
— a nos común y suave, —
que en las horas tranquilas
de la tierra lejana,
charlaba en la campana...
reía en las esquilas...

CARLOS SCHAEFER GALLO.

Dib. de Vázquez

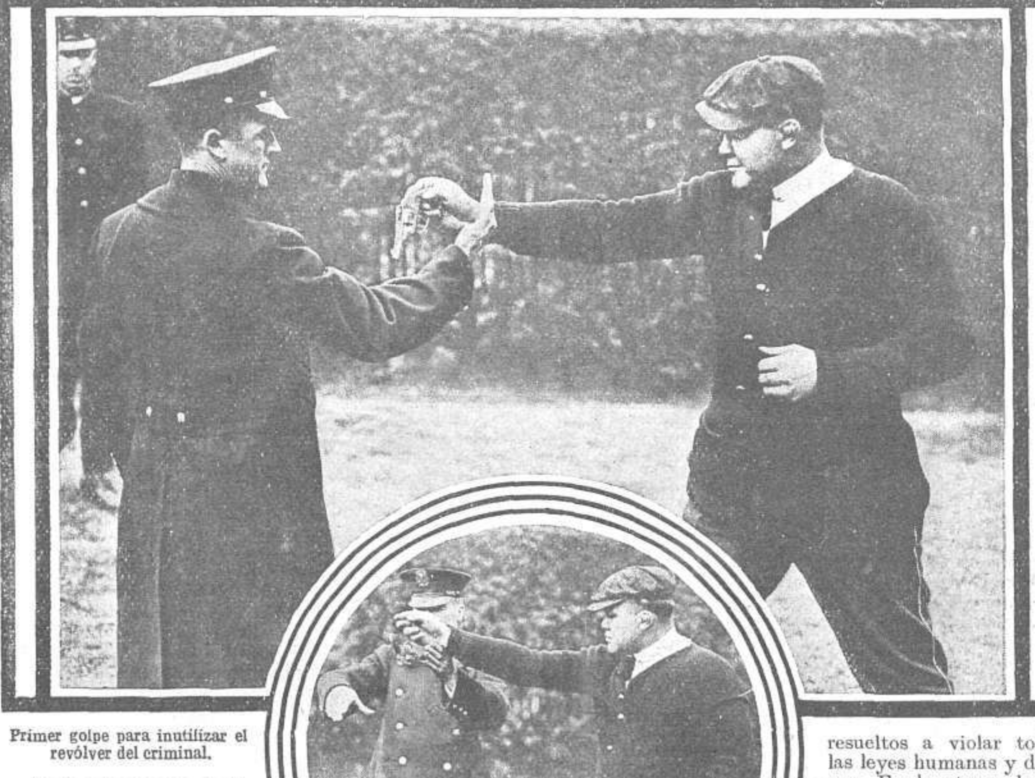


ARTE ARGENTINO

LA HORA AZUL

ÓLEO DE ALBERTO ROSSI

LA ESCUELA POLICIAL DE FILADELFIA



Primer golpe para inutilizar el revólver del criminal.

Otro golpe, y el criminal queda desarmado.

Según el concepto de la moderna escuela norteamericana, un vigilante (policeman) debe ser algo más que un mero guardián del orden en la calle. Debe estar preparado para afrontar las más peligrosas emergencias, sin un momento de vacilación, para defender, si es preciso, su propia vida y la de los demás, para tratar con los hombres más resueltos a violar todas las leyes humanas y divinas. En la eterna lucha entre esos hombres y la sociedad, el vigilante debe ser especialmente apto para defender a ésta; y debe tener como garantía la seguridad de que la sociedad le hará respetar y ha de castigar sin miramientos a los que intenten atacarle o siquiera insultarle.

En los Estados Unidos se procura, por todos los medios, crear entre la sociedad y el policeman, no solamente los vínculos materiales emanados de la relación inevitable entre el que paga porque se le haga un servicio y el que lo presta, sino también los vínculos morales inherentes a la misión del vigilante y a los deberes de la sociedad para con él. De ahí que se procure darle todos los medios necesarios para su defensa; con cuyo objeto se han creado escuelas especiales, entre las cuales figura en primera línea la de Filadelfia.

Los vigilantes que asisten a esta escuela, y la asistencia es obligatoria para todos los de la ciudad, no solamente se instruyen en los misterios del sistema Bertellen y de otros intrincados métodos de identificación, sino que reciben todos los días lecciones de ejercicios físicos que les hacen aptos para luchar, mano a mano, como quien dice, con los más audaces y preparados profesionales del crimen.



Puede el criminal disparar todos los tiros de su revólver, sin peligro para el vigilante.

Para éstos, atacar, herir y si

es posible, matar a un vigilante, es una aspiración íntima, en que hay algo del espíritu de venganza y algo del deseo de suprimir un posible estorbo para sus futuros delitos.

Es, por lo tanto, menester que el policeman esté siempre preparado para sus ataques, y que conozca todos los métodos de defensa posibles, así como también la manera de evitar que el criminal se fugue. Sería, en realidad, muy largo entrar al detalle de todo lo que, con el objeto indicado, se enseña a los policemen en la escuela de Filadelfia. Todos los métodos de boxeo, el *jiu-jitsu* japonés, la *savate* francesa, la lucha romana, todo lo aprenden a la perfección. Cualquiera que sea el modo como el criminal quiera atacar al vigilante, éste se encuentra preparado para la defensa.



Procedimiento infalible para que el cuchillo resulte tan ineficaz como el revólver.

Pero hay criminales que, más resueltos, emplean armas contra los defensores de la sociedad, el revólver y el cuchillo. En la escuela de Filadelfia se enseña también a los vigilantes el modo de hacer ineficaz el empleo de esas armas. Las fotografías que acompañan a este artículo, no requieren, al respecto, comentarios: son por sí solas bastante elocuentes. Hacen ver con claridad y exactitud los procedimientos que el vigilante debe emplear para evitar el balazo o la puñalada traicionera del malevo. También se pueden ver en ellas algunos buenos *golpes*, de los que se enseñan en la escuela de Filadelfia. Fácilmente se comprende como el policeman, dueño de todos esos recursos de defensa, se encuentra siempre con el ánimo seguro, consciente de su fuerza y dispuesto a no dejarse imponer por la audacia de los criminales, aunque éstos sean varios, pues también se les enseña la manera de luchar con dos o tres al mismo tiempo. Y, por su parte, los criminales, que saben que tienen que habérselas con hombres preparados para algo más que para hacer detener los automóviles en las esquinas, se cuidan bastante de ponerse en contacto con ellos, y los evitan cuidadosamente, con lo cual gana la sociedad en seguridad, a costa de un pequeño sacrificio, que ojalá se hiciera y diera en todas partes tan buenos resultados como en Filadelfia.



El vigilante aplica a su agresor el golpe, que en Filadelfia llaman «golpe de la mandíbula».

Nuestra policía, siguiendo los métodos modernos, también tiene academias donde se enseña a los agentes, por profesores especiales, el modo de defenderse de los asaltos y de reducir a un delincuente; pero a pesar de ello, todavía se impone la manera criolla: ello quizá sea debido a que nuestro temperamento no se presta, como el sajón, a someterse a un sistema: para ello se necesita toda la flema y sangre fría de un inglés o un sueco.



Del suelo al hombro y del hombro al suelo; pero esta vez reducido el malevo a la impotencia.

La estética casera

La estética aspira a dominar en todas las cosas de la vida, aun las que parecen menos aptas para ello. ¿En qué no puede ponerse un poco de arte, de belleza? Un pedazo de cinta, una cretona de colores vivos, ponen en el más humilde objeto doméstico una nota grata al ojo. De ahí que las mujeres se empeñan en imaginar las más curiosas y nuevas combinaciones, con ese objeto. Al decir las mujeres nos referimos, naturalmente, a las mujeres hacendosas, las mujeres que vulgarmente se llaman «de su casa», y que aspiran a que su hogar, por modesto que sea, tenga *la alegría* y la belleza que hacen grata la permanencia en él. Además, es menester que a la belleza se una la utilidad, o por lo menos la comodidad, y ambos propósitos son los que se persiguen y obtienen con los objetos de uso doméstico que se reproducen en esta página.

Son objetos que seguramente no pertenecen al número de los que constituyen el atractivo principal de un hogar; son objetos humildes que quizá llamarán una sonrisa desdeñosa a los labios de más de una dama; pero que tienen una indiscutible utilidad, y para cuya confección se ha procurado emplear géneros y colores bellos y atrayentes.

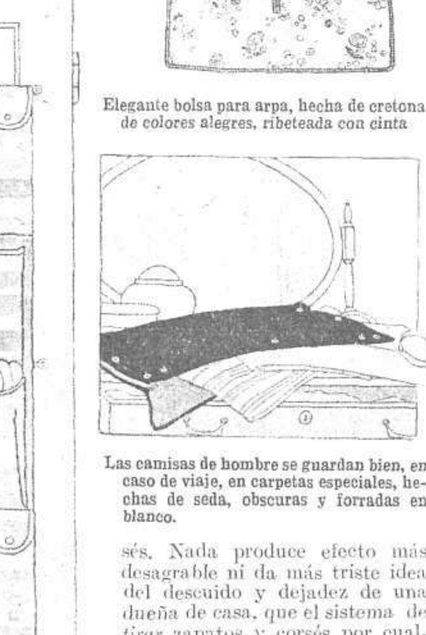
¿Qué cosa más prosaica que una bolsa para guardar ropa? Y, sin embargo, se ha logrado darle un aspecto agradable, haciéndola de cretona de colores vivos y armoniosos, ribeteándola con cintas adecuadas y adornándola con botones de metal. Con una bolsa así, la bien puesta sirvienta que la lleva, no se avergonzará si el novio la encuentra por la calle, camino de la lavandería.

En una ciudad como Buenos Aires, en que tan abundantes son los departamentos pequeños, en los cuales el espacio falta para todo, los artefactos marcados con los números 2 y 5 son de la mayor utilidad. Siempre la cretona sirve como materia prima; y como adorno, cintas de colores que armonicen con ella. El objeto de ambos es guardar zapatos y corsés. Nada produce efecto más desagradable ni da más triste idea del descuido y dejadez de una dueña de casa, que el sistema de *tirar* zapatos y corsés por cualquier parte, encima de las sillas, debajo de la cama, sobre un canapé. Los objetos a que nos referimos, ni ocupan espacio, porque se cuelgan en el revés de la puerta. Basta ver los grabados para darse cuenta de su utilidad. Con ellos, nada que estorbe y cada cosa en su sitio.

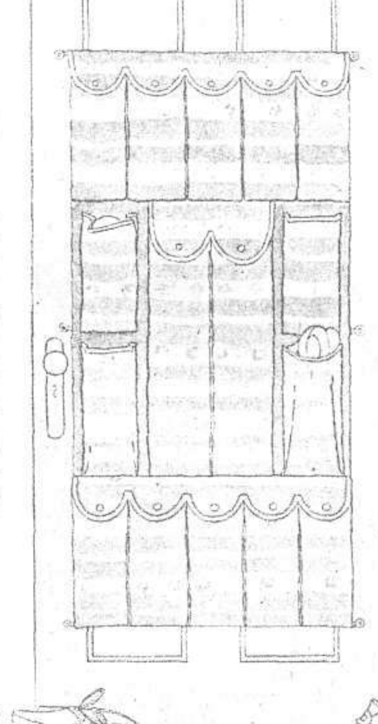
Cuando se trata de hacer un viaje, suele causar muchos fastidios el acomodo de los zapatos en las cajas. Se teme que el filo de los tacos o de la suela estropee la ropa; que el zapato mismo se deforme. Para evitar esos inconvenientes se ha ideado la cómoda bolsa del número 4, que se hace de franela, ribeteada con cordón de seda. Así, los zapatos, o botas, o lo que sean, van aislados, y ni causan ni sufren daño.

Las camisas de hombre son asimismo motivo de dificultades para ubicarlas convenientemente en las cajas o maletas de viaje. La figura número 3, hace ver una especie de carpeta, hecha de seda obscura, pasada en blanco, que permite a las camisas viajar con seguridad y comodidad. Y el número 6, ofrece el modelo de un aparato cómodo para evitar que los zapatos, especialmente los de los niños, se deformen.

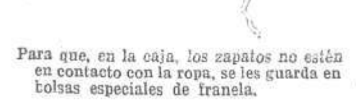
Elegante bolsa para arpa, hecha de cretona de colores alegres, ribeteada con cinta



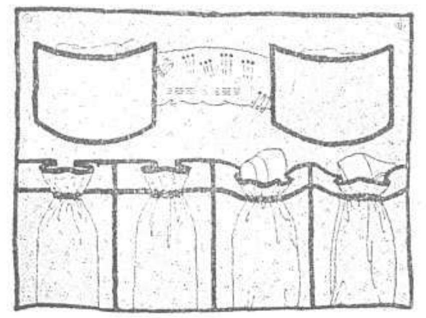
Las camisas de hombre se guardan bien, en caso de viaje, en carpetas especiales, hechas de seda, obscuras y forradas en blanco.



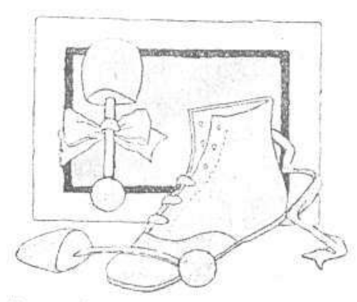
Esta, que parece una cortina, sirve para que en sus múltiples bolsillos se guarden los zapatos, el corsé, etc. Tiene capacidad para catorce pares de zapatos y dos corsés.



Para que, en la caja, *los zapatos no estén* en contacto con la ropa, se les guarda en bolsas especiales de franela.



También se coloca este adminículo detrás de la puerta, y sirve para guardar zapatos y otras cosas.



Para que los zapatos no se deformen, se emplean unas hormas especiales, de madera y acero, especialmente cuando se trata de zapatitos de niños.

POR LAS FERIAS FRANCAS

La feria, en su hora más animada.

La economía doméstica es una ciencia a la que da utilidad práctica la mujer, por eso cuando se trata de economizar unos centavos, no existen distancias para ella. Se dijo que las ferias francas abaratarían los artículos de consumo, porque no pagaban impuestos los vendedores, y además se veían éstos libres de intermediarios que encarecían los artículos, y las buenas amas de casa, atraídas por el señuelo de la baratura, corrieron a las ferias francas a comprar bueno y barato.

Pero la realidad fué otra: allí, como en el mercado, había acaparadores, y si algunos artículos se vendían baratos era en detrimento de la calidad.

Pero si desgraciadamente las ferias francas no resolvieron el problema económico casero, en cambio dan una nota pintoresca, y es interesante ver de mañana, como en algunos lugares del municipio se improvisan mercados al aire libre.

En aquellos puestos de mutación, como maquinarias teatrales, se vende de todo. Pavos, gallinas, huevos, frutas, verduras, arroz, fideos, y cuanto artículo de consumo se necesita en una casa.

Los vendedores, con sus gritos ensordecedores y políglotas, nos remedan la torre de Babel; pero aquí todos se entienden, sobre todo si se venden baratos los artículos. Las señoras, con ese instinto natural en ellas, comprenden que artículo que necesita de pregones para venderse ha de ser inferior... y si se deciden a comprar, es cuando la baratura las hace caer en tentación. En estas ferias, también se suelen ver puestos de flores, y ellas, entre los montones de verduras y frutas, ponen una nota poética, que atrae a las almas jóvenes y enamoradas que imaginan la vida una eterna primavera



Flores al alcance de todos los ojales.

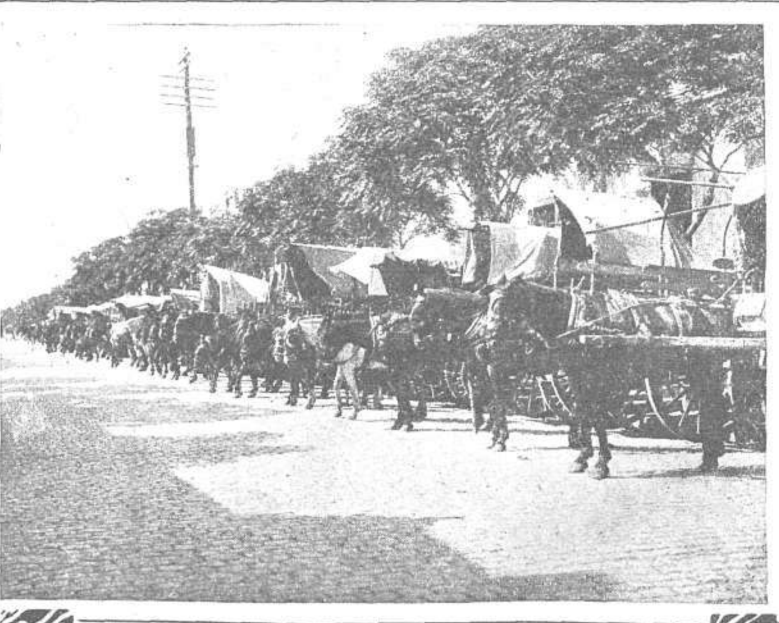
Lupines, según los arrabaleros, y altramuces, según la R. A. de la L.

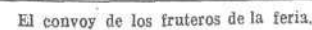
Una buena ama de casa buscando pichinchas.

¡Papas! ¡o terror de la comiquería!



Fruta a precios asequibles.





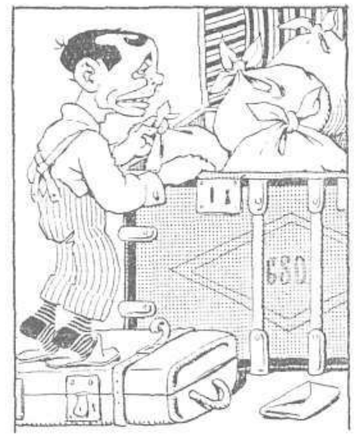
El convoy de los fruteros de la feria.



Sarrasqueta hace la maleta



Próximo a partir para Europa, como árbitro, componedor u hombre bueno, a iniciar sus gestiones entre ambos grupos de naciones beligerantes para el restablecimiento de una paz sólida y sin ganador ni placé, Sarrasqueta hace su equipaje.



En un baúl mundo, más grande que sus viejas esperanzas, lleva las decepciones sufridas, los desengaños hallados, las ilusiones perdidas, los disgustos soportados, las penurias arrostradas y las tristezas pasadas.



En otro, no menos grande, mete los muchos años perdidos, la juventud malgastada, la salud estropeada, la farsa de los amigos y los clavos recibidos.



En una maleta de cuero de chancho, guarda los trabajos no cobrados, los pagarés dolosos, los cuentos ya muy gastados, los grupos que le han formado y farsas que le han argado.



En un frasquito con alcohol, para que se conserven mucho, los laureles conquistados, satisfacciones halladas, y mirando con un fuerte cristal de aumento, se puede ver en el fondo los residuos de las alegrías gozadas.



En un pequeño bolsillo lleva todo el dinero que con heroico esfuerzo ganó en toda su vida, convertido en papeles, papeletas y letras pagaderas al portador y a larga vista.



En una jaula lleva monitos y cotorras, y en una bolsa de cuero de potro, flechas, arcos y plumas de indios, falsificadas, adquiridas en un bazar, para atestiguar en Europa que regresa de América.



En un librito de papel de fumar, lleva toda la documentación para las proposiciones de paz, que se reducen a muy pocos artículos, y con leer la portada sobra.



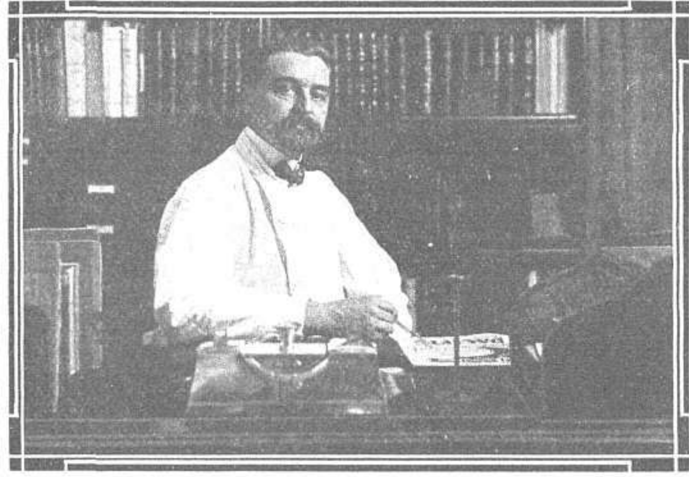
Y si con todo este bagaje de experiencias que conduce, adquirido en su vida bohémica-diplomática, no consigue hacer la paz, será porque no querrán los beligerantes.

Dib. de Redondo.

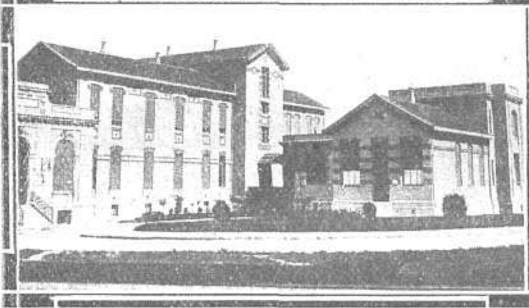
La Casa de la Maternidad

De los establecimientos de caridad preferentemente atendidos por la Asistencia Pública del Uruguay, figura en primer término esta importante obra que aporta a las necesitadas excelentes beneficios de protección y asistencia.

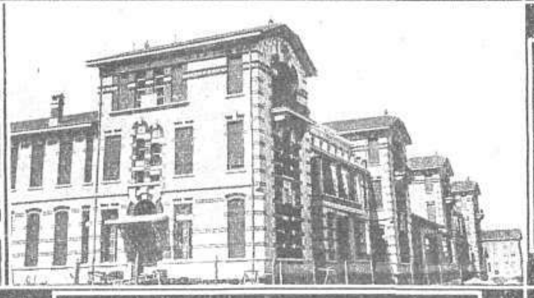
«La Casa de la Maternidad», hállase situada dentro del perímetro del Hospital Pereira - Rosell; su edificio, construído de acuerdo con las necesidades modernas, ofrece lujosa comodidad; cubre más de dos mil metros cuadrados, teniendo dos pisos en casi toda su extensión y consta de siete pabellones, dos de ellos aislados, que forman servicios análogos separados por el Pabellón del anfiteatro y consulta externa.



Doctor Augusto Turenne, jefe del servicio de protección maternal.



Frente y parte del establecimiento.



Los amplios pabellones de ginecología.

El servicio de asistencia y protección maternal que realiza este hospital, comprende la asistencia técnica, la defensa jurídica de las madres menores de edad y la protección moral de las asiladas desvalidas, abandonadas, o temporariamente imposibilitadas para atender a su cuidado y subsistencia.

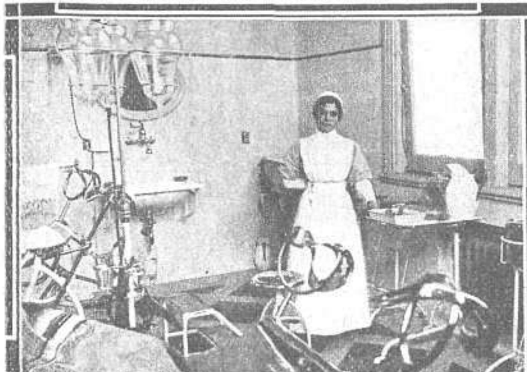
La Asociación «Pro Matre», formada por beneméritas damas, cuida con especial dedicación del amparo moral, allegando recursos, propiciando el reconocimiento legal de los niños y de la regularización del estado civil de las madres; las que se hallan defendidas por el abogado asesor de la Asistencia Pública. Complementan la buena acción señalada, el servicio domicilirio que se extiende aproximadamente a 1.500 hectáreas, atendido por treinta parteras distribuídas en nueve radios bajo la inmediata inspección de los médicos de servicio. El auxilio económico se lleva a cabo con el contralor de las autoridades respectivas, y se extiende aún para aquellas mujeres casadas que sin ser indigentes tienen una pequeña entrada mensual, no pudiendo, por consiguiente, afrontar los gastos indispensables.

Con bastante frecuencia se dictan conferencias y cursos especiales de tratamientos profilácticos de las infecciones e intoxicaciones, para las parturientas, las que también reciben cartillas, donde se les da instrucciones con preceptos de higiene.

Secundan la acción del inteligente profesor doctor Turenne, director de «La Casa de la Maternidad», las notabilidades médicas más descollantes del Uruguay, y numerosos alumnos de la Facultad de Medicina. Doce niñeras cuidan las enfermas, haciendo guardias, durante las cuales anotan el cumplimiento de las prescripciones del personal técnico, así como todos los datos referentes a las mujeres en asistencia.

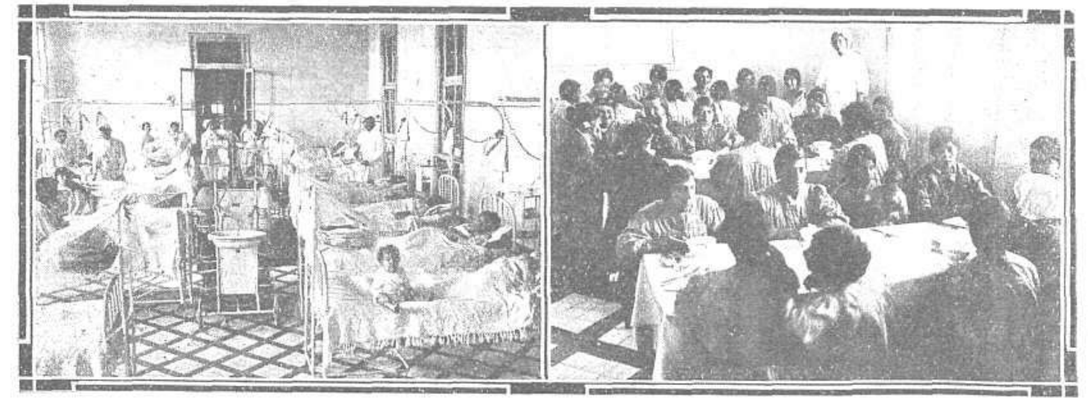
Las clínicas obstétricas de la Escuela de Medicina, se dictan tres veces por semana para cada clínica, en el anfiteatro; siendo la asistencia libre para los médicos y parteras nacionales y extranjeras.

Por el proyecto sobre la creación de una colonia de mujeres desamparadas, formulado por el doctor Andrés Puyol, se ampliarían considerablemente los bene-



Una de las salas de operaciones.

Enfermeras, practicando una curación.



Sala de las puérperas. Una parte del amplio comedor. — Asiladas tomando el desayuno.

ficios indicados, robusteciendo la moral de estas desgraciadas a quienes la suerte azota crudamente.

La iniciativa en cuestión se basa en inmejorables principios y su realización fácil la apoyan las opiniones de afamados médicos, los que declaran que resulta una necesidad social imprescindible. Por este medio se les prohibiría a las madres el abandono de los niños, obligando a criarlos y a respetar los deberes humanos que por esa mal entendida vergüenza, prefieren desoir.



Damas pertenecientes al Comité Ejecutivo de la «Pro Matre», estudiando un caso interesante.

La colonia les ofrecería amparo, el cultivo de su educación y el fomento de cualquier clase de trabajo a que deseasen dedicarse. Recompensas que por cierto convertirían a las incapaces, en mujeres de provecho, cegándoles así el camino tentador de una vida equivocada.

Esta institución está llamada a prestar importantes servicios por su acción eficaz y práctica.

JOAQUÍN E. RIAMBAU.

Montevideo, marzo 1.º de 1917.

Tipos populares de la república

En Santiago del Estero existen dos tipos que son una verdadera curiosidad. Baste decir que si Buenos Aires los poseyera, ya hubieran dado motivo a crónicas amenas, y quizá de elemento teatral en alguna de esas revistas que están de moda.

José Coronel (a) Chirola, es un sportsman; se le ve siempre de correcto jaquet y galerita, no faltándole nunca la *boutonier* en la solapa, lo que da idea de sus sentimientos correctos y caballerescos.



José Corenel (a) Chirola, repartidor de programas.

Lástima que toda esa indumentaria de hombre de mundo, no le sirva más que para repartir programas; pero eso sí, los reparte con una distinción que ya la quisieran algunos mozos bien para pasar por gente.

Tan popular es en Santiago, que muchos, sin necesidad de leer los programas, se asesoran de él respecto al espectáculo que hacen en el teatro o en el cinematógrafo, y algunos hasta le consultan donde hay artículos en liquidación.

Y a todos contesta con un tono de hombre importante, necesario y útil.

Pero la gloria de este tipo queda obscurecida al lado de «El mudo», un orador único en el mundo, el que por señas, y sólo por cinco centavos, espeta unos discursos a base de guiños y gritos guturales que asombran a la concurrencia. Claro está que por señas se pueden decir muchas cosas; pero «El mudo» no emplea imágenes incorrectas, sino simplemente acciones y gestos de orador de alto vuelo y culto.

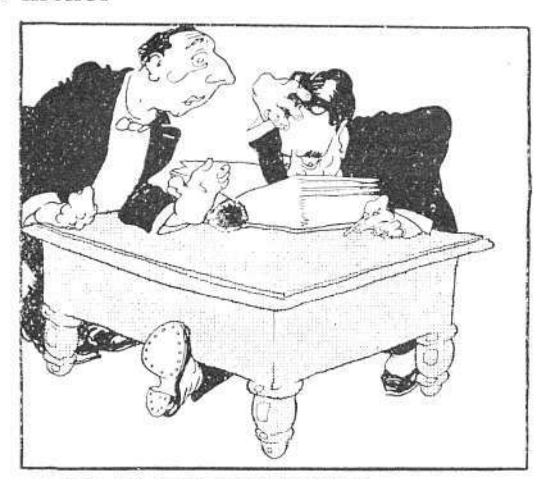
«El mudo», gran orador callejero.

Quien le ha visto una vez, lamenta que muchos de nuestros políticos no empleen esa oratoria modelo que no perjudica las finanzas ni ocupa espacio en el Diario de Sesiones.

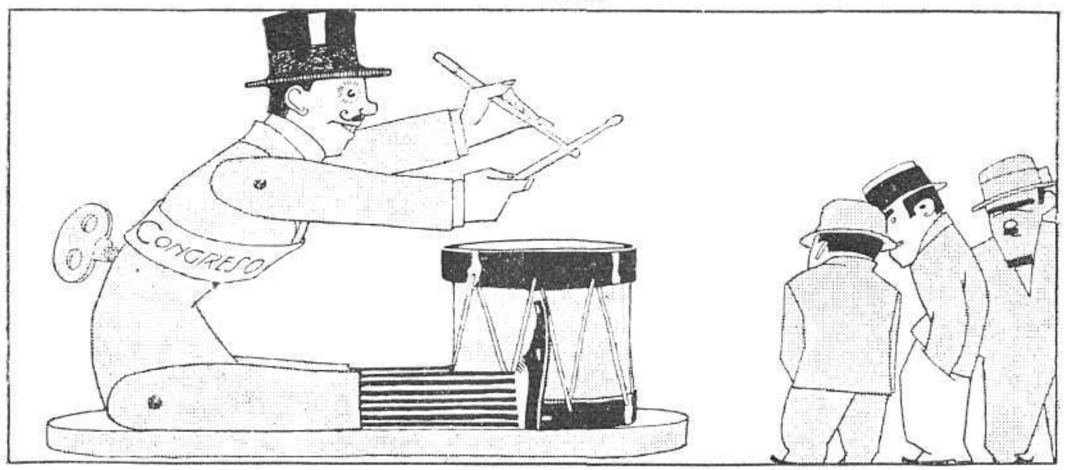
Emisión menor



— ¿Volverá el señor ministro al ministerio?
Salinas. — Si son amigos íntimos, dígales que he ido a ver a S. E. y no tengo seguridad de volver...



— Pero, ¿qué buscas con tanto empeño?
— Busco nombres para candidatos de directores del Banco de la Nación.
— Buscá en provincias.
— No: mejor voy a hojear la página de Comités y tal vez acierte.



— ¡Qué lástima se le ha terminado la cuerda en el preciso momento en que iba a meter ruido!



— ¿Qué les pasa a esos empleados?
— Que les han extraído un cálculo de ocho millones, con las economías del 10 o/o.
— ¡Me explico que pongan el grito en el cielo!



— En el Comité de la Capital debe pasar algo muy grave... He visto varios que han salido escapados, renunciando a vivir del presupuesto...

Dib. de Polimani

Notas sociales

Debo cumplir hoy mi promesa, y hacer con ustedes, amigas mías, el anunciado *balance sentimental* de las últimas fiestas de esta breve temporada de bullicio y de alegría... No comprende este balance ninguna información oficial, puesto que sólo he de reflejar en él las indiscretas versiones de las que llegan o escriben desde sus respectivas villeggiatturas; pero he de anotar, sin embargo, a manera de prólogo y antes de esbozar las siluetas anunciadas, el comentario que ha suscitado en nuestros círculos más aristocráticos la noticia oficial de un reciente compromiso, que ha sido recibida con tanta sorpresa como simpatía...

Pocas veces habrá reunido una delicada y pura belleza femenina tantos prestigios como la encantadora porteña, cuya indiferencia a todo homenaje era ya proverbial entre sus admiradores: figuraban en primera fila dos personalidades de gran relieve en la ciencia y en el foro, cuya constancia podría haber conmovido aquella serenidad de elegida, a la que no interesaban los halagos de este mundo... Pasaron largos días, meses interminables, sin que ella concediera el favor de una sonrisa al más perseverante, al que esperaba con firmeza inquebrantable que iluminara su vida esa sonrisa, reconstruyendo un hogar deshecho cruelmente en la primera juventud... y tampoco logró conmoverla el distinguido hombre de ciencia que persiguiera tan inaccesible ideal...

El comentario mundano pretende descifrar ahora el «por qué» de la inesperada elección, y no deja de envidiar la *chance du troisième larron* — perdóneme tanto atrevimiento el distinguido camarista — que ha sabido conquistar a la chita callando, puesto que ni sus más íntimos amigos habían sospechado su propósito, a la figura que simboliza toda la purísima belleza de una desposada ideal...

Otras figuras han de emprender en breve — según las crónicas — la misma senda de luz y de esperanza... Desde Mar del Plata se asegura que dos hermanas, que unen a su delicada belleza y al prestigio de su abolengo el encanto de una inteligencia cultivadísima, han fijado su elección en dos candidatos, representantes ambos de viejos hogares vinculadísimos en los más altos círculos de nuestra sociedad; el que pretende a la que podríamos llamar con justicia una *angelical* criatura, reune, a sus condiciones excepcionales de cultura intelectual y caballerosidad, un don de gentes tradicional en los hombres de su apellido, y no es de extrañar que su brillante actuación le haya consagrado ya como una personalidad.

El segundo candidato, heredero de un prestigioso apellido que ilustró un general, hombre de letras, se deja llamar, por sus amigos, el *Mono*... supongo que deberá tal sobrenombre a su ingenio y vivacidad, porque no merece su físico tanta crueldad...

No hemos de anotar hoy solamente viejos apellidos pertenecientes a la tradición porteña... Uno de los aspectos más simpáticos de la villeggiattura en las sierras, es que, debido tal vez al aislaminto de otros núcleos de actividad mundana, aquella vida familiar armoniza elementos bien diversos, y llega, a veces, hasta vincularlos para siempre... Y es así como un distinguido caballero francés ha podido valorar todo el encanto de una de nuestras más atrayentes porteñas que, con la gracia de la criolla de antaño, hace vibrar las cuerdas de la tradicional guitarra, evocando toda la sencilla poesía de la vida campera... Sus profundos ojos negros, el encanto de su voz, tienen *sous le charme* al simpático turista, que no sospechó que aquella temporada de descanso habría de ser para él llena de emociones y zozobras... Puede, también, que debido a la fascinadora sugestión de la atrayente criatura, que triunfa en aquel luminoso cuadro de Sierra de la Ventana, lo mismo que cuando regiamente ataviada ocupa con sus bellísimas hermanas su palco de balcón en nuestro teatro oficial, veamos enlazarse, como antaño, los más viejos y distinguidos nombres de la aristocracia porteña con los que ampliaron su círculo, aportándole nuevas y fecundas energías...

No podía dejar de figurar en mis apuntes el pintoresco paisaje de la sierra cordobesa... Allí, donde la naturaleza es *cómplice*, como aseguraba un conocido y recalcitrante soltero que se vió comprometido oficialmente en menos de ocho días, parece que aquel ambiente sugestivo haya decidido a aceptar los homenajes de un perseverante admirador a una de las más jóvenes e interesantes figuras de nuestra sociedad, que lleva un apellido compuesto, muy respetado en nuestra sociedad; hace pocos meses se tributaba público y merecido homenaje a la memoria del jefe de ese hogar, que ilustró su nombre, y tanto ella como la hermana que la acompaña en aquella pintoresca región donde residen habitualmente muchos miembros de su familia, llevan los nombres de dos soberanas de países neutrales... Pertenece él a una de nuestras más antiguas y vinculadas familias porteñas; su apellido, ilustre en las letras argentinas, encarna también la tradición del más ferviente catolicismo... lleva el nombre del soberano que ha sido coronado en medio del vértigo de horror que devasta Europa, y ocupa alto y espectable cargo en uno de nuestros ministerios.

Sólo nos faltaba el Tigre, y esa mágica región contribuye también a mi balance con una nota sentimental de gran interés: lleva ella ese nombre que simboliza para nosotras toda pureza y toda esperanza... arrogante y armoniosa su rubia belleza, proverbial en las representantes del antiguo y vinculado apellido materno, le ha conquistado siempre gran número de admiradores, que no tuvieron sin embargo la dicha de conquistarla...

Sólo la enérgica decisión de este nuevo candidato ha conseguido algunas probabilidades: muy moreno, de mirada dominadora y carácter batallador, a pesar de haber añadido a su primer apellido el materno, que simboliza hoy el anhelo del mundo entero... ambos apellidos han sido legendarios en los anales políticos de nuestra provincia; pero parece que antes de orientar él su vida como lo hicieran las personalidades políticas de su familia, espera ver realizado el más alto y verdadero de los ideales...

La dama duende.

MAISON A LOUER

La maisonnette en brique rose
Qui s'habille d'un vert treillis,
La maisonnette aux volets gris
Qui borde le chemin est close.

Sous les frondaisons du jardin,
Plus d'éclats de rire en fusées,
Plus de ces roulades osées
Que l'on entendit du chemin.

Le matin, à l'heure oú les fées
Vont éteindre les feux follets,
Plus de têtes ébouriffées
Paraissant entre les volets.

Plus ne battront les longues gaules
Les noyers d'oú tombent les noix;
Plus de murmures sous les saules,
De bruits de baisers dans les bois.

Comme se fanaient les pervenches,
Les amoureux s'en sont allés:
De leur départ inconsolés
Les oiseaux pleurent dans les branches...

Cependant qu'en son vert treillis
Elle prend un air tout morose,
La maisonnette en brique rose,
La maisonnette aux volets gris.

MADAME E. ROSTAND.

DE MAR DEL PLATA



Las señoritas de Macdonal por la Rambla.

Señoritas María Luisa y Angélica Viacava, María Chiapori y Delia Genóm.

Señoritas María Lia Suárez y María A. Ferrer.



María Elena Basáñez, Angélica Giné y señor Basáñez.

Señorita María Emma Faletty.



Señor Mazzuchelli y señora.

Doctor Jorge Mitre y señora.

Señores Orlobski y Rodríguez.

De Rosario



Los cónsules de Inglaterra, Francia, Bélgica, Italia y Brasil, el señor Martín y distinguidas damas en la fiesta realizada a beneficio de los ciegos en los ejércitos aliados.



Las señoritas Pedroni, Damini, señoras de Chiavazza, Espoile y señores Merello, Mega, Forgues, Argirofo, Moreno y Martín, en el pic-nic organizado pro inválidos ciegos de los aliados.



Aspecto general que presentaba el pic-nic organizado por el Instituto de Tráfico del F. C. C. A., a beneficio de los inválidos ciegos de los ejércitos aliados, celebrado con extraoridnario éxito en Villa Constitución.

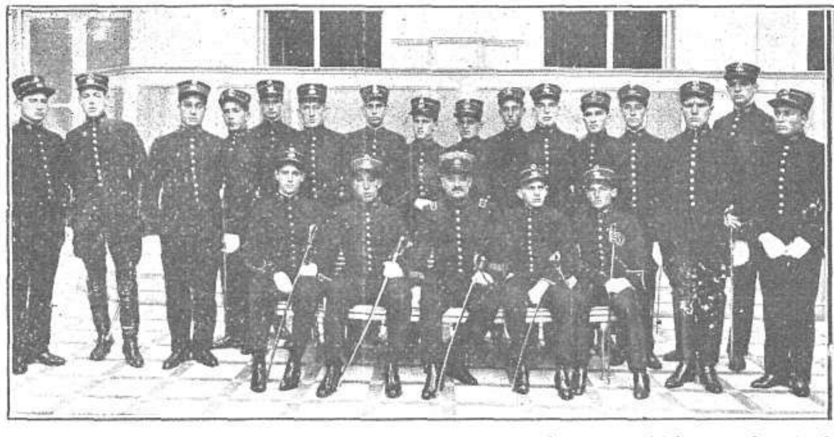


La señorita C. Echegaray y el señor Martino, vendiendo flores, durante la benéfica fiesta verificada en Villa Constitución.

Juegos y diversiones populares, en la fiesta que, a beneficio de los inválidos ciegos, organizó el Instituto de Tráfico del F. C. C. A.

De Montevideo

Los nuevos oficiales



El jefe de la Escuela Militar, coronel Guillermo Ruprecht, rodeado de los nuevos oficiales egresados este año de la Escuela Militar y Naval.

Diplomática



Señor Benjamín Fernández y Medina, nuevo Ministro Plenipotenciario del Uruguay en España, que partió a bordo del «Infanta Isabel de Borbón».

Los bandidos Aquino y Melgarejo



Martín Aquino, el célebre bandido, jefe de la partida.



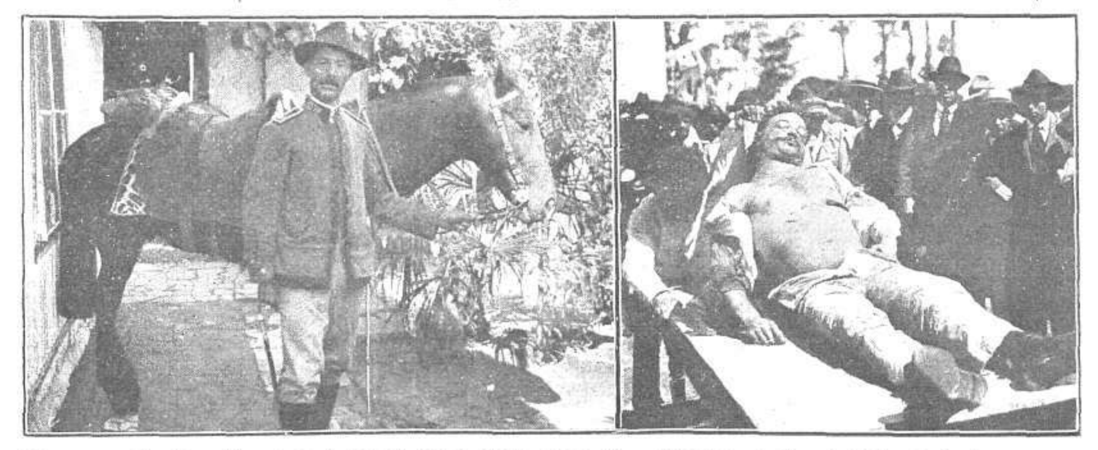
El coronel Urrutia, jefe político de Cerro Largo, el comisario P. González que dirigió el combate con los bandidos y el personal de la policía que actuó en el hecho. A la izquierda el sargento Cardoso, herido de bala en el brazo por los matreros.

Un elogio caluroso merece por su actitud la pequeña fuerza del comisario González, que efectuó la captura de Melgarejo y dió muerte a Aquino.

La personalidad del bandido, rodeada de una aureola de leyenda por las hazañas excepcionalmente tristes que realizara en el interior de la República, había llegado a impresionar hondamente el ánimo de los pacíficos moradores de nuestra campaña.

Aquino hallaba a su paso toda suerte de protectores que lo escondieran en sus casas, librándolo de caer en poder de la policía, porque a todos los tenía dominados por el miedo.

Por estas circunstancias puede valorarse lo ardua de la tarea realizada por el comisario González y sus agentes. Y ya en el lugar del combate, la conducta resuelta observada por los milicianos que arrostraron el fuego de los bandidos sin ceder una pulgada de terreno, merece que se la ponga de manifiesto porque ella fué la que permitió dar fin a la vida del célebre bandolero y capturar a su peligroso cómplice: pocos delincuentes habrán llevado una existencia tan agitada como Martín Aquino.



El comisario González, llevando de la brida al célebre caballo oscuro, del bandido Aquino, famoso por su ligereza y agilidad al saltar los alambrados.

El cadáver de Florencio Melgarejo, bandolero compañero de Aquino, muerto en la refriega.

Figuras españolas de antaño. — Don José de Salamanca



José de Salamanca

« La celebridad de Rothschild cesará el día en que muera. La inmortalidad se conquista, pero no se compra. Ahí tenéis esos bustos de hombres que cultivaron con gloria las artes. Yo he encontrado esos bustos por toda Europa; en cambio, señores, no he visto ni una estatua levantada al hombre que dedicó su vida a ganar dinero. »

Así se expresaba el opulento banquero marqués de Salamanca, en un banquete de a dos pesetas a que le invitaron periodistas en la Fonda de París, el 15 de enero de 1859.

Cuentan los que por entonces le conocieron, que Salamanca reunía, a una figura gallarda y simpática, un entendimiento vasto y sólido, una imaginación vivísima y un certero golpe de vista, así para los hombres como para los negocios.

Nacido en Málaga en 1811, estudió Derecho en la Universidad de Granada. Terminada su carrera, volvió a su ciudad natal, entrando de gacetillero en *El Avisador Malagueño.*

Poco tiempo después consiguió ser nombrado juez de primera instancia de Monóvar y de allí pasó a ser alcalde mayor de Vera; pero deseaba ser rico y abandonó la judicatura por los negocios.

— Aquella sed de oro que me acometió — decía en el citado banquete, — me hizo venir a Madrid. Elegido diputado por la provincia de Málaga, en 1836, trabajé sin descanso hasta lograr la riqueza. ¡Pero a qué costa! A costa de mis ilusiones de joven...

En 1843 negoció un empréstito de cuatrocientos millones de reales, y en 1847 aceptó la cartera de Hacienda en el Ministerio Pacheco. Seis meses solamente fué ministro. Después de haber hecho dimisión del cargo, decía con su gracia andaluza:

— Si continúo un mes más siendo ministro, o pido limosna o tengo que solicitar mi reposición en el juzgado de Monóvar.

Empresario del Teatro-Circo de la plaza del Rey, trajo las primeras notabilidades artísticas de Europa, sosteniendo aquella inolvidable campaña de *guyistas* y *fauquistas*, o sea de los partidarios de la Guy y de la Fauco, célebres bailarinas cuyos nombres sirvieron de bandera a los dos grandes bandos de la política española de entonces. Fué aquel un período en que lo serio se mezclaba con lo burlesco; en que desempeñaban importante papel los más caracterizados personajes políticos; en que se avivaban los odios hasta lo increíble; en que se luchaba con verdadero encarnizamiento por el triunfo de una u otra bailarina, y en que la derrota o el triunfo en la escena significaban el triunfo o la derrota de un personaje o de una situación. El teatro Real se debe a un clavel arrojado a los pies de una de aquellas bailarinas.

Salamanca capitaneaba el bando de los *guyistas*, y el general Narváez el de los *fauquistas.* La enemiga de estos dos prohombres era entonces implacable.

Comprometido el primero en los acontecimientos de marzo de 1848, tuvo que emigrar.

Salamanca fué el primer español que se propuso dotar a España de ferrocarriles. La primera vez que se dió en la península un golpe de piocha para abrir la tierra y hacer un camino de hierro, fué en 1845, y a Salamanca le cupo esa honra. Tres años después, sólo existía en España un pequeño ramal: el de Mataró. Salamanca emprendió la construcción de la primera línea central y en mayo de 1850 salía de la estación de Madrid el tren inaugural conduciendo a la reina Isabel II, al gobierno y demás altos invitados, hasta Aranjuez. Continuaba la línea hasta Albacete, siete años más tarde llegaba la locomotora a Alicante, y a poco tiempo, por la izquierda, a Valencia, enlazando con el de esta ciudad a Játiva.

Agente vigoroso de la cultura moderna, fué necesaria la iniciativa de Salamanca para abrir en la roca viva de la rutina el túnel de las modernas vías de comunicación, realizando obras tan portentosas como las citadas, a las que hay que añadir todos los ferrocarriles de Portugal, los de la alta Italia y los Estados pontificios.

La casa Rothschild dió a Salamanca, por la línea férrea de Alicante, 137 millones de pesetas.

El auge de la fortuna del marqués vino desde 1857 a 1862. Al finalizar este año, encargó Salamanca a su cajero Cossío que hiciera un balance de su fortuna: ésta ascendía a DOSCIENTOS SESENTA Y TRES MILLONES.

— ¡Qué gran ocasión para retirarse! — exclamó el cajero.

— ¡Aún es temprano! — replicó Salamanca.

La fiebre del oro seguía apoderada de su persona.

Su generosidad, era en él una cualidad no premeditada, sino propia y nativa. Basta recordar que nadie era pobre de cuantos vivían a su lado; que fué inagotable tesoro de sus amigos y muchas veces de sus adversarios, hasta el punto de no ignorar él mismo lo que daba y por qué lo daba.

Galante como un caballero de la corte de Luis XIV, y generoso como un nabad en la época más floreciente de su opulencia, tenía Salamanca palco en todos los teatros, palcos que estaban siempre a disposición de sus amigos.

Una noche entra en el Circo de la plaza del Rey, a la sazón el más de moda y brillante de la corte. Sube a su palco y lo encuentra lleno, con la agravante circunstancia de que a ninguno de los que en él estaban conocía.

Pero lo más sorprendente es que ninguno de los asistentes al palco le conocían tampoco.

Invirtió inmensas sumas en objetos artísticos, que convirtieron sus palacios en notables museos. Su gusto exquisito y su odio a todo lo vulgar le hicieron una reputación de espíritu ateniense. Su tertulia era un centro de ilustración y de ingenio. El negocio del día, la política del día, la frase del día, cuanto constituyera la nota de actualidad, había salido de la famosa tertulia de Salamanca.

Cuando los valores españoles no se cotizaban en las Bolsas extranjeras, la firma de Salamanca era papel-moneda en Londres y París. Su influencia en la Bolsa de Madrid era enorme, y sus operaciones confundían a los más hábiles. Dos jugadas le colocaron en el pináculo de la celebridad: una fué la de 1844 y otra la de 1845. En la primera todos los ministros, menos Mayans y todos los bolsitas, jugaban al alza; sólo jugaba a la baja, ostensiblemente, Salamanca, en participación reservada con el general Narváez y el duque de Riánsares. La Bolsa bajó un 10 por 100 y quedó arruinado todo el mundo. Un alto personaje había perdido él solo tres millones de reales; corre a casa del marqués y le pide prórroga para pagarle.

Salamanca, por toda respuesta, saca los documentos que acreditaban la deuda y los arroja a la chimenea.

El deudor quería que Salamanca los conservase para satisfacerle, y se entabla una lucha entre uno y otro, que termina por quemarse las manos el deudor, deseoso de arrebatar del fuego las pruebas, que quedaron convertidas en cenizas.

La misma tarde Salamanca se presenta en la Bolsa. Todos eran deudores suyos.

Sube al estrado de los agentes, toma las pólizas, las rompe a su vista y repite la frase de Carlos V en *Hernani:*

— *Perdono a tutti.*

La jugada de 1845 le fué desfavorable, y en vez del alza que esperaba y a que le habían instigado, sobrevino una baja enorme. La solidez de su situación le hizo resistir el desastre. En pocos días, las sillas de postas condujeron a Madrid fuertes sumas en oro, mientras los carros, a marchas desusadas, llegaban cargados de plata.

La jugada, con aquel alarde, lejos de perjudicarle, dió más solidez a su crédito.

EDUARDO DE LUSTONÓ.

¡VAYA CALOR!



Dib. de Fernández.

Necrología


Señor José Preto.


Señora María D. Montes de Repanti.


Señorita Celina Matilde Espiño.


Señora Luisa Denevi de Corengia.


Señorita Raquel Ruiz Moreno.


Sra. Amelia Filgueira de González.


Señor José Luis Méndez.

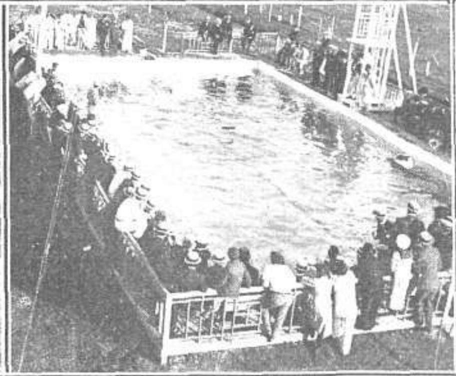
Deportes



ROSARIO. — Jugadores que tomaron parte en el match interprovincial de tennis, ganado por el team del «Rosario Atlético», contra «Belgrano», de la Capital.

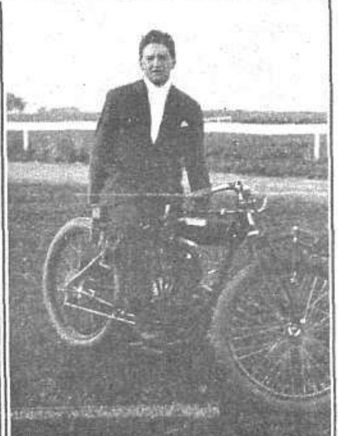

MATCH A BENEFICIO DE LA CRUZ ROJA INGLESA. — Team del «F. C. Oeste» y combinados de «Belgrano» y «Quilmes», que jugaron un interesante partido de football, venciendo el team del F. C. O., por 1 a 0 goal.


CLUB DE REGATAS DE AVELLANEDA. — Nadadores que tomaron parte en el concurso interno.


Vista general de la pileta de natación, durante el concurso realizado el domingo último.


Señor Raúl Rigante, fuerza libre.


Señores Rigante y Cáceres, de posta.


Señor Ernesto C. Uriburo, aficionado.

Ganadores de distintas pruebas motociclistas, en el festival realizado por el «Club Motociclista Nacional», en el hipódromo de San Martín, el domingo 11 del corriente.



Ultimo recuerdo dejado en Mar del Plata



¿Debe cambiarse la fecha del Carnaval?

Todo el mundo se queja de lo incómodo que resulta el Carnaval en la estación de verano, debido a que el calor no es lo más apropósito para esta clase de fiestas, y especialmente para los bailes. Además, disfrazarse con temperaturas de 38º a la sombra, resulta un verdadero martirio. Ello ocurre porque la tradición de esta fiestaa es puramente europea, y nosotros la hemos aceptado ateniéndonos sólo al almanaque.

Consideramos que para satisfacción de todos, y para la brillantez y éxito del Carnaval, sería mejor postergarla para el invierno. Así nos lo indican varias personas y el sentido común. Ello resultaría ventajosísimo, pues así podríamos disfrazarnos como gustásemos y bailar cuanto quisiéramos; con la ventaja de que en invierno tendríamos en la capital a nuestro gran mundo, que concurriría a corsos y bailes, asegurando desde luego un gran éxito al Carnaval.

Por creerlo de interés general, y deseando conocer la opinión del público, abrimos esta encuesta para que dé su opinión todo el que lo desee.

¿Cree usted que debe cambiarse la fecha del Carnaval? ....

¿En qué época cree usted que debe celebrarse?..

Nombre ....

Domicilio..

Recorte este cupón y envíelo a CARAS Y CARETAS.

De Baradero



El banquete con que los amigos del ingeniero señor Luis Dezobry le obsequiaron, con motivo de su próximo enlace.

Enlaces



Errasguin-Osinalde — Rosario de Tala.



Moreno-López —Capital Federal.



Ganduglia-Viglianti —Capital.

TRAPICHE

Hay muchas maneras de decidirse por los vinos de mesa que se han de consumir; pero la mejor es la de probar los vinos

"TRAPICHE"



BENEGAS Hnos. & Cía.
FLORIDA, 771 - U. T., 1752, Avenida.

SUCURSALES:

Rosario, Córdoba, Bahía Blanca, Tucumán, Mendoza, La Plata.

Círculo social "Guido y Spano"

Concurrentes a la primera excursión a los riachos del Tigre, celebrada con todo éxito por este centro. Al mediodía fué servido un suntuoso almuerzo campestre en la «Isla Sarmiento».



A medida que los automovilistas se familiarizan con las ventajas y se dan cuenta de la economía que, indudablemente, les reportan estos inimitables neumáticos, se convierten en fervientes propagandistas de la renombrada marca "GOODYEAR"

EL folleto N.° 1 interesa a todo automovilista; lo enviamos por correo a quien lo solicite.

The Goodyear Tire & Rubber Co. of South America

601 ESMERALDA, esq. TUCUMAN - Buenos Aires

Agentes exclusivos en la Provincia de Santa Fe:
ARROSAGARAY & AMELONG - Rosario

Representantes en Córdoba:
DITLEVSEN & Cía.

CONCURSO DE POSTALES

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso permanente de colaboración popular, en el que podrán tomar parte todos los lectores. En esta página se insertarán las postales que, a juicio de la redacción, sean admisibles, abonándose por cada una de las que se publiquen CINCO PESOS. No se devuelven originales, ni se sostiene correspondencia referente a las mismas.



— *¿Qué estás haciendo?*
— *Nada.*
— *¡Cómo nada!... ¿Y ese ojo amoratado?*
— *Eso no lo hice yo; lo hizo el otro.*

TUPÍ.

Aritmética matrimonial:
El esposo. — Pedro me ha convidado a comer esta noche. Va a celebrar sus bodas de oro.
La esposa. — ¡Pero si hace solamente cinco años que se ha casado!
El esposo. — Sí; pero dice que con la mujer y la suegra que Dios le ha dado, valen por cincuenta.

CHUCO.

— ¿Te acuerdas de aquella famosa partida de mercaderías averiadas que tenía de clavo?
—Sí.
—Pues la he vendido en 100 $ el mes pasado.
— ¡Has hecho un buen negocio!
— No creas: el que me las compró, quebró antes de pagarme.
— Entonces has perdido.
— No. De esa quiebra hemos cobrado el 10 por ciento; así es que me vino a resultar una ganancia líquida de 20 pesos.

B. R.

— ¿Nunca ha llamado la oportunidad a su puerta?
— Sí; pero no abrí porque la tomé por un acreedor.

N. FER.

— Tu amigo Arturo ¿es tan desmemoriado como dicen?
— El otro día, en la oficina, creyó haberse olvidado en la casa el reloj, y lo sacó del bolsillo para ver si tenía tiempo de ir a buscarlo.

L. M.

— Veo que no echaste al buzón la carta que te di ayer; acabo de encontrarla en la entretela de tu saco.
— Es probable que se haya caído por el agujero que te di a componer hace un mes.

LISO.

— *¿Por qué pones alcanfor en la boa, mamá?*
— *Para que la polilla no se coma el pelo.*
— *¿Y por qué no hicieron lo mismo con papá?*

NÚÑEZ.

Una señora subió a un tranvía, encontrando todos los asientos ocupados. Queda un momento indecisa, y al fin se dirige hacia un caballero que permanece sentado y le dice:
— Caballero: ¿Me permite usted que le ofrezca mi sitio?

L. E.

Lysoform

es el único antiséptico reconocido universalmente de resultados positivos.

LYSOFORM es indispensable para la toilette íntima de las señoras.

LYSOFORM es irreemplazable en los partos.

LYSOFORM se recomienda para la desinfección de los cuartos de enfermos.

LYSOFORM es incoloro y es completamente inofensivo.

Cuantos lo ensayan una vez, lo usan después continuamente.

Pídalo en la farmacia más próxima donde Vd. se encuentre.

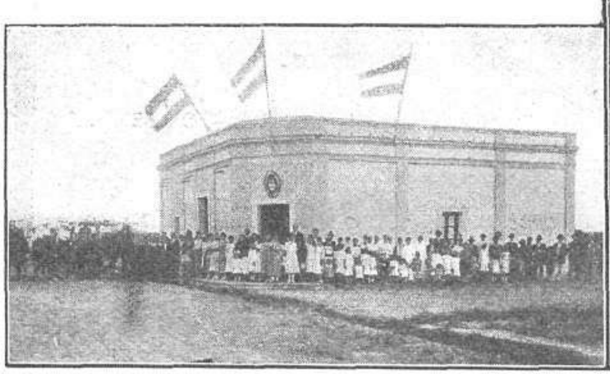


De Villa Krause (San Juan)



Escuela Domingo F. Sarmiento, edificio inaugurado recientemente.





Frente del edificio de la biblioteca Domingo F. Sarmiento, donación del ingeniero Domingo Krause.

Las señoritas García Nesa y el niño Krause, en el homenaje al gran educacionista, realizado en la biblioteca.

NOTA COMICA DEL

Vermouth "GLAUDA"



CLAUSURA DEL CONGRESO

Declaradas las moscas enemigas de la salud pública, el señor Irigoyen ha dispuesto exterminarlas por sorpresa, colocando un cartelito fuera de la campana de cristal, pero dejando ver a través de su transparencia el remedio que piensa adoptar para salvar al país.

Las mascotas de los jugadores y su eficacia

Ya nos parece oir a cualquier lector un tantico escéptico, que eso de las mascotas para ganar al juego es una bobada, puesto que suponiendo a todos los individuos de una partida provistos de sus amuletos correspondientes, si éstos son eficaces no habrá nadie que pierda; y como lo que ocurre es que unos ganan y otros quedan pelados o poco menos, infiérese que los perdidosos habrán de tener ya muy poca o ninguna fe en las mascotas. Sin embargo, los devotos del *fetiche* continúan creyendo en él a puños cerrados.

Ellos lo explican diciendo que, en toda partida, mientras los gananciosos adquieren mayor confianza en su *porte-bonheur* favorito, los que tuvieron el naipe de espalda lo atribuyen a haber llevado en aquella ocasión el amuleto no correspondiente al día de la semana en que se efectuó la partida. Porque según parece, hay una mascota para los lunes, otra para los martes, y así sucesivamente. La estrella de jade o el colmillo de raposa, dan muy buenos resultados en los días pares, en tanto que el cerdito de plata o la mona de oro son decisivos en los días nones. Todo lo que no quita para que haya jugadores que tienen tantos amuletos como días del mes.

Lo más curioso de esta curiosa superstición es la parte relativa al empleo de la mascota. Porque resulta que no basta con llevarla encima. Los amuletos por lo menos deben ser colocados algunos de ellos en un rincón de la mesa de juego, y tocados cariñosamente de vez en cuando para despertar por el mimo sus influencias mágicas. Nada de ocultarlos en el fondo del portamonedas o del bolso como si fueran cosas de cuya posesión se avergüenza su dueño, ni nada de disimular su presencia colgándolos de cadenas o pulseras. El fetiche ha de presenciar la partida atrayendo como un idolillo las miradas y las sonrisas de sus adoradores. Un fruncimiento de cejas irrespetuoso o un poco de brusquedad en la caricia, y ya está la mascota lo menos dispuesta del mundo para hacer favores a su poseedor.

Estos pequeños talismanes afectan formas variadísimas; pero son preferidos aquellos de procedencia oriental o que han peretenecido a personas reconocidamente afortunadas. Por ejemplo, una mascota muy apetecida, y no difícil de procurarse, es un elefantito de marfil de la India o de la China. Sin embargo, hay muchos jugadores de *bridge* que no creen en el elefantito, precisamente porque está al alcance de todas las bolsas.

Las sortijas antiguas, de oro o plata, con los signos del zodíaco grabados o calados, cuentan buen número de creyentes, pues parece que dicho anillo tiene poderes mágicos maravillosos para inspirar jugadas decisivas.

Lo más *chic* en esto de los amuletos es que se distingan por su originalidad. Cuanto más extravagantes sean, mucho mejor. De ahí que entre los que los usan se vean rara vez dos iguales. Las jugadoras de *bridge* no tienen inconveniente en copiarse los sombreros o en disponer sus *five-o'clocks* sobre el patrón de los de una amiga, pero en cambio se abstienen de imitar los amuletos ajenos. Parece como si hubiera entre ellas un convenio tácito relativo a no copiarse cosas que, como los fetiches, deben ser tratadas con extraordinarios miramientos. La rebusca de esas encantadoras fruslerías deben llevarse a cabo en las tiendas de antigüedades, donde las señoras supersticiosas suelen hacer sensacionales hallazgos mágicos.

Dícese que una dama aristocrática londinense, cuya buena suerte en el *bridge* es proverbial, posee como mascota un trocito de madera arrancado de la vivienda de un mago africano famoso. La minúscula astillita está encerrada en un medallón de cristal de roca, no más grande que una moneda de cinco centavos. Tan convencida se halla la dueña de este *porte-bonheur*, de su eficacia, que una noche, a tiempo de irse a sentar a una mesa de *bridge*, advirtió que había olvidado su portentoso dijecillo, y se negó a comenzar la partida hasta tenerlo en su poder. Los compañeros de la supersticiosa esperaron pacientemente más de una hora la llegada del amuleto, el cual fué conducido a poder de su dueña por la doncella de confianza, a la que se había avisado telefónicamente el percance.

LORELEY

Cantan las bellas tradiciones
Vertidas por Heine en melodías,
De Loreley las seducciones
Sutiles de sus armonías.
En alto peñasco sentada
De relumbrante figura,
Era la poética hada
Efluvio de suave dulzura.

Cubrían el cuerpo cual manto dorado,
De largos cabellos las ondas sedosas,
Que abundantes suplían un regio tocado,
Que caía a lo largo en cascadas hermosas.
Y cuentan los versos, que mientras cantaba
Los ritmos que fueron la perdición
Del pobre barquero que la escuchaba,
Envuelto en místicos lazos de amor,
El hada peinaba sus rizos dorados
Con peine labrado en oro y marfil,
Llenando los aires encantos velados,
Que daban realce al divino perfil.

Mas lo que no cuenta el vate inspirado
Es como creciera al hada donosa,
Tan abundante el cabello dorado,
Tan rico, tan suave de onda sedosa,
Y aunque al poeta le tenga respeto
No quiero guardar más tiempo el secreto:
Que Loreley en su regio tocado
Usaba *De Barry,* la divina esencia;
Eficaz Tricófero, el gran preparado
que asegura siempre al pelo la opulencia.

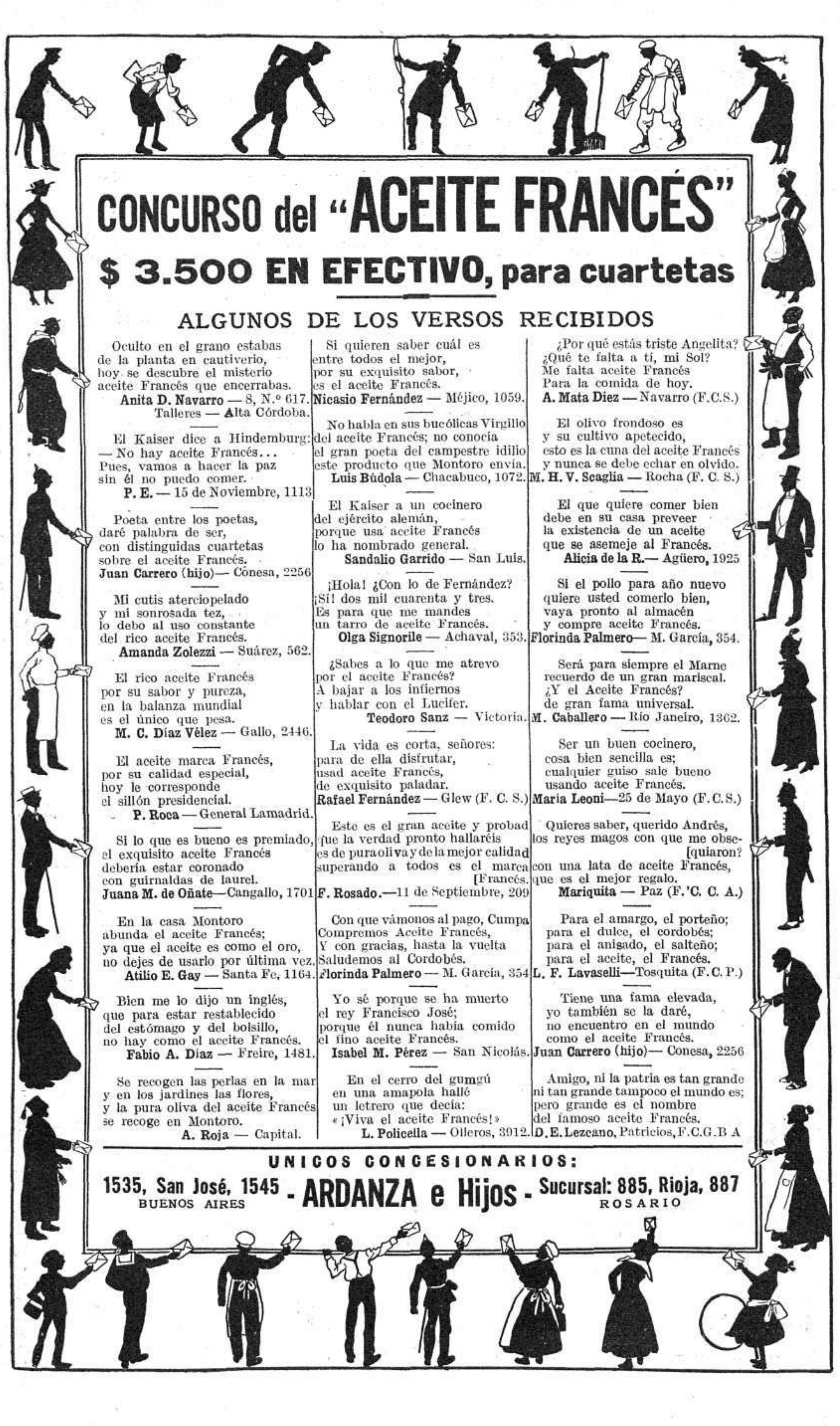


De Tucumán

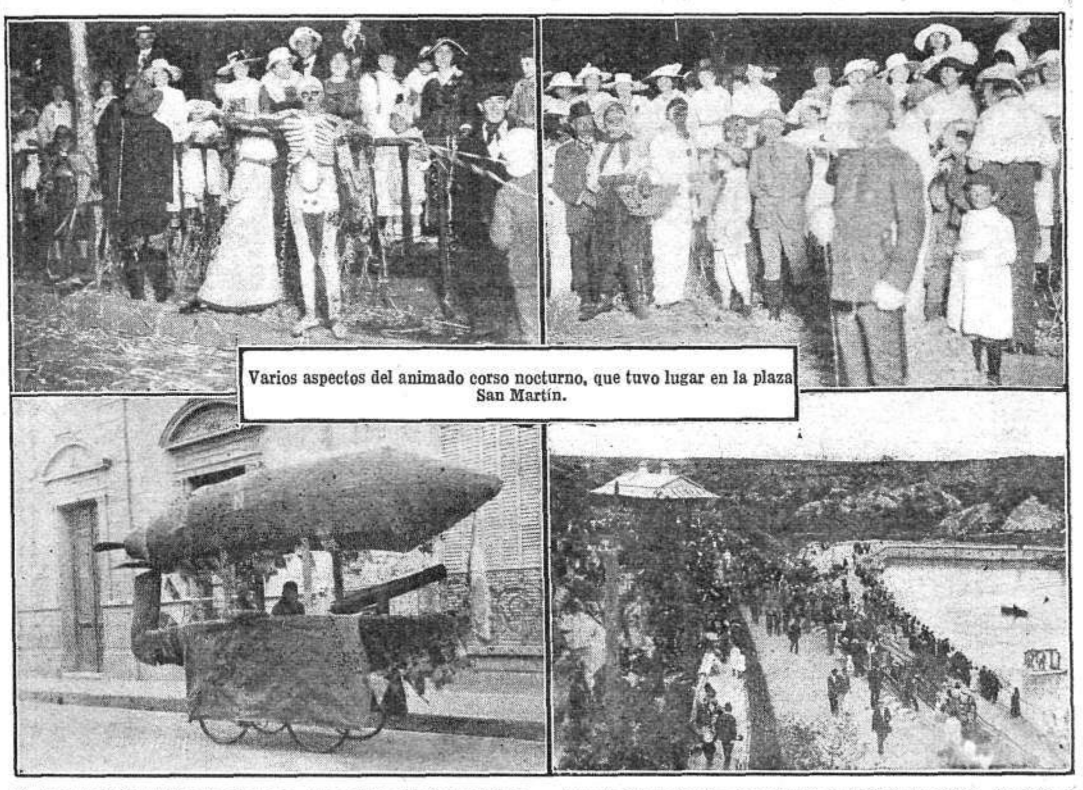
Fiesta patriótica celebrada por la numerosa colonia alemana de la capital.

La pintoresca capilla de Villa Nogués, últimamente habilitada al culto; muy visitada por las numerosas familias que acuden en verano a estos preciosos lugares, que se han convertido en uno de los puntos de reunión más en moda.

Monumento erigido a la memoria del ingeniero Luis F. O. Nogués, ex gobernador de la provincia, en la villa de su nombre.


CONCURSO del "ACEITE FRANCÉS"
$ 3.500 EN EFECTIVO, para cuartetas
ALGUNOS DE LOS VERSOS RECIBIDOS
Oculto en el grano estabas
de la planta en cautiverio,
hoy se descubre el misterio
aceite Francés que encerrabas.
Anita D. Navarro — 8, N.° 617. Talleres — Alta Córdoba.
El Kaiser dice a Hindemburg:
— No hay aceite Francés...
Pues, vamos a hacer la paz
sin él no puedo comer.
P. E. — 15 de Noviembre, 1113
Poeta entre los poetas,
daré palabra de ser,
con distinguidas cuartetas
sobre el aceite Francés.
Juan Carrero (hijo)— Conesa, 2256
Mi cutis aterciopelado
y mi sonrosada tez,
lo debo al uso constante
del rico aceite Francés.
Amanda Zolezzi — Suárez, 562.
El rico aceite Francés
por su sabor y pureza,
en la balanza mundial
es el único que pesa.
M. C. Díaz Vélez — Gallo, 2446.
El aceite marca Francés,
por su calidad especial,
hoy le corresponde
el sillón presidencial.
P. Roca — General Lamadrid.
Si lo que es bueno es premiado,
el exquisito aceite Francés
debería estar coronado
con guirnaldas de laurel.
Juana M. de Oñate—Cangallo, 1701
En la casa Montoro
abunda el aceite Francés;
ya que el aceite es como el oro,
no dejes de usarlo por última vez.
Atilio E. Gay — Santa Fe, 1164.
Bien me lo dijo un inglés,
que para estar restablecido
del estómago y del bolsillo,
no hay como el aceite Francés.
Fabio A. Díaz — Freire, 1481.
Se recogen las perlas en la mar
y en los jardines las flores,
y la pura oliva del aceite Francés
se recoge en Montoro.
A. Roja — Capital.
Si quieren saber cuál es
entre todos el mejor,
por su exquisito sabor,
es el aceite Francés.
Nicasio Fernández — Méjico, 1059.
No habla en sus bucólicas Virgilio
del aceite Francés; no conocía
el gran poeta del campestre idilio
este producto que Montoro envía.
Luis Búdola — Chacabuco, 1072.
El Kaiser a un cocinero
del ejército alemán,
porque usa aceite Francés
lo ha nombrado general.
Sandalio Garrido — San Luis.
¡Hola! ¿Con lo de Fernández?
¡Sí! dos mil cuarenta y tres.
Es para que me mandes
un tarro de aceite Francés.
Olga Signorile — Achaval, 353.
¿Sabes a lo que me atrevo
por el aceite Francés?
A bajar a los infiernos
y hablar con el Lucifer.
Teodoro Sanz — Victoria.
La vida es corta, señores:
para de ella disfrutar,
usad aceite Francés,
de exquisito paladar.
Rafael Fernández — Glew (F. C. S.)
Este es el gran aceite y probad
que la verdad pronto hallaréis
es de pura oliva y de la mejor calidad
superando a todos es el marca [Francés.
F. Rosado.—11 de Septiembre, 209
Con que vámonos al pago, Cumpa
Compremos Aceite Francés,
Y con gracias, hasta la vuelta
Saludemos al Cordobés.
Florinda Palmero — M. García, 354
Yo sé porque se ha muerto
el rey Francisco José;
porque él nunca había comido
el fino aceite Francés.
Isabel M. Pérez — San Nicolás.
En el cerro del gumgú
en una amapola hallé
un letrero que decía:
«¡Viva el aceite Francés!»
L. Policella — Olleros, 3912.
¿Por qué estás triste Angelita?
¿Qué te falta a tí, mi Sol?
Me falta aceite Francés
Para la comida de hoy.
A. Mata Diez — Navarro (F.C.S.)
El olivo frondoso es
y su cultivo apetecido,
esto es la cuna del aceite Francés
y nunca se debe echar en olvido.
M. H. V. Scaglia — Rocha (F. C. S.)
El que quiere comer bien
debe en su casa preveer
la existencia de un aceite
que se asemeje al Francés.
Alicia de la R.— Agüero, 1925
Si el pollo para año nuevo
quiere usted comerlo bien,
vaya pronto al almacén
y compre aceite Francés.
Florinda Palmero— M. García, 354.
Será para siempre el Marne
recuerdo de un gran mariscal.
¿Y el Aceite Francés?
de gran fama universal.
M. Caballero — Río Janeiro, 1362.
Ser un buen cocinero,
cosa bien sencilla es;
cualquier guiso sale bueno
usando aceite Francés.
María Leoni—25 de Mayo (F.C.S.)
Quieres saber, querido Andrés,
los reyes magos con que me obse- [quiaron?
con una lata de aceite Francés,
que es el mejor regalo.
Mariquita — Paz (F.'C. C. A.)
Para el amargo, el porteño;
para el dulce, el cordobés;
para el anisado, el salteño;
para el aceite, el Francés.
L. F. Lavaselli—Tosquita (F. C. P.)
Tiene una fama elevada,
yo también se la daré,
no encuentro en el mundo
como el aceite Francés.
Juan Carrero (hijo)— Conesa, 2256
Amigo, ni la patria es tan grande
ni tan grande tampoco el mundo es;
pero grande es el nombre
del famoso aceite Francés.
D. E. Lezcano, Patricios, F.C.G.B A
UNICOS CONCESIONARIOS:
1535, San José, 1545 BUENOS AIRES - ARDANZA e Hijos - Sucursal: 885, Rioja, 887 ROSARIO

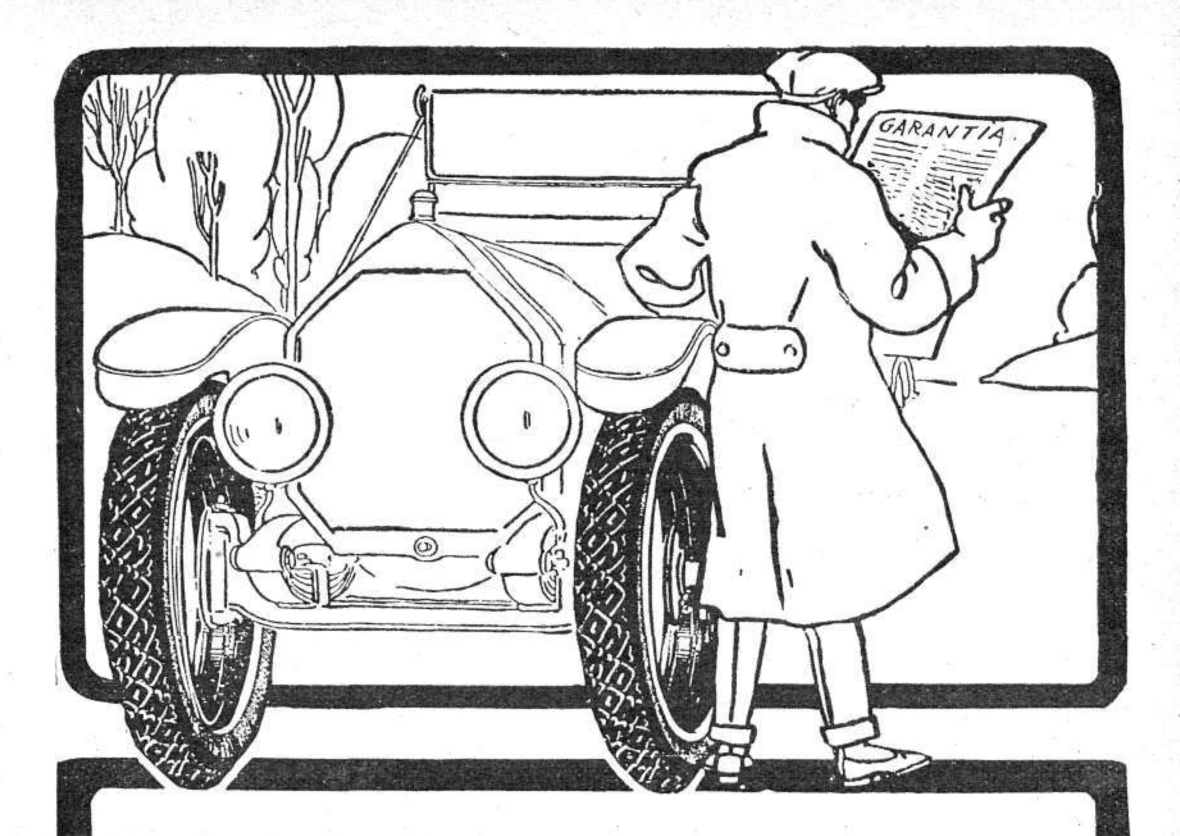
El carnaval en Córdoba



Varios aspectos del animado corso nocturno, que tuvo lugar en la plaza San Martín.

El dirigible N.° 3, bicicleta adornada, que obtuvo el primer premio entre las de su categoría.

Aspecto de conjunto que ofrecía el Jardín Zoológico, durante el concurso infantil de disfraces.


GARANTIA

Los pueblos que talan sus bosques son suicidas

El árbol es factor importante en la meteorología de una comarca: tamiza el agua de las lluvias, restituyéndola suavemente a los arroyos y a la atmósfera, y por medio de sus hojas y raíces impide una rápida corriente.

No solamente el árbol retiene y modera el curso del agua, sino que también la atrae, y bajo su follaje el suelo ensombrecido permanece fresco hasta en los más fuertes estíos.

Cuando una corriente de aire penetra en un bosque, la temperatura inicial de la misma baja, la humedad se concentra y el rocío se forma.

Donde hay mucho arbolado, las lluvias son regulares, más frecuentes y menos torrenciales.

En Malta se destruyeron los árboles al objeto de cultivar el algodón, quedó pelada la isla, las lluvias eran allí normales, hoy se pasan hasta ¡tres años! sin que caiga una gota de agua.

Por el contrario en la isla de Santa Elena, donde Napoleón estuvo prisionero, llovía poquísimo, los ingleses repoblaron los bosques y hoy cae allí doble cantidad de agua que en aquel entonces.

Cuando el arbolado desaparece todo acaba; las lluvias son torrenciales, el agua arrastra la tierra vegetal sobre los pelados suelos, sobrevienen las inundaciones y los médanos invaden las tierras fértiles.

Estos hechos son conocidos y citados desde tiempo inmemorial. Demócrito, Séneca, Leonardo de Vinci, Bernardo de Plassy y tantos otros lo afirman con datos, dándolo como cosa sentada y conocida.

Grandes naciones han muerto por no haber respetado sus árboles; Palestina, como nos dice Lamartine, al perder los árboles que sombreaban sus montes, perdió sus hombres también.

La decadencia de España se debe a la tala, enemigo oculto y fatal. Cuando el centro de la península se veía cubierto de bosques, los ríos eran navegables. En tiempos de Vespasiano, las galeras romanas llegaban hasta Logroño, por el Ebro. El Guadalquivir era navegable, hasta Córdoba, en tiempos de don Pedro el Cruel. El afán del lucro inmediato cortó los árboles, los llanos de Castilla se dedicaron a cereales; poco a poco la sequía se fué apoderando del país; el corazón quedó paralizado y con el empobrecimiento de la tierra vino la decadencia de la raza.

Dice Tassy que ningún gobierno ha sido bastante fuerte para refrenar a los pueblos ávidos siempre de cortar. Urge inculcar en la conciencia general el proberbio serbio, que dice: «El que mata un árbol, mata a un hombre.»

Bibliografía

«Cervantes», revista ibero-americana. Tomo II.

«Los valores literarios» y «Clásicos modernos», por Azorín. Editor: Renacimiento. Rep.: Sociedad General de Librería y Publicaciones.

«La política liberal bajo la Tiranía de Rosas», por el doctor José Manuel Estrada, con una introducción de Mario Sáenz. Edición «La cultura argentina.»

«El ideal argentino», algo de sociología, por el doctor Laurentino Olascoaga.

«Henry George». Su vida y su obra, por Baldomero Argente.

«Con la pluma y con el sable», novela de Pío Baroja.

«El duque de El», drama de J. y S. Alvarez Quintero.

«¿Quién disparó», novela policíaca, por Joaquín Belda.

«El triunfo», novela, por Alberto Insúa.

«La humilde verdad», novela, por G. Martínez Sierra.

«Entre dos Españas», por Miguel S. Oliver.

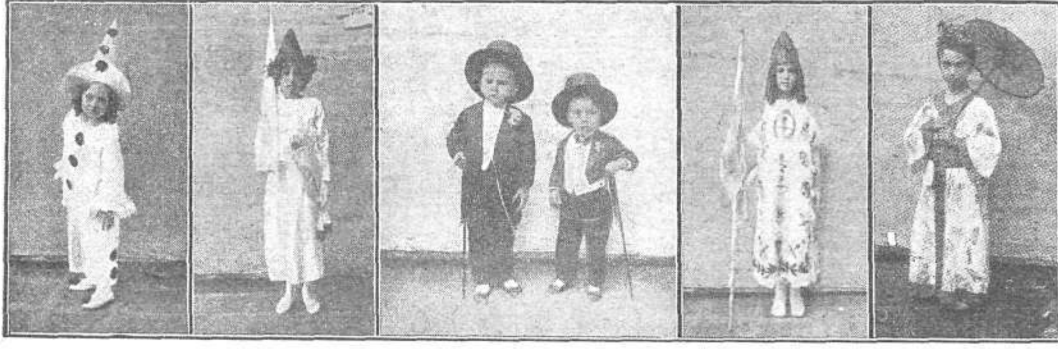
«A mitad de jornada», novela, por Carlos Mellado. Ediciones Renacimiento. Representante: Agencia General de Librería y Publicaciones.


Levadura de Frutas
LO UTIL Y LO AGRADABLE
Como refresco, con agua y azúcar, o con soda, es un delicioso champagne de frutas. Calma la sed, evita las erupciones de la piel, mantiene el vientre sano y corriente.
SIEMPRE FRESCA Y ACTIVA
PEDIR FOLLETOS
Farmacia y Droguería DIEGO GIBSON
168, Defensa, 192. — Sucursal: Florida, 159 (Pasaje Güemes)
"RICINOL"
PURGANTE SUAVE Y AGRADABLE
PARA NIÑOS Y ADULTOS
¡LOS NIÑOS PIDEN MAS!
De venta en todas las farmacias
Farmacia y Droguería
DIEGO GIBSON
168 Calle DEFENSA 192
Suc. Florida, 159 P. Güemes

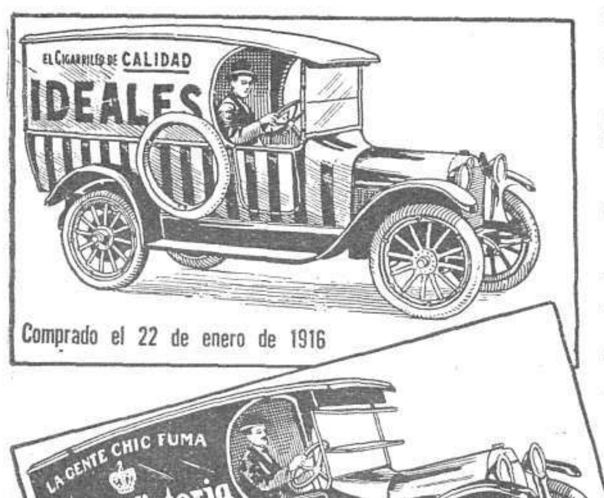
Mascaritas infantiles



Eduardo L. Luca — Pierrot. Laurita Caffarena — Luchador mundial. Concepción, Anita y Judit Terramaga — Floristas. José Sarroma—Indio. Tita Varas— Cerezas.



Aída Casino—Pierrot. María A. Agnese — República. Heraldo Costa y José Cervino—Condes de Luxemburgo. Carmen Berenguer—Las provincias argentinas. María Isabel Dogo—Japonesa.



Comprado el 22 de enero de 1916

En vista del resultado que dió el primer coche, pocos meses después compraron otros dos.



Comprado el 23 de octubre de 1916

Comprado el 23 de octubre de 1916

Compañía Argentina de Tabacos Lda.

BOLIVAR, 759

BUENOS AIRES

Buenos Aires, 6 de febrero de 1917.

Sr. D. B. RICHARDSON, Representante
THE STUDEBAKEK CORPORATION OF AMERICA
AVENIDA DE MAYO, 1235, Buenos Aires

Muy Sr. nuestro:

Con referencia a los tres coches (auto-camiones) Studebaker que hemos comprado a Vds. últimamente, nos es grato hacer constar por la presente que hasta la fecha nos han dado plena satisfacción.

Podemos decir que los coches—después de haber sido puestos en servicio—han superado nuestros primeros cálculos, pues nos permiten cada uno reemplazar a tres de los anteriores carros de tracción a sangre.

Saludamos a Vd. atentamente.

p. p. Cía. ARGENTINA DE TABACOS Lda.
(Firmado) E. CLUTTERBUCK

Los coches de reparto "STUDEBAKER" son económicos, convenientes, rápidos, de fácil manejo y además constituyen la mejor propaganda para cualquier casa de comercio.

Soliciten Catálogo N.º "C" Dept. 8. - Avenida de Mayo, 1235, Buenos Aires

Concesionarios en el Uruguay: COATES Hnos. - Sarandí, 452, Montevideo

Murga "Los zapateros abollados"



Grupo de los que formaban la original murga «Los zapateros abollados», dirigida por José García, que llamó la atención en el pasado carnaval, en particular por las chispeantes canciones que entonaban, acompañados del golpear de martillos y herramientas del oficio.

Mascaritas infantiles



María Judit Bianchi — Japonesa. Serafina Del Casco — Maja. Elvira Desimone — Japonesa. María L. de Gerónimo — Oriental. Mercedes Lorenzo — Andaluza. María Bianchi — Aldeana.



Aurelia Hafner — Pierrot.



Alcira y Rosa Varela — Muradana y Gallega.



Troupe Maton — Comparsa de pequeños Moreiras y sus chinas.



Delia y Sara Cao — Gitana y Gallega.

LOS REFRANES EN ACCION



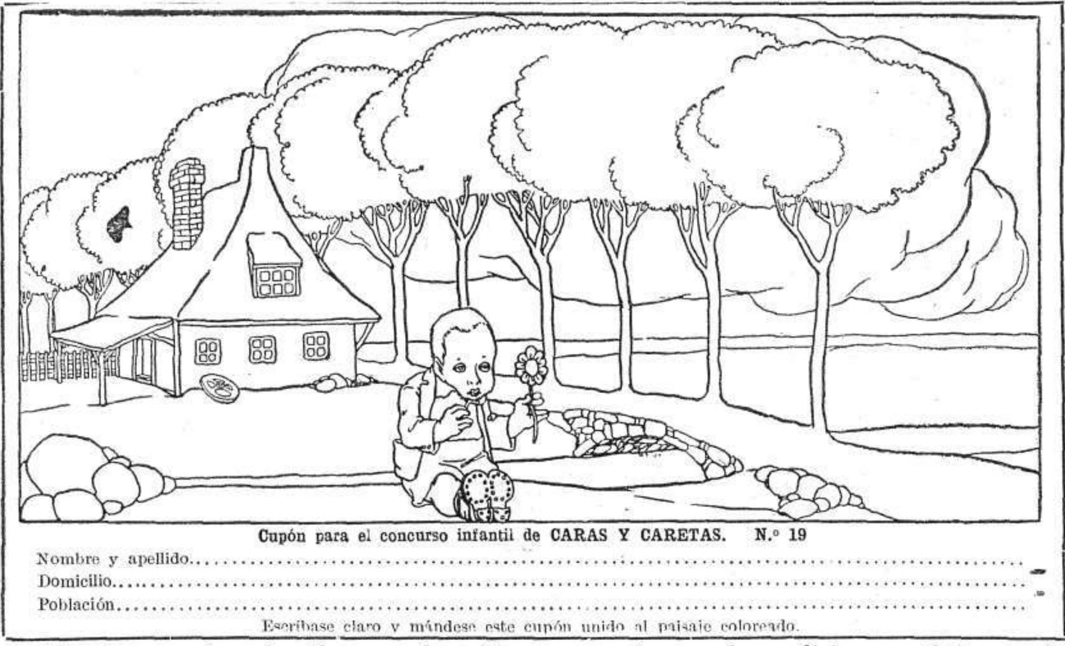
El que tiene lo bastante, no debe desear mas

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:

Concurso infantil de CARAS Y CARETAS —— Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. N.° 19

Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del Concurso N.° 18, han correspondido a los firmados con los nombres que a continuación se expresan:

Angélica Agnese.
Antonio Alda.
Elvira Alvarez.
Ernesto Amato (hijo.)
Argentina R. Andrioni.
Irma Ansaldi.
Félix Arrizábalaga (hijo).
Enrique Antonio Aztiria.
Amira M. Balige.
Luisa Ballerini.
Leonor A. Baragiola.
Alberto Besares.
Carlos Bartacchini.
Arnoldo Bordeu.
Clemente Bravo.
Federico M. Bruno.
Angel Carbonara.
Ana Rosa Carlé.
Edelmira Cardellini.
Elena R. Castillo.
María F. Ciafardini.
B. Cigalino.
Alberto Corbacho.
Emilio Cortiere.
Evaristo Corral (hijo).
Angel L. Crespi.
Juana Cristoforetti.
Ana Rosa Dalzotto.
Catalina Demaría.
Luis A. Degegory.
Armando A. Danuble.
Gaspar Díaz.
María M. Durañona.
Ana María Enríquez.
Emma E. Femenia.
María E. Ferrarese.
Carmen M. Franco.
Conrado Ferber.
Elisa Fromm.
Saturnino F. Funes.
Mario Heredia.
Carlota Horta.
Roque Chiaramonte.
José M. Garibaldi.
Luciano Gaboto.
Fabio Giovanini.
Juan C. Gómez.
Alfonso González.
Alberto Guallart.
Isabel Guerrero.
Juanita Iturralde.
Amalia C. Irigoyen.
Julia Lan.
Juana L. Lanfranchi.
Isabel Lanese.
Tomás Lewis.
Micaela Lombardi.
María Carmen Lorena.
Victorino López.
Itala Magli.
Félix Martínez.
Teodoro Mezquia.
Carlos Méndez Muñoz.
Alberto S. Martínez.
Matilde Mayor.
Italo B. Melo.
Araceli C. Miranda.
José A. Muzzio.
Elsa Muscolo.
Pedro Nagul Cruces.
Pedro Napolitano.
Isidora C. Novillo.
María Silvia Oneto.
Eduardo Panza.
Andrés Pace.
Carmen C. Panizza.
María Teresa Pensa.
Luisa Celia Peña.
Claudia Perulán.
Clemente V. Pizzi.
Sara Pons.
Alberto M. Poisson.
María Puccinelli.
Pilar Quiroga.
Angélica J. Rabelato.
Julio Roca.
Josefina Rodiño.
Concepción Roig.
Norberto Rilla.
Ricardo Schelipier.
Julito M. Solano.
Victorio Steiman.
Rosendo Stroppiana.
Nélida Holga Torres.
María Isabel Todaro
Matilde Triay.
Ramón Urtasun.
Aurora del Valle.
Coleta Yuri.
Arnoldo Zuanich.

Los niños premiados residentes en la Capital, deben presentarse personalmente a retirar sus premios a esta Administración, del 19 al 24 del corriente, de 3 a 5 p. m. A los que residan fuera de la Capital, rogamos soliciten sus premios por carta.

Mascaritas en provincias



Señoritas Domínguez, Moreau, Cardarelli, Laudaburo, Olmedo y Marchini. — Mercedes (San Luis).



Niñas de Rodríguez, Nocera, Ponce, Bertolotti, Rocca, Vaggi y Zembrano. — Banfield.



«Los Baturros», agrupación de señoritas y jóvenes de la colonia española. — Catamarca.



Italo Pejeto — Pierrot — Avellaneda.



Zulema Cicuta y Chester Slott. — General Villegas.



Señoritas De Gori — Aldeanas. — Banfield.



Ofelia y Zulema Larravide. — General Villegas.



Niños de Rosas — Pelotaris.— Avellaneda.

Con toda LA CALAMIDAD mundial

y a pesar de todo, Vds. deben casarse y formar su hogar, pues nuestros PRECIOS y CONDICIONES lo facilitan. —— VEAN y JUZGUEN

CATALOGO GRATIS

DORMITORIO, roble macizo, tres cuerpos, ocho piezas, $ **288**





Campaña, Flete GRATIS.

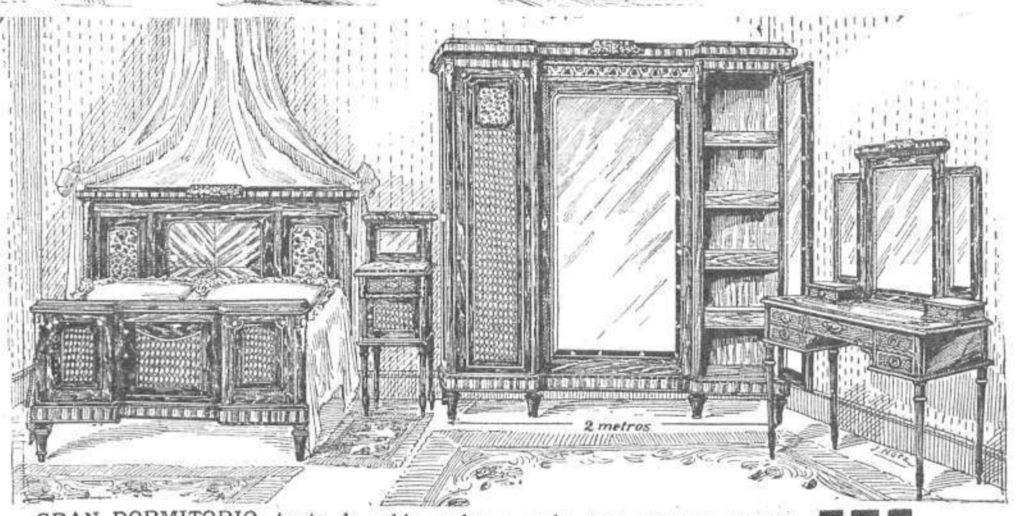
Otorgamos Créditos.
Ciudad e Interior

COMEDOR, roble macizo, dos piezas,

$ 230.—

Completo,

$ 310.—



GRAN DORMITORIO, tanto de roble, cedro y caoba, tres cuerpos, ropero desarmable, 10 piezas, con incrustaciones de bronce............ $ **575.—**

El mismo, más chico, ropero de 1.55 metros...................... $ **395.—**

LA PROVEEDORA DE LAS "14 PROVINCIAS"

D. ETKIN - 2741, RIVADAVIA, 2745 - — CASA FUNDADA, 1892 — Talleres: SENILLOSA, 567

Mascaritas en provincias







Niño de Kroyer. — Patagones. Julia Ullua. — Rosario. Edmee Arias. — Rosario. Rubén D. Chiavazza. — Rosario. Jorge A. Fontana. — Rosario. Niña de Battilana. — Patagones.







Niñas de Colombo, Escola García y Fornesi. — Banfield. Julio C. González. — San Isidro. María M. Fábregues. — General Villegas. Concepción M. Palermo. — San Isidro. César, Catalina y Jorge Navarro. — General Villegas.

APUNTES Y RECORTES



—Che, negro, mirá cuanto marca el peso, que yo no alcanzo a verlo.

En Prizdram (Bohemia) está la mina más profunda del mundo. El pozo principal tiene una profundidad de más de mil metros.

El ejército permanente más grande de Europa es el ruso, que se compone de ochocientos mil hombres.

Hay en Venecia un café que no se ha cerrado de día ni de noche desde hace 150 años.

La luz eléctrica ha contribuído a disminuir la mortalidad en 1 por 1.000. La razón es sencilla. Un simple mechero de gas o un quinqué de petróleo consumen tanto aire como cuatro o cinco personas y además dejan escapar gases sulfurosos y carbónicos que envenenan los pulmones.

El número de variedades que ha producido la vid es innumerable. Ya en tiempo de Virgilio, dice éste, que primero se contarían los granos de arena que el viento levanta en los desiertos de la Lidia, que las variedades de la vid. Y también Plinio indica que ya en su tiempo se conocía un número considerable de variedades. El naturalista Bosc consiguió reunir en los criaderos de Luxemburgo más de mil cuatrocientas variedades, y no llegó a tenerlas todas, pues en cada país se conocen variedades diferentes del suelo, clima y calidad, según la clase de vino que los cultivadores se proponen elaborar, no siendo, por lo tanto, factible llegar a reunir todas las clases en un solo vivero de una localidad.

Después de la revolución china que acabó con la dinastía de los manchúes y proclamó la república, los pueblos monárquicos pasaron a ser 25, ascendiendo el número de repúblicas a 27.

El gobierno popular reune una población de 614 millones de súbditos.

Las monarquías predominan en la Europa; en cambio entre los pueblos jóvenes del Nuevo Mundo es la república la forma de gobierno predominante.

La República más importante por el número, es China, que cuenta con 400 millones de habitantes, y la más pequeña, la de San Marino, que no tiene más de 11.000, diseminados en 61 kilómetros cuadrados de territorio.



—¡Goloso! Ha roto usted el tarro del dulce para comerlo.
—¡No, mamá! Lo rompí porque estaba echado a perder.



Sirius

La virgen venenosa

Por Ricardo Garnett

La virgen venenosa

Ricardo Garnett

. . . ¡Oh! para él no florece mi obscura yerbamora,
ni la infame cicuta para él guarda traidora
las copas de veneno dentro de su raíz.

Triste es la suerte del niño, y más triste aún la de la niña, condenado desde su más tierna infancia a carecer de los cuidados de una madre.

¿Debióse tal vez a esta ausencia de vigilancia materna que la educación de la hermosa Mitrídates fuese dirigida desde su más tierna edad de una manera tan extraordinaria? ¿Que enormes serpientes infestasen su cuna, lamiendo su rostro y enroscándose alrededor de sus miembros? ¿Que sus menudos dedos acariciasen los escorpiones y anudasen las colas de las víboras? ¿Que su padre, el mago Locusto, siempre asiduo y cariñoso, la alimentase con cucharadas de la meliflua baba que se recoge bajo la lengua de los áspides? ¿Que cuando creció y apeteció alimentos más nutritivos, tomó... en dosis infinitesimales al principio, pero en cantidades siempre crecientes, arsénico, estricnina, opio y ácido prúsico? ¿Que habiendo al fin llegado a la flor de su juventud, bebiese habitualmente en vasos de oro, por ser sus bebidas favoritas tan corrosivas que ninguna otra substancia podía resistir sus cualidades disolventes?

Acostumbrada gradualmente a este extraño régimen, había prosperado maravillosamente gracias a él, y no tenía igual en belleza, talento y bondad. Su padre había velado por su educación con gran esmero, y la había iniciado en todos los conocimientos lícitos, excepto en la ciencia de los venenos. Como ningún otro ser humano había penetrado en su casa, Mitrídates estaba ignorante por completo de que su educación hubiese diferido en un concepto tan esencial de la de las otras jóvenes.

— Padre — dijo a éste un día, trayéndole un libro que había estado hojeando, — ¡qué extrañas locuras escriben con toda seriedad los hombres instruídos! ¿o es por ventura que nadie puede poner límites a la licencia de los novelistas? Estas queridas serpientes, que son mis amigas y mis compañeras de juegos, este beleño y este antimonio, alimentos de mi salud y de mis fuerzas, ¡qué haya quien se atreva a escribir que son perniciosos, mortíferas y fatales para la existencia! ¿Es esto error o malicia, o sólo imperdonable extravagancia de una imaginación enfermiza?

— Hija mía — contestó el mago, — hora es ya de que aprendas lo que hasta ahora te he ocultado, y con tal objeto he procurado que este tratado llegase a tus manos. El dice la verdad: has sido alimentada desde tu infancia con substancias dotadas de propiedades letales, comúnmente llamadas venenos; toda tu naturaleza está de ellos impregnada, y aun cuando tú disfrutas de la más completa salud, un beso tuyo sería fatal al que no estuviese, como está tu padre, fortificado por el uso de los antídotos. Escucha ahora la razón: Yo profeso un odio mortal al rey de esta tierra: cierto es que a mí no me ha hecho ningún daño; pero su padre quitó la vida al mío, por lo cual es obvio que yo debo matar a su nieto. Con este fin te he alimentado desde tu más tierna edad con los más mortales venenos, hasta que ahora eres un frasco ambulante de ponzoña. El joven príncipe te destapará para su destrucción y para tu indecible conveniencia. Ve, pues, a la gran ciudad: eres bella como el día: él es joven, hermoso y apasionado, e infaliblemente se enamorará de tí; entrégate a sus caricias y perecerá miserablemente, mientras que tú (debido al encantamiento) quedarás saludable e inofensiva como tus semejantes, conservando tan sólo la ciencia de los venenos, que si siempre fué útil, no tiene precio en el estado actual de la sociedad. Por tanto, partirás en seguida para la ciudad de Constantinopla, provista de cartas mías de recomendación para la emperatriz Teófano, que reina felizmente ahora.

— Padre, — dijo Mitrídates, — puede ocurrir que yo ame a ese joven príncipe, o que no le ame; si no lo amo, no estoy dispuesta de ningún modo a sufrir que me acaricie; y si lo amo, estoy aún menos dispuesta a ser la causa de su muerte.

— ¿Ni aun por el interés del beneficio que te ha de proporcionar este suceso?

— Ni aun por esa consideración.

— ¡Oh, estas hijas — exclamó el anciano. — Las criamos con ternura, apuramos toda nuestra ciencia en el perfeccionamiento de sus inteligencias y de sus cuerpos, fundamos en ellas nuestras más risueñas esperanzas, y les confiamos la realización de nuestras más queridas aspiraciones; y cuando todo está terminado, no consienten ni aún en cometer un homicidio para complacernos. ¡Ingrata, miserable, recibe el justo pago de tu egoísta desobediencia!

— ¡Oh, padre, no me convirtáis en renacuajo!

— No lo haré; pero te arrojaré de mi casa.

— Y lo ejecutó tal como lo había dicho.

Aunque desheredada, Mitrídates no fué destituída. Había conservado una partícula de la piedra filosofal: escaso equipo para la hija de un mago, pero que le aseguraba cierto grado de prosperidad. ¿Qué haría ahora? La gran preocupación de su vida tenía que ser de allí en adelante evitar el cometer ningún homicidio, y especialmente el asesinar a ningún joven hermoso. Debió parecerle lo más indicado ingresar en un convento; pero, aparte de su carencia de vocación, comprendió que su padre pensaría con razón que había deshonrado a su familia, y ella aun abrigaba la esperanza de una reconciliación con él. Podía establecerse en una ermita, pero su instinto le dió a conocer que una solitaria tan hermosa como ella, sólo con medidas extraordinarias podría contener a los jóvenes a la debida distancia, y no le agradaba el tipo de la ermitaña con perro de presa. Por esto se encaminó directamente a la gran ciudad, tomó una casa y se rodeó de criados. En la elección de éstos puso el mayor cuidado en escoger tan sólo aquéllos cuyas prendas personales fuesen tales que no invitasen a ningún acceso de intimidad o apasionamiento. Nunca antes ni después se vió la belleza juvenil rodeada de dueñas tan bigotudas, doncellas tan bizcas, pajes tan jorobados, y tan lisiadas personas. Fué esto una verdadera tristeza para ella, porque amaba la belleza; aun fué más dolorosa prueba el no poderse dar nunca más el gusto de tomar el menor bocado de arsénico; suspiraba por la estricnina y penaba por el ácido prúsico. El cambio de régimen alimenticio fué al principio, como era de esperar, altamente perjudicial a su salud, y, en efecto, le ocasionó una grave enfermedad; pero su juventud y su robusta constitución le sacaron adelante.

Lector, ¿has experimentado, por ventura, lo que es vivir con el corazón abrasado de amor hacia tus semejantes, sin podérselo manifestar ni de palabra ni de obra? ¿El padecer infructuosos deseos de lo bueno y consumirte en vanos anhelos por lo útil? ¿El ser mal juzgado y hasta tal vez ultrajado por dejar de hacer lo que te es de todo punto imposible realizar? Si has tenido esa desgracia, no dudo que compadecerás a Mitrídates, cuya naturaleza era ardentísima, expansiva y afectuosa; pero quien, por la necesidad en que se encontraba de evitar, cuanto estuviese en sus manos, todo contacto con ningún ser humano, se vió condenada a una vida de soledad, y comprendió que era considerada como un monstruo de orgullo y de egoísmo. No osó conceder una tierna mirada ni alentar con un ademán a ninguno, por temor a que este insignificante principio le condujese a la manifestación de su fatal poder. Sus propios criados, cuyas almas eran, generalmente, tan ruines como sus cuerpos, la odiaban, y estaban amargamente resentidos de lo que consideraban un altivo desdén hacia ellos. Nadie podía negar su munificencia, pero prodigada sin ternura, no recibe más gratitud que

la que merece. Las jóvenes de su mismo sexo se alegraban en secreto de su falta de afabilidad, considerándola como un providencial contrapeso a su beldad, al par que la detestaban y la acusaban de ser el perro del hortelano, que alejaba los amadores de todas y no quería ninguno para sí. Pues a pesar de toda la severidad de Mitrídates, y de las insidiosas especies que corrían acerca de su brillante, aunque funesto esplendor, no lograba verse libre de las persecuciones amorosas de los jóvenes; ni toda el agua fría arrojada sobre ellos, literal y figuradamente hablando, fué suficiente para alejarles de su puerta. Le llenaban la casa de ramos de flores y cartas incendiarias; se estacionaban ante sus ventanas, se sentaban en la escalera, corrían al lado de su litera, cuando era transportada en ella, y se reunían de noche para darle serenatas, peleándose unos con otros de una manera desesperada. Trataban de ser admitidos en su casa fingiéndose comerciantes, mandaderos y hasta como pinches de cocina o fregonas. Llegaron hasta tales extremos, que un mancebo extraordinariamente audaz, intentó robarla una noche; y hubiese conseguido su intento a no ser por la intervención de otro que se precipitó sobre él con la espada desenvainada, y después de una empeñada contienda, lo derribó en tierra ensangrentado. Mitrídates se había desmayado, por supuesto: ¡y cuál no sería su horror al despertar y encontrarse en los brazos de un joven de exquisita belleza y regio porte, que libaba la muerte en sus labios con indecible fruición! Gritó, forcejeó; y si hizo de sus manos algún uso impropio de mujer, la urgencia del caso la defenderá. El joven le reprochó amargamente su ingratitud, escuchándole ella en silencio con gran compasión, imposibilitada como se hallaba de defenderse. El dardo del amor había penetrado también en su pecho, y costóle casi tanto dolor despedir al joven por lo que ya le había interesado, como el verle alejarse, pausada y lánguidamente caminando vacilante hacia su triste destino.

En los consiguientes días recibió continuos mensajes excitándola a que se apresurase a visitar a un joven que moría por su amor, y a quien su presencia devolvería la vida. Rehusó ella invariablemente, pero ¡cuán cara le costó su negativa! Lloró, retorcióse las manos, llamó mil veces a la muerte y maldijo su extraña constitución. Con aquel singular deseo de propio martirio, que parece dulcificar los tormentos de los desgraciados, hizo acopio de tratados sobre los venenos, estudió todos los síntomas descritos, y se imaginó a su desventurado amante sufriéndolos todos uno tras otro. Por último, llegó un mensaje que no admitía réplica: el rey la llamaba a su presencia. Amaestrada por la pasada experiencia, proveyóse de un velo y un antifaz, y se dirigió a palacio.

El anciano rey se hallaba agobiado por una gran aflicción: en circunstancias más felices hubiese estado alegre y afable. Dirigióse a ella con austeridad, pero bondadosamente.

— Joven — comenzó — tu inexplicable crueldad para con mi hijo...

— ¡Tu hijo! — exclamó ella. — ¡El príncipe! ¡Oh, padre mío, ya estás vengado de mi desobediencia!

El rey la miró sorprendido, pero continuó:

— ... Sobrepuja a cuanto la historia registra hasta nuestros días de los más insensibles monstruos. Le debes tu honor, por el cual ha arriesgado su vida. Le has conducido con tu crueldad al borde del sepulcro; y cuando una sonrisa, una mirada tuya podría salvarle, no quieres concedérsela.

— ¡Oh, gran rey! — replicó ella — comprendo perfectamente la opinión que debéis tener formada de mí: la sobrellevaré como pueda; pero creedme, mi presencia nada influiría en el restablecimiento de vuestro hijo.

— De eso juzgaré yo — dijo el rey — cuando te hayas despojado de ese velo y de esa máscara.

Mitrídates accedió, no sin repugnancia.

— ¡Por Dios! — exclamó el rey — ¡su vista haría volver un alma del Paraíso! Date prisa y corre sin demora al lado de mi hijo; aun no es tarde.

— ¡Oh, rey! — insistió Mitrídates — ¿cómo es posible que esta cara mía pueda hacer bien alguno a tu hijo? ¿Acaso no está bajo la influencia de setenta y dos venenos?

— No estoy yo enterado de eso — dijo el rey.

— ¿No están sus entrañas consumidas por el fuego? ¿No está su carne en un estado de delicuescencia? ¿No se ha desprendido ya la piel de su cuerpo? ¿No se halla atormentado por incesantes dolores y vómitos?

— Que yo sepa, no — contestó el rey. — Sus síntomas, según tengo entendido, no se diferencian mucho de los que yo mismo recuerdo haber experimentado alguna vez, aunque en forma mucho más benigna ciertamente: permanece siempre en cama, no come ni bebe, y te llama incesantemente.

— Esto es de todo punto incomprensible — dijo Mitrídates; — no había una sola droga en el laboratorio de mi padre que pudiese producir tales efectos.

— En resumen, — continuó el rey, — o te diriges sin demora a la habitación de mi hijo, y de allí a la iglesia, o sales de aquí para el patíbulo.

— Si así ha de ser, elijo el patíbulo — dijo resueltamente Mitrídates. — Mi permanencia en la habitación de vuestro hijo, podéis creerme, ¡oh rey!, que sólo serviría para destruir la débil esperanza que de su restablecimiento pueda quedar. Yo le amo más que a todas las cosas de la tierra y por nada del mundo querría que su muerte pesase sobre mi alma.

— Chambelán — gritó el monarca, — tráeme una camisa de fuerza.

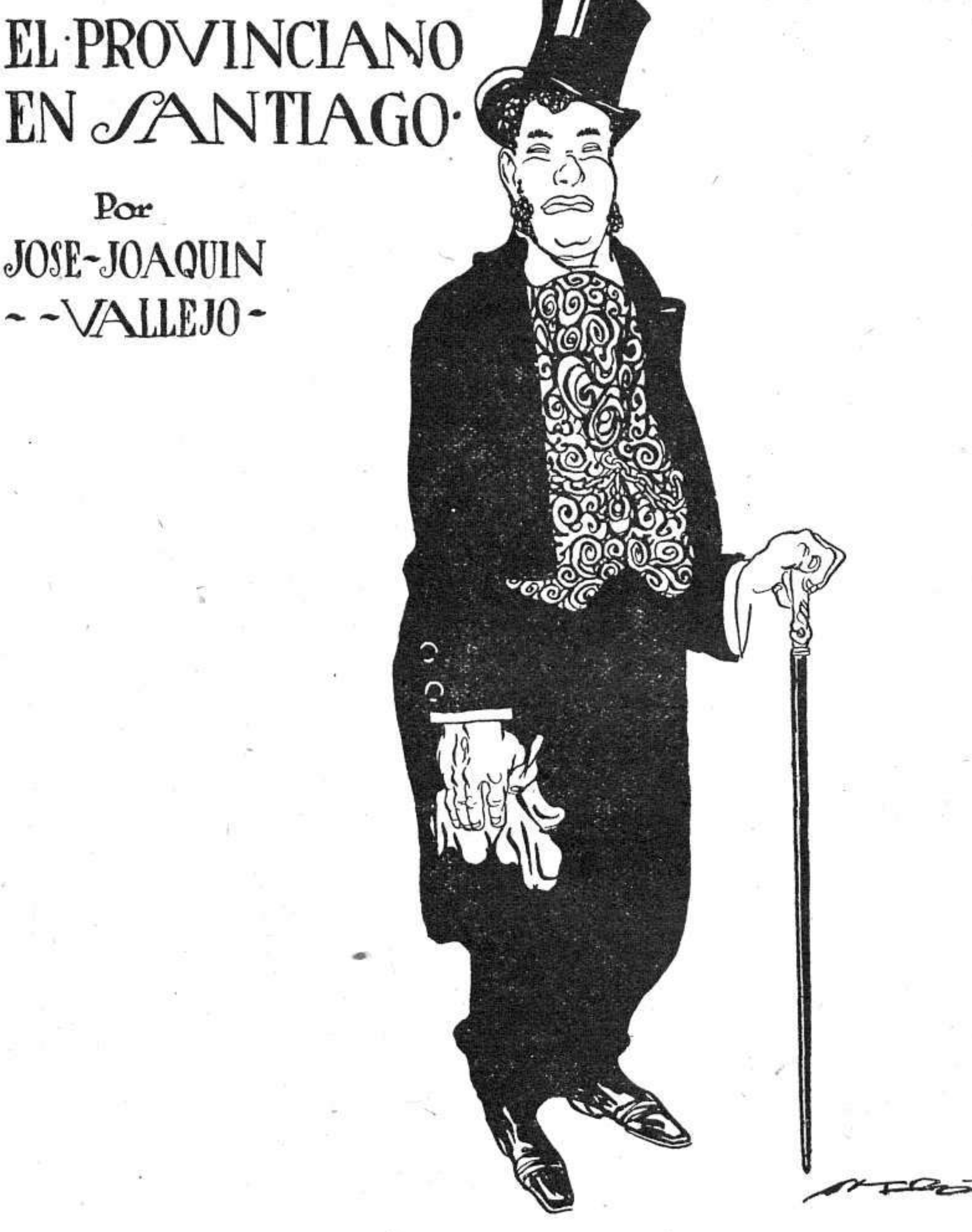
Puesta en tal aprieto, Mitrídates se arrojó a los pies del rey, teniendo, empero, buen cuidado de no tocarle, y le confió toda su malhadada historia.

El venerable monarca rompió a reir estrepitosamente. «*¡A buen gato, buena rata!*» — exclamó tan pronto como fué dueño de hablar. «¡De suerte que tú eres la hija de mi antiguo amigo, el mago Locusto! Me imaginé su treta, y al mismo tiempo que él alimentaba a su hija con venenos, nutría yo al mío con antídotos. Jamás tomó criatura alguna en el mundo cantidad parecida de drogas; pero ahora no hay veneno en la tierra que pueda hacerle daño. No hay, pues, duda de que estáis hechos el uno para el otro: date prisa en llegar junto a su lecho y, según el maleficio requiere, desembarázate en sus brazos de todas tus propiedades venenosas cuanto antes te sea posible. Convidaremos a la boda a tu padre, y por cierto que será un huésped honroso, puesto que nos ha enseñado que el beso del Amor es remedio seguro contra toda clase de venenos.»



EL PROVINCIANO EN SANTIAGO

Por
JOSE-JOAQUIN VALLEJO



El mahometano tiene que peregrinar una vez en su vida, por lo menos, a la sagrada Meca y visitar los Santos Lugares de su creencia y tradiciones. El pintor europeo no es pintor si no ha visitado las capitales de la Italia y los paisajes de la Suiza. El anticuario, para pasar de la clase de simple aficionado, necesita ir a robar algo de las ruinas de Atenas, de los sepulcros de los Faraones, o hacer un viaje al Perú a exhumar momias y registrar *huacas*. El elegante santiaguino que no ha ido a París a estudiar en su fuente, a ver llenos de vida los tipos de la moda que por acá nos llegan litografiados, debe abandonar toda esperanza de ganar celebridad en la carrera. Y cuidado, que los que se meten en ésta, rara vez quedan buenos para brillar en otra.

Tan indispensable como estas visitas, es la que tenemos que hacer los provincianos a la capital de la república. El que no ha pagado este tributo, sin causa poderosa a estorbarlo, se le mira como un pobre hombre, como uno de esos individuos-máquinas, que tienen el triste privilegio de no sentir las delicias de la música ni ninguna de las celestes impresiones de lo bello.

En efecto, para que lleguen a viejos los provincianos sin haber tocado la necesidad o venídoles el deseo de dejar su aldea e ir a Santiago, es preciso que sus días hayan transcurrido bien animal y tontamente; es preciso haber vivido sin saberlo, sin que nunca, permítaseme la expresión, se hayan sorprendido existiendo. Felizmente no tenemos en nuestros pueblos sino uno que otro de estos autómatas; y esos no pertenecen a la época que recorremos. Son, en realidad, los únicos extranjeros que hay entre nosotros, y el lastre inerte que arrastramos en nuestro gran viaje.

Los jóvenes de provincia, que no han sido educados en los colegios de la capital, anhelan visitar ese recinto afortunado, donde una residencia de pocos meses les ha de enseñar más que todos los cursos que han seguido en su pueblo; donde las luces de la civilización, semejantes al fluido resplandeciente del mediodía, todo lo invaden, todo lo trasminan, todo lo inundan y a todo dan animación de inagotable vida. No sé si me engaño; pero creo haber descubierto en muchos de mis amigos provincianos que se preparaban a dar por primera vez, una vueltecita por Santiago, cierta placentera confianza, no de satisfacer su simple curiosidad, sino

de aprender algo útil, de adquirir conocimientos que instintivamente echaban de menos y de despejar un tanto el espíritu de esa bruma inexplicable en que le vemos envuelto los que le hemos cultivado poco. Ellos han visto que este corto paseo, este ligero *baño de Santiago* ha obrado prodigios en otros; que han vuelto trayéndose a la vez graciosas maneras y no poco desarrollo intelectual, los mismos que antes no podían desenredarse de su timidez y encogimiento habituales; timidez y encogimiento que, sea dicho de paso, si una fatalidad ha sancionado ya como característico del provinciano, casi nunca prueban un mal irremediable, casi siempre no son sino un grosero capullo, dentro del cual se hallan los gérmenes de muy preciosos talentos.

(Sirva esto de consuelo a quien le plazca, y vamos adelante.)

No le busquéis un tipo a mi viajero; porque declaro que no le tiene. Es un *sui generis* que yo he creado. No es ni chilote, ni penquisto, ni maulino, ni coquimbano: no ha nacido en ningún lugar de ninguna de nuestras provincias. Y si hay maliciosos que se lo achaquen a cualquiera de ellas, puede ésta protestarle, diciendo lo que Quevedo, del hijo que, una vez, quisieron colgarle. Con lo cual será cosa sabida que la criatura es aborto mío; pero que todos han contribuído a formarle.

Va de cuento. Es una noche de ansiedad y de insomnio, la última que pasa el provinciano en su camino a la capital. El día siguiente va a ser un día de acontecimientos, de pasmos y grandes novedades, cuya sola imaginaria previsión empieza a aturdirle y agobiarle. Le sucede lo que a todos, que al aproximarse la realización de lo que más ardientemente hemos deseado, se nos ahogan el corazón y el alma en sofocaciones mortales. ¡Malditos engorros, ellos nos confiscan la mitad de la dicha, ellos nos arrebatan la ocasión de saborearla desde que, a la distancia, la vemos venir por nuestro lado! Un minuto antes de oir, por primera vez, cantar a la señorita Rossi, mi corazón parecía inflado y latía borrascosamente: cuando ella empezó yo estaba casi accidentado.

La primera impresión que recibe nuestro viajero, al acercarse a Santiago, es la aparición lejana de sus blancas torres, descollando sobre una mancha confusa de objetos que no alcanza a distinguir la simple vista. Colocada, como está, nuestra ciudad reina al pie de los Andes, con cuyas alterosas moles forma un humilde contraste la elevación pigmea de sus alamedas y de sus más soberbios edificios; no permitiendo la llanura que la rodea que desde lejos pueda uno contemplar su vasta extensión, el conjunto simétrico de sus divisiones y la variedad de sus pintorescas localidades, el provinciano se aproxima a ella desprevenido, no preparado para recorrer sus interminables calles, para soportar sin aturdirse la sucesión de tan extrañas escenas y para no sucumbir al ruido y batahola de aquel gritón y alborotado gentío.

Embebida su atención en la muchedumbre de viajeros de todas clases que alcanza o encuentra por los callejones donde se ha metido, penetra de repente en los suburbios de la ciudad, en esos hormigueros de democracia, que, siempre en gresca y algazara, ofrecen de ordinario a las puertas de la capital las mismas babeles dominicales de los campos de provincia, en que tienen lugar las partidas de chueca o las carreras de caballos.

Acostumbrado el provinciano al yermo de las calles de su villa, al silencio de medianoche, que al mediodía reina en todas ellas, su extrañeza es indefinible cuando llega, por ejemplo, al *conventillo*, y se ve rodeado de su tremendo tumulto, de su hacina impenetrable de bestias y carretas, de hembras y machos, de cuadrúpedos y bípedos que le obstruyen el paso, le tiran el poncho, le animan el caballo, le gritan, le saludan, *a dios ñor quien — como quedó su ñaña — a cómo las lanas — dónde dejó la tropa;* haciendo, en fin, otras mil diabluras que siempre tienen a mano para conseguir que se alborote el caballo y que el jinete se vea en amarillos afanes antes de sosegarle y traerle al buen camino. Infeliz de nuestro amigo si, por no *agarrarse* lo suficiente, viene a tierra al ruido y chifladera de aquella turba beduína, que aplaude el porrazo lo mismo que si fuese un lance de equitación nunca visto. Todos entonces se le van encima a favorecerle, levantarle y sacudirle: en un dos por tres, le dejan al pobre aliviado, no precisamente del dolor de sus contusiones, sino del peso de su bolsillo, de sus espuelas, de su sombrero, amén de varias piezas de la montura, que, como los demás, desaparecen, por encanto, entre esta gente honradísima.

Y luego, si el vigilante se presenta en la escena y empieza a averiguar lo que ha motivado aquel escándalo, suele pasar adelante la aventura.

— «Mire usted, vigilante, exclama el provinciano, «estos pícaros me han salteado. Haga usted que pa- «rezcan mi sombrero, mi dinero... »

— «¡Miente!» — gritan cien voces a la vez.

— «No le crea usted, ño Juan», — dice uno.

— «No traía sombrero»; asegura el mismo que lo está acariciando bajo el poncho.

— «¿Quiere que le diga, ño Juan?; lo que hubo fué que *el hombre* venía galopando y tropezó el caballo y... yo no vide más.»

El vigilante, que antes de serlo, ha tenido que pasar indispensablemente por la escala de espantador de caballos y desnudador de caídos caballeros, sabe por experiencia que negocios como el que se ventila son otro nudo gordiano sin más solución que la consabida. Así, pues, proclamando en alta voz la *ley marcial*, o, lo que es lo mismo, notificando que procederá al resolver el problema del susodicho nudo, si no se disuelve el tumulto, todos se hacen azogue por aquellas madrigueras; menos el provinciano, que todavía tiene que sufrir una *peluca* por haber *galopado a caballo*, en contravención de las ordenanzas municipales. — *No le cobro a usted la multa*, le dice el juez ecuestre, *porque veo que usted es del campo. — Muchas gracias*, contesta a este cumplido nuestro paisano, y coge su camino con Dios y esta primera lección de mundo recibida.

Pero supongámosle alojado ya en una de esas *casas-ómnibus* de las inmediaciones de la alameda, cuyos dueños tienen a bien llamar posadas, y que si ellos no me lo tienen a mal, yo llamaré ratoneras. Sí, señor: tan ratoneras como las que en Peñaflor ha fabricado el amable don Pedro Valenzuela, para que se aniden de noche los petimetres de Santiago, que, por economía, van a pasar en aquel Edén la *buona vita* y el verano. Supongamos, repito, a nuestro viajero hospedado en una de esas casas, que están a la disposición de los provincianos, y que, por su aspecto en general, parecen hechas a propósito para la aclimatación de sus huéspedes; es decir, para que no tengan que extrañar sus habitaciones natales. Cuatro paredes cubiertas de letreros y jeroglíficos, un techo con cielo raso de telarañas, colgaduras de lo mismo, piso de suelo color plomo y el todo con olor a inmediaciones de cocina; una mesa más que coja, un catre de madera rezongón y rechinante y dos sillas indígenas: he ahí el menaje que se proporciona en Santiago a un provinciano neto, quizás por no tener el instinto de buscar otros mejores. Si a estos muebles añadís la carga de baúles y la montura del patrón, los chismes del criado y el aparejo de la mula, que también se coloca dentro para evitar que los perros trunquen sus cueros y correajes, tendréis el total de comodidades de que se rodea el huésped, para creerse establecido a qué quieres boca.

En este sitio pasa la primera noche. Después de confiar a su almohada ese vago sentimiento de tristeza que se apodera de nosotros cuando recién llegamos a un punto donde nada nos pertenece, donde todo nos es desconocido, hombres y clima, objetos y costumbres, el provinciano se queda como un ángel profundamente dormido. Pero vencida la fuerza del primer sueño, una pesadilla horrenda le acomete, los rotos del *conventillo* le asaltan, le cogen, arañan, rasguñan, punzan y desuellan vivo; y él no puede ni dar voces, ni pedir socorro, ni desasirse de aquel enjambre de verdugos. Largo tiempo pasa poseído de estas fantásticas angustias; larga es y furibunda la batalla que sostiene con los agresores, hasta que, al fin, consigue despertar y se siente devorado por una fiebre horrible. Salta de la cama, enciende luz, y se convence de que siempre la mentira es hija de algo. Los bichos del catre, y no los del *conventillo*, son los que acaban de darle tormento.

Excusado es decir que el madrugón de nuestro amigo tiene, con tan poderoso motivo, su si es no es de trasnochada. Cuando Dios echa sus luces, ya él se ha echado al cuerpo de doce mates para arriba y el duplo de cigarros por lo menos. Concluído lo cual se afeita y prepara para salir a *curiosear*, mientras llegan horas adecuadas a lo que se propone hacer o cumplir.

Grandes, espesas y alborotadas patillas que sirven de marco a una cara rechoncha y tostada; dos cuellos largos, puntiagudos, doblados horizontalmente, for-

mando una peaña sobre la cual descansa toda la cabeza; corbatín de terciopelo; chaleco vistoso por cuya abertura se ostentan la calada camisola y su vivo color rosa, los botones de brillo y las puntas bordadas de los suspensores, pantalón con peales de tobillo a tobillo; botas de alto taco y bulliciosas; fraque de arrugados faldones y cuya hechura prueba que el sastre se empeñó no poco en imitar la moda que, seis meses ha, apareció en la provincia; sombrero negro de felpa, cargado pretensiosamente sobre la oreja derecha, y guantes enormes como para manos crecedoras, he ahí la *decencia* con que el provinciano suele exhibirse, poco después de amanecer, por las calles de Santiago.

Entre chanzas y veras le han repetido muy a menudo, antes de partir de casa, la amonestación siguiente: «Cuidado, amigo; no vaya usted a quedarse con la «boca de par en par, al ver esas maravillas; mire usted «que le tomarán, entonces, por un huaso». De modo que, al echarse por las calles de la capital, a lo que más atiende es a su boca, temiendo que algún descuido le deje en un insubsanable descubierto. Todo le pasma, todo le admira; la concurrencia, el bullicio, las lindas casas, los nobles edificios, las elevadas torres, las vastas alamedas, las buenas mozas; todo, en fin, es nuevo y sorprendente para nuestro recién llegado; pero creyendo de conveniencia y de buen tono no dispensar a nada atención alguna, lleva pintadas en su cara y talante gran indiferencia, mucha seriedad y todo el tufo oficial del juez de primera instancia de su tierra.

En la mayor parte de los pueblos de provincia, la vista de una cara nueva es una fiesta que hace furor; alborota a las gentes lo mismo que a la aristocracia de Santiago, la aparición, en sus salones, de algún conde o marqués verdadero o apócrifo. Nuestro provinciano, pues, recordando lo que pasa en su pueblo con las caras nuevas, marcha con la aprensión de que la suya es también muy notable en las calles de la capital y de que cuantos la encuentran querrán tener el honor de conocerla y el gusto de saber de dónde ha llegado. Por eso al enfrentaros os fija la vista como para averiguar lo que pensáis de su persona; por eso, a fin de pareceros bien, va tan encolado y con todo el aire que estudiosamente se da el que se acomoda para que le retraten; por eso, queriendo conquistar simpatías, le veréis saludar y gastar los cumplidos de *pase usted— gracias — no se incomode usted* — con los que van y vienen, sin que le hagan maldito el caso y sin darle muchas veces otra contestación que la de *vaya usted a un demonio.*

Eso sí, con los rotos no capitula jamás. Siempre anda disputándoles la vereda, arrojándoles al medio de la calle y apostrofándoles de *canallas* y *ladrones;* hasta que en una de esas se complotan tres o cuatro, le cargan, le suman la boya, le dicen *chillanejo bruto* o *calchaquino bestia,* y se queda nuestro amigo con una segunda lección de mundo, para no olvidarla mientras ande rodando tierras.

En este día recorre muchas calles, se acerca a muchas iglesias y conoce de vista una infinidad de objetos, de cuya celebridad ha oído varias veces ocuparse a los vecinos de su villa. Visita el edificio de la Compañía, al que, no pudiendo los clérigos extender por ningún lado, le están elevando hacia el cielo como quien guía una añosa enredadera de flor de la pasión o de suspiros. También ve las antiguas Aduana y Moneda; casas que, según parece, se están refaccionando para que sean la expresión tipo de nuestro progreso: lo nuevo remendando lo viejo; lo viejo apuntalado por lo nuevo: con lo cual se conserva y perpetúa la polilla lo mismo que si diariamente recibiese las bendiciones del cielo. Todo es progreso. ¡Viva el progreso!

Al día siguiente se dirige el provinciano al instituto nacional, donde tiene un primo-hermano para quien trae varias cosas en efectivo y muchos recados de toda la parentela. El portero le dice: *pase usted, siga ese corredor y pregunte por ahí.* Sigue el corredor, pregunta, y un colegial dice que el tal su primo vive en el patio de *allá atrás.* Pónese a proseguir el nuevo derrotero: entra en nuevas averiguaciones, y otro buen alhaja le señala una puerta abierta, por la cual penetrando el provinciano, que anda ya medio corrido, se encuentra en un salón con cuarenta o cincuenta niños, en clase; los cuales no bien divisan aquella exótica figura, se echan a reir a pierna suelta. Sale de aquí con viento fresco, y hay todavía inhumanos que le hacen meterse en el comedor y en la capilla. Ello es que no da con el primo a quien busca, sino después que le han metido donde se les ha antojado, como al que se da por vencido en el juego de adivinanzas, o como al que hacen ir, volver, andar y tornar en el otro de los huevos.

Se despide del pariente y de la casa, dando un abrazo al primero y echando su cordial maldición a todos los demás que viven en la segunda. Una vez en la calle, toma por la que va a la plaza de la Independencia, cuya pila, portales, palacios, catedral, casa de correos, le han recomendado extraordinariamente. Pero el diablo le lleva de la mano. Por mirar, en su camino, la inmensidad de chiches de una joyería francesa, no ve la cáscara de melón que unos muchachos han acomodado en la vereda; pisa la trampa; carga el cuerpo, y el resbalón es tan grande, como la caída ruidosa, la befa brutal y tremenda: — *allá va eso — casi había caído — venga, lo levantaré;* y mil carcajadas de demonios son el único eco que encuentra la descomunal y provinciana costalada.

Andando los días, llega uno en que mi querido paisano va por una de las otras calles, como quien dice, *sin destino ni concierto.* Ve venir de frente un hombre; cree reconocerle, y, en efecto, es *Don Pedro;* el apreciable santiaguino que en la primavera última anduvo comprando bueyes en la provincia de nuestro amigo; el mismo que, en su casa, fué hospedado, servido, celebrado como un padre comendador: no por recomendaciones ni por plata, sino porque era forastero y parecía un buen sujeto. ¡Qué encuentro! Al fin tengo un amigo, dice para sí el provinciano. Y lleno de alegría, con la mano y brazos extendidos, y paso apresurado, se dirige al bienvenido huésped de la casa de su padre. El santiaguino ha reconocido también al *huaso;* el buen tono no permite ser grato a los servicios recibidos en provincias; tampoco sería bien visto que en una calle pública se parase *El* a hablar con *aquel hombre;* todo lo cual considerado, hace su excelencia como que mira hacia atrás y pasa rozándose con el recién llegado, sin atender al *¡Señor Don Pedro!* que éste lanza poseído de un indefinible alborozo. Un chasco tan inesperado es para mi amigo una lección fecunda y preciosa. Desde este instante, el resentimiento anima su coraje y le entona de manera que empieza a brillar en su frente cierto airecillo de dignidad no traído de su tierra. *¡Bribón,* dice pasada su sorpresa, *algún día volverás a comprar bueyes!*

De este linaje son las caídas y *chambonadas* en que suele incurrir un hijo de las provincias que por primera vez llega a Santiago. No hay paso que dé, palabra que pronuncie, ropa que vista, ni género de cosa en que se meta, que no sea para su ruina, que no promueva la burla y la risa de cuantos con él topan. Por eso yo aconsejaría al provinciano que su primera diligencia, así que se encuentre en la capital, sea de ponerse en rigurosa cuarentena, no haciendo su *entrada en aquel mundo* sino después de pasar este período de maldición más o menos largo, según el carácter y antecedentes del individuo.

Porque, al fin, es cierto que el tal período tiene término. Si el recién llegado hace conocimiento con alguna de esas excelentes familias que abundan en Santiago, debe a ella sus primeras reformas. Las niñas de la casa, que no pueden ver una buena talla cubierta con un feo vestido, se interesan en el arreglo de aquel personal, para poder tomar su brazo sin peligro de que por ahí señalen la pareja con el dedo. Y bajo la franqueza que desde luego inspira esa especie de inferioridad social en que se halla todo neófito, le advierten: hoy, que no se usa la camisa bordada; mañana, que ese frac es espantoso y los pantalones y chaleco malditamente cortados; después que la cabeza y patillas necesitan ir a la peluquería; e insensiblemente obran tal revolución en el alumno, que al cabo de poco tiempo parece otro, y es ya digno de hacer cualquier papel al lado de sus amables protectoras. El primero que se le encarga es, por lo regular, de sustituto, auxiliar o suple-faltas. Sus méritos suelen o no elevarle, después, al desempeño en propiedad de algún empleo.

LA LLORONA DEL VIERNES SANTO

POR

RICARDO PALMA



Cuadro tradicional de costumbres antiguas.

Existió en Lima, hasta hace unos cincuenta años, una asociación de mujeres cuyo oficio era gimotear y echar lagrimones como garbanzos. ¡Vaya una profesión perra y barrabasada! Lo particular es que toda socia era vieja como el pecado, fea como un chisme y con pespuntes de bruja y rufiana. En España, dábanlas el nombre de *plañidoras;* pero en estos reinos del Perú se las bautizó con el de *doloridas* o *lloronas.*

No bien moría un prójimo que dejase hacienda con que pagar un decente funeral, cuando el albacea y deudos se echaban por esas calles en busca de la llorona de más fama, la cual se encargaba de contratar a las comadres que la habían de acompañar. El estipendio, según reza un añejo centón que he consultado, era de cuatro pesos para la plañidora en jefe y dos para cada subalterna. Y cuando los dolientes, echándola de rumbosos, añadían algunos realejos sobre el precio de tarifa, entonces las doloridas estaban también obligadas a hacer algo de extraordinario, y este algo era acompañar el llanto con patatuses, convulsiones epilépticas y repelones. Ellas esperaban, a la puerta del templo, la entrada y salida del cadáver, para dar rienda suelta a su aflicción de contrabando.

Dígase lo que se quiera en contra de ellas; pero lo que yo sostengo es que ganaban la plata en conciencia. Habíalas tan adiestradas, que no parece sino que llevaban dentro del cuerpo un almacén de lágrimas, tanto eran éstas bien fingidas, merced al expediente de pasarse por los ojos los dedos untados en zumo de ajos y cebollas. Con frecuencia, así habían conocido ellas al difunto como al moro Muza y mentían que era un contento, exaltando, entre ayes y congojas, las cualidades del muerto.

—¡Ay! ¡ay! ¡tan generoso y caritativo! —y el que iba en el cajón había sido usurero, nada menos.

—¡Ay! ¡ay! ¡tan valiente y animoso! —y el infeliz había liado los bártulos, por consecuencia del mal de espanto que le oc sionaron los duendes y las *penas.*

—¡Ay! ¡ay! ¡tan honrado y tan buen cristiano! —y el difunto había sido, por sus picardías y por lo encallecida que traía la conciencia, digno de morir en alto puesto, es decir en la horca.

Y por este tono eran las jeremiadas.

No concluía aquí la misión de las lloronas. Quedaba aún el rabo por desollar; esto es, la ceremonia de *recibir el duelo* en casa del difunto, durante treinta noches. Enlutábanse con cortinajes negros la sala y cuadra, alumbrándolas con un fanal o guardabrisa cubierto por un tul que escasamente dejaba adivinar la luz; o bien encendían una palomilla de aceite, que despedía algo como amago de claridad; pero que realmente no servía sino para hacer más terrífica la lobreguez. Desde las siete de la noche, los amigos del finado entraban silenciosos en la sala y tomaban asiento sin proferir palabra. Un duelo era, en buen romance, una congregación de mudos.

La cuadra era el cuartel general de las faldas y de las pulgas. Las amigas imitaban a los varones en no mover los labios; lo cual, bien mirado, debía ser ruda penitencia para las hijas de Eva. Sólo a las lloronas les era lícito sonarse con estrépito y lanzar, de rato en rato, un *¡ay Jesús!* o un suspiro cavernoso que parecía queja del otro mundo.

Escenas ridiculísimas acontecían en los duelos. Un travieso largaba media docen. de ratoncillos en la cuadra y entonces se armaba una de gritos, carreras, chillidos y pataletas.

Por fortuna, con las campanadas de las ocho terminaba la recepción y aquí eran los apuros entre las mujeres. Ninguna quería ser la primera en levantarse. Llamábase a ese acto *romper el chivato.*

A la postre se decidía alguna a dar esta muestra de coraje y acercándose a la, no siempre inconsolable, viuda la decía:

—¡Cómo ha de ser! Hágase la voluntad de Dios. Confórmate, hijita, que él está entre santos y descansando de este mundo ingrato. No te dés a la pena, que eso es ofender a quien todo lo puede.

Y todas iban despidiéndose con idéntica retahila.

Cuando una familia regresaba de *dar el pésame,* por supuesto que ponían sobre el tapete a la viuda y a la concurrencia y cortaban las muchachas, con la tijerita que Dios les dió, unos sayos primorosos. Lo que es la abuela o alguna tía, a quien el romadizo había impedido *ir a cumplir* con la viuda, preguntaba:

—¿Y quién rompió el chivato?

—La mujer del escribano.

—Ella había de ser ¡la muy sin vergüenza!

Por más que cavilo no acierto a darme cuenta del por qué de esta murmuración. ¡Caramba! Supongo que una visita no ha de ser eterna y que alguien ha de dar ejemplo en lo de tomar el camino de la puerta.

Cada noche recibía la llorona una peseta columnaria y un bollo de chocolate. Y no se olvide que la ganga duraba un mes cabal.

Pero entre todas las plañidoras había una que era la categoría, el *non plus ultra* del género y que sólo se dignaba asistir a entierro de virrey, de obispo o personajes muy encumbrados. Distinguíase con el título de la *llorona del Viernes Santo.* El pueblo la llamaba con otro nombre que, por no ruborizar a nuestras lectoras, dejamos en el fondo del tintero.

Así se decía: —el entierro de don Fulano ha estado de lo bueno lo mejor. Con decirte, niña, que hasta la llorona del Viernes Santo estuvo en la puerta de la iglesia. Los padres mercedarios, en competencia con la que la víspera hacían los agustinos, sacaban el Viernes Santo en procesión una anda con el sepulcro de Cristo, y tras ella, y rodeada de multitud de beatas, iba una mujer desgreñada, dando alaridos, echando maldiciones a Judas, a Caifás, a Pilatos y a todos los sayones; y lo gracioso es que, sin que se escandalizase alma viviente, lanzaba a los judíos apóstrofes tan subidos de de punto como el llamarlos hijos de la mala palabra.

De la capilla de la Vera-Cruz salía también, a las once de la noche, la famosa procesión de la *Minerva,* que, como se sabe, era costeada por los nobles descendientes de los compañeros de Pizarro, quien fué el fundador de la aristocrática hermandad y obtuvo que el Papa enviara para la iglesia un trozo del verdadero *lignum crucis,* reliquia que aún conservan los dominicos.

Pero en esta procesión todo era severidad a la vez que lujo y grandeza. La aristocracia no dió cabida nunca a la *llorona,* dejando ese adorno para la popular procesión de los mercedarios.

El arzobispo don Bartolomé María de las Heras, no había gozado de estas mojigangas y el primer año, que fué el de 1807, en que asistió a la procesión, hizo, a media calle, detener el anda, ordenando que se retirase aquella mujer escandalosa que sin respeto a la santidad del día osaba pronunciar palabras inmundas.

¿Creerán ustedes que el pueblo se arremolinó para impedirlo? Pues así como suena. ¡No faltaba más que deslucir la procesión eliminando de ella a la llorona!

El sagaz arzobispo se sonrió y acatando la voluntad del pueblo, mandó que siguiese su curso la procesión; pero en el año siguiente prohibió, con toda entereza, a los mercedarios semejante profanación.

En cuanto a las plañidoras de entierros, ellas pelecharon por algunos años más.

Como se ve por este ligero cuadro, si había en Lima oficio productivo era el de las lloronas. Pero *vino la patria* con todo su cortejo de impiedades y desde entonces da grima morirse; pues lleva uno, al mudar de barrio, la certidumbre de que no lo han de llorar en regla.

Hojas de "Nieve" Por JULIAN DEL CASAL

UNA MAJA

Muerden su pelo negro, sedoso y rizo
los dientes nacarados de alta peineta
y surge de sus dedos la castañeta
cual mariposa negra de entre el granizo.

Pañolón de Manila, fondo pajizo,
que a su talle ondulante firme sujeta,
echa reflejos de ámbar, rosa y violeta,
moldeando de sus carnes todo el hechizo.

Cual tímidas palomas por el follaje,
asoman sus chapines bajo su traje
hecho de blondas negras y verde raso,

y al choque de las copas de manzanilla
riman con los tacones la seguidilla,
perfumes enervantes dejando al paso.

UN TORERO

Tez morena encendida por la navaja,
pecho alzado de eunuco, talle que aprieta
verde faja de seda, bajo chaqueta
fulgurante de oro cual rica alhaja.

Como víbora negra que un muro baja
y a mitad del camino se enrosca quieta,
aparece en su nuca fina coleta
trenzada por los dedos de amante maja.

Mientras aguarda oculto tras un escaño
y cubierta la espada con rojo paño
que, mugiendo, a la arena se lance el toro,

sueña en trocar la plaza febricitante
en purpúreo torrente de sangre humeante
donde quiebre el ocaso sus flechas de oro.

UN FRAILE

Descalzo, con obscuro sayal de lana,
sobre el lomo rollizo de su jumento,
mendigando limosnas para el convento
va el fraile franciscano por la mañana.

Tras él resuena el toque de la campana
que a la misa convoca con dulce acento
y se pierde en las nubes del firmamento
teñidas por la aurora de oro y de grana.

Opreso entre la diestra lleva el breviario,
pende de su cintura tosco rosario,
cestas de provisiones su mente forja

y escucha que, a lo largo del gran camino
respondiendo al rebuzno de su pollino
silba el aire escondiéndose entre la alforja

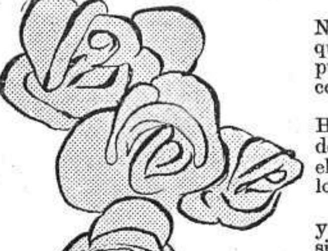
PAX ANIMAE

No me habléis más de dichas terrenales
que no ansío gustar. Está ya muerto
mi corazón y en su recinto abierto
sólo entrarán los cuervos sepulcrales.

Del pasado no llevo las señales
y a veces de que existo no estoy cierto,
porque es la vida para mí un desierto
poblado de figuras espectrales.

No veo más que un astro obscurecido
por brumas de crepúsculo lluvioso,
y, entre el silencio de sopor profundo,

tan sólo llega a percibir mi oído
algo extraño y confuso y misterioso
que me arrastra muy lejos de este mundo.



A MI MADRE

No fuiste una mujer, sino una santa
que murió de dar vida a un desdichado,
pues salí de tu seno delicado
como sale una espina de una planta.

Hoy que tu dulce imagen se levanta
del fondo de mi lóbrego pasado,
el llanto está a mis ojos asomado,
los sollozos comprimen mi garganta,

y aunque yazgas trocada en polvo yerto,
sin ofrecerme bienhechor arrimo,
como quiera que estés siempre te adoro,

porque me dice el corazón que has muerto
por no oirme gemir, como ahora gimo,
por no verme llorar, como ahora lloro.

